



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

LA MARCHA HACIA EL MAR

Seis conferencias sobre la cuestión Marítima y principales artículos de Prensa en defensa de los derechos de Bolivia para volver al Pacífico.

1979

*
*
*
*

© Rolando Diez de Medina, 2005
La Paz – Bolivia

INDICE

[Carlos Urquiza Sossa, LIMINAR](#)
[Mario Mercado Vaca Guzmán, PRESENTACIÓN](#)

CONFERENCIAS

[Es hora de anunciar a los chilenos y América que la leyenda de la cenicienta ha terminado](#)
["Mare nostrum, mare sacrum"](#)
["Dies Irae" por la patria en desventura](#)
[Del mar boliviano y su retorno a la montaña](#)
[Coral del mar que nos asedia y transfigura](#)
[Nueva estrategia para volver al mar](#)

ARTICULOS DE PRENSA

[Nuestra salida al mar precepto constitucional](#)
[Hablar claro con Chile](#)
[Restitución del Litoral usurpado](#)
[De una sola vez y para siempre](#)
[Por la unidad a la victoria](#)
[El polvorín del pacífico sur sigue latente](#)
[Paz y desarrollo compartido en el pacífico sur](#)
[Bolivia en encrucijada marítima](#)
[Conciencia individual y voluntad colectiva](#)
[El cinismo de Chile no tiene límites](#)
[Tentativa de solución viable, justa y permanente](#)
[Frenar las vinculaciones con Chile](#)
[Pulverizada la tesis chilena de que Bolivia no tuvo mar](#)
[Retroceso en la tercera reunión de militares](#)
[La luz viene de Washington: Los tratados son revisables](#)
[Arica "es" del Perú, el Litoral "es de Bolivia"](#)
[Dar las espaldas a Chile](#)
[Ceguera total en Chile y supuesta óptica errónea de Bolivia](#)
[Las dos caras de la política chilena](#)
[Chile es indigno de la amistad de Bolivia](#)

**Segunda Reunión de las Jornadas Peruano
Bolivianas de Estudio Científico del
Altiplano Boliviano y del
Sur del Perú.**

**AÑO DEL CENTENARIO DEL
LITORAL CAUTIVO**

1979



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

Publicación auspiciada por el señor
Tcnl. Ricardo Sánchez Alarcón,
Alcalde Municipal de La Paz y
Presidente del Instituto de
Investigaciones Históricas y Culturales
de La Paz, siendo Oficial Mayor de
Cultura la señora Berta Alexander de
Alvéstegui.

LIMINAR

La multiplicación de productores europeos, acelera la concentración de capitales, hasta generar verdaderos imperios económicos, tipificados por su deliberada situación monopolista y su desmesurada angurria en la obtención de superbeneficios a base de la repartija del mercado y la antojadiza determinación de precios especialmente en los países productores de materias primas, les permite no solamente eludir las leyes del capitalismo competencial —obteniendo consiguiente incremento de supercapitalización—, sino que, aceleran el proceso de sometimiento colonial directo e indirecto en países extranjeros en comandita con gobiernos locales, que permitieron cómoda instalación de sistemas de influencia, los que a su vez, dilataron hasta el presente los negativos esquemas de dependencia y lucha política. Esa la imagen real de Inglaterra, que mantenía el liderazgo económico mundial y esa la situación de sometimiento de países que subsisten en extrema pobreza y formas de vida todavía arcaica, cuando sobrevino la ultrapresión por obtener fáciles beneficios a través de intensiva explotación de recursos naturales en el área del Pacífico Sur.

La plutocracia chilena, inmersa en las desproporciones del capitalismo internacional surgente, militariza cuidadosamente su economía y a partir de 1842 se lanza a la gran aventura de expoliación, escalada y despojo, desconociendo deliberadamente los títulos nobiliarios de posesión boliviana, para después en 1879, calzar las botas de sorpresiva y desigual conquista, anexándose 183.379 kilómetros cuadrados de nuestro riquísimo Litoral, incluido el no menos rico mar territorial con la falacia del supuesto derecho que "nace de la victoria" y la geopolítica del zarpazo artero.

Empero, el Centenario de la Guerra del Pacífico, encuentra a las nuevas generaciones bolivianas, despojadas del polvo del desastre y libres de las intermitencias de la adversidad. Es por esas favorables circunstancias, que el ansia de la juventud, embellecida por las maravillas de la voluntad y su potencia creadora, agita la virtud invencible de la esperanza que asegura su promisor porvenir.

La patria toda, se encuentra consciente que su sagrada tarea, es rehabilitar el primigenio vínculo de la sangre, con la savia secular que alimenta el milenar folio de las tradiciones modeladoras de elevada estirpe cultural, que arrancan del esplendor precolombino; la de complementar la titánica e irrevocable empresa de unificar voluntades e impulsos dirigidos a la firme convicción de recuperar y defender derechos patrimoniales, en apasionada e incesante labor por restaurar, forjar, engrandecer y robustecer el legado de sus mayores, la propiedad y soberanía de la inmutable herencia.

El espíritu cívico de los santuarios regionales se inspiran en el concepto superior de su consagración al sacrificio solidario y abnegado; se identifican con la gloria y honor de sus valores eternos y no pierden de vista, en consecuencia, que en la órbita de su incontenible desarrollo, el Litoral Boliviano, no sólo pertenece al vasto templo de la patria, sino que es parte irrenunciable del hogar nacional, esto es, que los bolivianos, saben que volverán a la vecindad del mundo, sin compensaciones ni trueque, tal como era en 1825.

Carlos Urquiza Sossa.

PRESENTACIÓN

Fernando Diez de Medina, notable escritor y hombre público, hijo y nieto de preclaros diplomáticos —Federico Diez de Medina, abuelo, y Eduardo Diez de Medina, padre—, siguiendo la tradición familiar es uno de los más fecundos e integérrimos defensores de los derechos de Bolivia para volver al Pacífico.

Armonizando la carrera de las letras con sus deberes de ciudadano, este representante de la tercera generación de Diez de Medina dedicada al estudio de nuestra reivindicación, marítima, se ha distinguido, a través de medio siglo, como uno de los más tenaces y hábiles paladines de la causa portuaria de Bolivia, desbaratando las maniobras chilenas e impugnando sus falsas tesis para impedir nuestro retorno al océano.

Estas seis conferencias, dictadas en el paraninfo de la Universidad Mayor de San Andrés, de La Paz, y los principales artículos de prensa que la siguen, evidencian el fervor patriótico, la preparación en el tema y el valor con que el ilustre publicista ha definido la causa nacional.

"La Marcha hacia el Mar" —título de su primera conferencia pública dictada en agosto de 1950— nos sirve de encabezamiento para este libro que constituye el mejor alegato de los derechos bolivianos sobre el Pacífico. Diez de Medina exige una reparación jurídica, política, ética y económica, la que sólo puede traducirse en salida amplia y digna, o sea un puerto propio y soberano, con ancha costa y con amplia continuidad territorial igualmente soberana.

Esto sin renunciar al ideal superior de reconquistar nuestro Litoral cuando el tiempo y el natural crecimiento de la Nación Boliviana lo permitan.

Al cumplirse, este año, el cincuentenario de su iniciación en las letras y en el periodismo, editamos esta obra como público homenaje al estadista y al literato que supo poner su pluma al servicio de la Patria.

Fernando Diez de Medina es el vigía siempre alerta y decidido de nuestra causa marítima y es justo que la comunidad nacional rinda tributo a su talento y sus esfuerzos infatigables para señalarnos el camino del honor y del deber.

"La Marcha Hacia el Mar" quedará como una columna bronceada para enseñanza de las presentes y nuevas generaciones.

La H. Alcaldía de La Paz cumple un deber con la Patria y con la Cultura nacional, al difundir la obra vigorosa y tenaz de uno de los más altos exponentes de la intelectualidad paceña.

MARIO MERCADO VACA GUZMÁN

**ES HORA DE ANUNCIAR A LOS
CHILENOS Y AMÉRICA QUE LA
LEYENDA DE LA CENICIENTA
HA TERMINADO**

ES HORA DE ANUNCIAR A LOS CHILENOS Y AMÉRICA QUE LA LEYENDA DE LA CENICIENTA HA TERMINADO (*)

"Una trampa internacional: el callejón de 10 kms. al norte de Arica, a cambio del condominio chileno en nuestro vasto sistema lacustre altiplánico, es inaceptable.— El planteamiento de las nuevas generaciones: una altiva firmeza en defensa del integrismo marítimo, y una serena espera creadora hasta recuperar el Mar Irredento. Bolivia debe crecer por dentro, orgánicamente, hacerse fuerte, y un día el puerto vendrá a nosotros por gravitación.— El problema jurídico y el problema moral.— La revisión de los Tratados al amparo del Derecho Americano.— El destino de Bolivia: la marcha hacia el Mar".

LA JUVENTUD boliviana, formada por estos cachorros de puma que pueblan con sus ansias delirantes universidades y colegios, me ha honrado pidiéndome un pronunciamiento en el magno problema portuario.

Hablaré, pues, para los jóvenes y en nombre de los "Pachakuti", esos Caballeros de la Patria a quienes se combate con la consigna del silencio, porque falta coraje para oponerse a su lucha de honradez y rebeldía.

¿Dije "problema portuario"? Dije mal. Aquí el asunto de tan conocido y asimilado, perdió su naturaleza problemática para convertirse en razón; de ser, en razón de Estado, en vigencia íntima y sagrada de los bolivianos todos.

¡El Mar... El Mar... El Mar! ¿Qué trágica fuerza de impulsión lo acerca a nosotros, y qué misterioso frenesí nos devuelve siempre a sus orillas mágicas? No es sólo una obsesión, es algo muy mayor: es vocación y pasión de pueblo indómito, que un día conoció la vastedad del vuelo del petrel.

Hablaré de esa verdad vital, de esta primordial necesidad, en nombre de una juventud osada e inconforme, que no teme a la mentira interna ni a la comedia exterior, porque templó su espada de virtud en los yunques del más puro patriotismo: el deber por el deber, la acción por la pasión!

Dos advertencias. A los "Pachakuti" nos preocupa solamente el destino futuro de Bolivia. No traemos designio político ni baraja, para enfrentar esta crisis de anarquía y desconcierto que impide nuestro ascenso de Nación.

Este es el planteamiento de las nuevas generaciones, frente al "complejo portuario" donde se quemaron los mejores hombres del país. No pretendo dictar cátedra ni sentar monopolio de acierto. Repito la fórmula humilde y fuerte de nuestra prédica social: solo un camino para llegar a la verdad.

Y ahora veamos la trampa internacional que sube del Mapocho...

EL TRUENO EN LA MONTAÑA

TODO homenaje a Franz Tamayo. Ha interpretado con justeza el sentir y el pensar del pueblo. El Lago Sagrado es nuestro centro vital y no permitiremos "el zarpaso al corazón de Bolivia". En esta hora de naufragio cívico, cuando muchos se arrodillan a los Amos del Estaño, y hay bolivianos que se dan la mano con chilenos para perseguir a bolivianos, hacía falta una voz de verdad. Esa voz ha llegado: potente, cruda, veracísima como el verbo de los antiguos profetas. Parece escapada del Antiguo Testamento. Tiene mucha sabiduría de previsiones.

(*) Conferencia dictada en la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz, y publicada en "Tribuna", el 4 de agosto de 1950.)

Tamayo es el vidente, es el vigía de la nacionalidad. Sagaz anatomía, dice Gracian, mirar detrás de las cosas. Y esa cólera sana, ese despertar del trueno en la montaña, previniendo a los costeños que no estamos dormidos ni asustados, es la Voz de Bolivia que cae también como relámpago fulmíneo sobre los fariseos que nos venden por condecoraciones y banquetes.

En este caso, acude a los labios la sentencia ciceroniana: el hombre que se reviste del arsenal de la elocuencia para defender los intereses de su país, es el mejor de los ciudadanos.

¡Honor al indio estupendo que de un hondazo quebró las alas del milano codicioso!

BOLIVIA, LA PRISIONERA

CUANDO del Mar Irredento se trata, no hay discrepancia. Todos se aprestan iguales: los grandes y los chicos. Estos se agigantan, aquellos resplandecen. Y si la estatura de los hombres se mide por la intrepidez de los corazones, es lícito afirmar que cuando la nostalgia de músicas marinas visita al montañés, al valluno, o al llanero, todos olvidan diferencias para confundirse en una marcha de esperanza: ¡Nunca los bolivianos son más dignos ni más fuertes, que cuando brilla en sus ojos el ardor del anhelo del mar que volverá!

El indio que habita la pétrea Catedral del Ande, suele mirar absorto la cabalgata de las cumbres de la cordillera. No sabe que en el trasfondo de su pensamiento rueda el galope de las olas en el Pacífico lejano. El mestizo que levanta ciudades con su poderosa voluntad en la meseta, en el valle y en el trópico, se resiste de sequedad y de hurañía. No sabe que la costa le devolvería la humedad y la frescura de un matinal insurgir de fuerzas nuevas. El criollo que aguza su inteligencia por subir, por acrecer, se entristece pensando que falta horizonte. No sabe que la líquida llanura daría cabida a todos los ensanchamientos de la voluntad y la imaginación.

Nos despedazamos en la pugna interna. Anárquico, rebelde, el boliviano es enemigo del boliviano. Amamos la lucha varonil y sin descanso. Pero, en la hora del peligro, cuando se trata de reintegrar el mar a la montaña, el boliviano es solidario del boliviano. Y así como el océano se forma por una sucesión indivisible de olas que siguen a otras olas. Bolivia en su anhelo de justicia es una marejada indestructible: corazones detrás de corazones. ¡Nunca cejará!

Ella, es augusta, intrépida. El, Esquivo, distante. Se miden, se conocen. A veces suele separarlos el Hado, mas no podrían subsistir sin juntarse nuevamente. Se integran, se unimisman.

Así es Bolivia, la prisionera. Así es el Mar, el que volverá...

NUESTRA POSICIÓN

EL "PACHAKUTISMO" sostiene su posición doctrinal en la cuestión portuaria: el integrista marítimo, tal como lo expresa el párrafo 6, capítulo I, de la Carta del Ande, que es nuestra línea internacional consignada en el " Ainoka".

"Los países americanos tendrán libre acceso al comercio terrestre, aéreo, marítimo y fluvial. No habrá pueblos mediterráneos. Bolivia proclama la urgencia biológica de su reintegración marítima éste es problema continental y no un caso nacional".

Nuestro integrista no es sólo jurídico, es total. No es plataforma política, sino consigna permanente de nacionalidad. Pide una restitución justa que nos devuelva todos los atributos de país libre, soberano y progresista. Es la hora de la dignidad. No hay transacción con el usurpador del 79, sino viene por el camino del honor y la justicia.

EL KOLLA, ANTEPASADO DE ARAUCO

UN POCO de historia. Antes de la democracia republicana, más allá del régimen colonial ¿qué fueron los pueblos de la costa y la montaña?

La ciencia ha establecido que sólo dos culturas de tipo superior hubo en la América autóctona: la mexicana y la del Gran Perú que incluía el actual territorio boliviano. Por algo nosotros fuimos Audiencia de Charcas, en tanto que al Sur se conformaba el conquistador con una modesta capitania general. Somos pues históricamente más antiguos. Y en el tiempo ¿qué puede oponer Chile al esplendor del Tiwanaku?

Cierto que la historia anda a pasos lerdos en la América Sureña, y la prehistoria en pañales. Pero la toponimia y la semántica, el testimonio telúrico y el ancestro persisten como testigos inmutables del pasado poderío. Vamos a la prueba.

¿Sabe el chileno que Arica, punto de discordia en el Pacífico, fue nombrado por el andino "Arika" o sea "peñón agudo"? Tarapacá, ese vasto desierto que pretende irrigar con el caudal de nuestros lagos altiplánicos, se llamó antes "Thara-paca" y significa "lugar de sombra en tierra cálida". Podría alegarse que habiendo pertenecido ambas regiones al Gran Perú, es natural que posean nombres de raíz aimara; examinemos entonces lugares situados más abajo del paralelo 25, es decir en zonas que nunca formaron parte de la Audiencia de Charcas ni de Bolivia. ¿Sabe el chileno que Aconcagua, una de sus más ricas provincias, tiene procedencia kolla? La palabra viene de "Akon-kagua", o sea "límite blanco", y es la doble huella que dejó el Señor de la Meseta bautizando el nevado argentino y el territorio chileno. Copiapó, ciudad y departamento de Chile, viene de "Kopa-yapu", palabra aimara que traducimos por "sementera de turquesas". Finalmente Valparaíso, el famoso puerto de Valparaíso, orgullo del país vecino, deriva su nombre de la corrupción fonética de Wallparaisu", que en buena lengua kolla quiere decir "cumbre del guerrero",

¿Se dirá que son invenciones de poeta? ¡Absolutamente no! consúltese el libro "Etimologías Perú-Bolivianas", del célebre investigador peruano don Juan Durand, publicado en La Paz en 1921, y allí se verá perfectamente documentado cuanto acabo de afirmar.

La meseta señoreó, pues, en tiempos primitivos la costa y el mar. Verdad inconclusa, Y si partimos de esa ancestral genealogía, también la razón geográfica y el antecedente histórico nos dirán que en cierto modo Arauco fue una rama desprendida del Ande secular.

Durante la Colonia el Alto Perú tuvo extenso litoral para servir su comercio de ultramar. Más tarde, Bolivia, república democrática, nació con una vasta zona costera y varios puertos marítimos que se tendían desde el Loa hasta el Paposo, Esos títulos tres veces refrendados por la tradición, por la colonia y por la emancipación continental fueron desconocidos en una guerra de despojo que no deseo rememorar.

LA REVISIÓN DE LOS TRATADOS

BASA CHILE toda su argumentación para cerrarnos salida al mar, en dos hechos: a) el principio jurídico de la irrevisibilidad de los tratados; b) el ser Bolivia firmante del Pacto de 1904 que debe respetar.

No siendo técnico en el ramo acudo a la palabra de los más autorizados internacionalistas bolivianos.

Dice Daniel Sánchez Bustamante, pensador, jurista, antiguo Maestro de la Juventud y uno de nuestros más sobresalientes hombres públicos.

El tratado de 1904 es una solución transitoria, un "modus vivendi". Actos de error, de precipitación o de violencia moral, no pueden justificar nunca las enajenaciones de cosas o derechos inherentes a la existencia de un hombre o de un pueblo. No puede haber pacto válido de pueblo libre cuando enajena la soberanía o declina elementos esenciales para la vida del Estado. Los tratados no son lápidas de muerte puestas para cegar la armonía de las Naciones. Son regulaciones de vida que ceden ante aspectos nuevos, necesidades sagradas o compromisos de mayor fecundidad o solidez...

Eduardo Diez de Medina, ex-Canciller de la República, diplomático y estadista, autor de notables libros sobre cuestiones internacionales, que ha consagrado su vida a la defensa de los derechos patrios expresa:

"Pedir un puerto a Chile porque lo necesitamos, es muy distinto de reclamarlo porque nos asiste el derecho de antiguos poseedores. La tesis boliviana es, pues, esencialmente jurídica. Radica en el derecho y se sostiene por la justicia. Aunque los Gobiernos de Bolivia cumplan lealmente el tratado de 1904, el sentimiento nacional siempre lo desconocerá porque es lesivo en justicia y desigual en equidad".

Bautista Saavedra, político y publicista, el Mandatario que con mayor brío y talento sostuvo la tesis reivindicacionista en el Pacífico, anota:

"El tratado de 1904 no fue de paz, como se le tituló, sino de dolorosas amputaciones a un paciente demasiado resignado. Los convenios internacionales no pueden ser inamovibles ni están destinados a cristalizarse en formas rígidas y eternas. Este concepto importaría la negación del proceso evolutivo de los pueblos".

Finalmente en: "Bolivia, su estructura y sus derechos en el Pacífico", expresa, en síntesis magistral, estos conceptos decisivos que reflejan el criterio boliviano en la materia:

"En la concurrencia internacional un pueblo que reclama rehace su estructura original y exige las condiciones insustituibles de su vida y desarrollo, condiciones que enajenó por error, precipitación, o violencia moral; un pueblo que nació dentro de la comunidad americana al amparo del principio del "uti-possidetis" de 1810, con litoral marítimo y que no puede subsistir ni progresar, ni servir a la humanidad sin ese órgano perdido; ese pueblo es titular de un derecho preexistente vivaz y efectivo, y si alguna vez existiera un Super Estado o un Poder Público entre las Naciones Unidas, ese derecho se realizaría por la fuerza organizada de la comunidad internacional.

FIRMEZA EN LA DEMANDA RESTITUTORIA

CABE recordar que Bolivia ha planteado en cuatro oportunidades la revisión del Tratado de 1904 y su salida al mar.

En Ginebra en 1920, correspondiendo a Franz Tamayo ser uno de los autores de la demanda boliviana. En Washington poco después. Directamente a Chile en 1923, siendo presidente. Bautista Saavedra, Canciller Eduardo Diez de Medina y Embajador en Santiago Ricardo Jaimes Freyre. La última vez fué durante el Gobierno de Busch, cuando el entonces Canciller Diez de Medina, ante el estupor de la Conferencia Panamericana en Lima en 1932, planteó formalmente nuestra reintegración marítima como problema continental, previniendo con la "rotura de los diques", si se colmaba la paciencia de la Nación enclaustrada.

Inútil anotar que demandas y reclamos debían caer en el vacío: Chile pesa todavía muy fuerte en la conciencia continental para que Bolivia pueda hacer oír sus derechos.

Pero en los 46 años transcurridos desde la firma del Tratado de 1904, jamás dejó Bolivia de pedir restitución moral y jurídica que atañe a su existencia presente y a su futuro de Nación.

La proposición no es nueva: la tendió Chile más de una vez, porque es su estrategia favorita para consolidar la usurpación territorial, dividir a sus víctimas, y ganar ventajas.

La faja de 10 kms. al norte de Arica para Bolivia, a costa de verter nuestro potencial lacustre sobre los desiertos costeros ocupados por Chile, es absurda. Política, geográfica y económicamente:

Para Chile, utilizar la energía hidroeléctrica de nuestros lagos, le significa un vasto plan de industrialización en gran escala: una gran industria química en las pampas norteñas, electrificación barata en todo su territorio, reducción de los costos del salitre, y un gigantesco plan de regadío de zonas actualmente estériles para incrementar su producción alimenticia.

Ahora veamos la iniciativa del punto de vista boliviano-peruano. En lo político:

Antes del '79, la frontera peruana llegaba hasta el río Loa. La boliviana se extendía hasta el Paposo: ¿Por qué íbamos a servir de cuña propiciatoria a Chile, alejando su frontera del Perú, si tarde o temprano el Perú ha de tender al Loa? Tocante a lo nuestro: no vamos a cambiar el huerto propio por un mendrugo ajeno. También debemos mirar al Paposo...

La maniobra del callejón otorgaría a Chile control estratégico y permanente en el Pacífico, desviando el litigio jurídico, que ya no se libraría entre Chile y Bolivia, sino entre Bolivia y el Perú, cuyos pueblos confrontarían fricciones territoriales y económicas derivadas del famoso corredor. Porque en buena cuenta ¿qué representa para Chile el callejón ariqueño? Un escudo protector para evitar la restitución de lo usurpado. Si el Perú mira más tarde a Tarapacá, tendrá forzosamente que vencer primero la cuña boliviana. Si Bolivia añora su litoral perdido, Chile la empujara a exigir al Perú un ensanche marítimo. Y por un astuto juego de equilibrios, calculando, atizando, reprimiendo, a medida de sus necesidades momentáneas, los hombres del Mapocho tendrían en jaque a los ex-aliados del Campo de la Alianza que serían fácil instrumento para asegurar su propia seguridad nacional.

Bolivia y el Perú se harían, cada cual, contrapeso recíproco para beneficio de un tercero. De otro lado, la ingeniosa solución pondría definitivo término a toda demanda jurídica de los despojados del 79, ya que ella crearía un nuevo "status" entre los países del Pacífico.

Prácticamente, el callejón significa para Bolivia convertir el rival secular en dos. Y en caso de conflicto chileno-peruano, la víctima obligada.

UN PRESENTE GRIEGO

EN LO geográfico:

Una faja estrechísima, yerta, despoblada, hostil a todo impulso demográfico, que termina en cuatro rocas peladas y estériles, donde levantar un puerto moderno costaría miles de millones ¿qué representa para nosotros?

En realidad nada; el problema sigue insoluble. Sería un presente griego para desgastar inútilmente nuestro potencial económico y humano. El puertecillo para descargar 10 toneladas diarias, inadecuado para erigir una ciudad costera, es un contrasentido geográfico y urbanístico. Suena a ironía si no fuera agravio. Es la salida al mar de ficción, pero en el hecho seguiríamos tributarios de Arica, Antofagasta. Mollendo y Matarani: ¿Cuándo comprenderán los chilenos que Bolivia quiere salir por la puerta principal y no por el zaguán del pariente pobre?

Renunciar a los 300.000 Kms. cuadrados de nuestro perdido litoral a cambio de un callejón de 10 kms. de ancho, es simplemente absurdo.

LA COSTOSÍSIMA LIMOSNA

EN LO económico:

No es creíble que los EE.UU., vayan a invertir miles de millones de dólares sólo para irrigar los desiertos costeros del Pacífico y para que Bolivia obtenga una ventana sobre el mar. El tiro es otro. Y se ha visto la trayectoria del proyectil antes de que arribe a su meta.

¿Olvidó la Cancillería chilena las seculares controversias con la Cancillería boliviana, por la tenacidad con que aquella se esfuerza en sostener la desviación de las aguas del Mauri y del Lauca, con evidente perjuicio para zonas de nuestro territorio?

Si eso pasa en lo pequeño, puede calcularse lo que ocurriría en lo mayor. Admitir el condominio chileno sobre el vasto sistema lacustre formado por los lagos Titikaka y Poopó y los salares de Uyuni y de Coipasa, sería un acto de auto-desmembración a corto plazo. Ha sido certero el juicio del pensador: son los diez centavos del salitre en la gota de agua de 1950. Primero el despojo de energía, luego la intervención armada para dirimir derechos. He aquí la costosísima limosna que nos viene de La Moneda, envuelta en los algodones de la solidaridad continental.

Tampoco se alcanza a comprender por qué el Perú iba a renunciar al litoral tarapaqueño, ceder a Bolivia una faja en su antiguo litoral ariqueño, y todavía obsequiar a Chile la mitad del potencial hidroeléctrico del Lago Sagrado.

Las aguas del sistema lacustre andino, enorme reservorio natural de energía, deben utilizarse en exclusivo beneficio de Bolivia y del Perú. Se han realizado en ambas naciones importantes estudios para electrificar grandes zonas, acometer proyectos industriales irrigar tierras áridas y generar energía barata. No podemos enajenar parte de ese formidable potencial de energía, sin grave perjuicio para el futuro desarrollo de los dos pueblos. Esas aguas pertenecen a la órbita geográfico-económica del Gran Perú y en ella deben ser utilizadas. ¿Que los desiertos de Tarapacá y de Atacama podrían beneficiarse también con ellas? Muy sencillo: que vuelvan a sus antiguos dueños y se volverán jardines. El derecho de riego no alcanza al agresor.

El mundo moderno se basa en la convivencia política y en la interdependencia económica, más ésta última, cuando no existe equilibrio de fuerzas ni sanidad de intenciones, se convierte en dependencia del menor hacia el mayor. Económicamente, debemos evitar condominios para explotación de nuestras riquezas naturales con vecinos absorbentes y agresivos. Este es el A.B.C. del derecho de propiedad: no abrir la puerta al codicioso para no perder la casa.

ESTELIONATO EN GRAN ESCALA

UN PRINCIPIO de Derecho Civil sostiene que estelionato es el acto de vender cosa ajena: este delito está penado en todas las legislaciones de América. ¿Cómo se llamaría este atentado en materia internacional? Es pues un verdadero estelionato en gran escala el que Chile propone al pretender vendernos, en precio subidísimo y peligroso, una faja del territorio ariqueño que legítimamente pertenece al Perú.

Lo que los hombres del Mapocho olvidan es que el Tratado de 1904 fué invalidado por ellos mismos, al desconocer los derechos de los adjudicatarios bolivianos en las salitreras del Toco, que aquel pacto obligaba a respetar. La mala fé de Chile fue tan evidente y su violación del tratado tan indiscutible, que concluyó entregando a la jurisdicción de sus propios y exclusivos tribunales de justicia, la decisión de los derechos bolivianos; lógicamente ningún ciudadano boliviano pudo obtener reconocimiento de sus derechos.

Frente al empecinamiento chileno, que se esfuerza por retener lo ajeno, bien vale recordar a Vives, el insigne valenciano; todo lo que se tomó por la fuerza, reclámalo para siempre el perdedor y los herederos del perdedor, litigios y pleitos no tienen fin. Y con frecuencia acontece que quien invade lo ajeno, pierde lo propio.

DERECHO NUEVO Y DERECHO VIEJO

HAY DOS conceptos del Derecho en el mundo actual: el que surgió del extinguido militarismo prusiano, y el que nace de la Segunda Guerra Mundial. Es la antitesis de la fuerza contra la libertad. O el derecho de conquista que se opone al derecho de justicia.

En la segunda mitad del XIX Bismarck encara el primero en Europa. Lincoln el segundo en América. En el siglo XX nuevamente se enfrentarán el despotismo armado de Hitler y de Stalin, y el idealismo jurídico de Roosevelt y de Churchill. Pero la Segunda Guerra Mundial ha puesto fin a esa errada filosofía jurídica de la fuerza. Ya no hay sitio para los König ni para los tratadistas teutones que sentaron el principio del más fuerte. Esa norma de la violencia fué abatida por las Democracias en 1954. Ahora sólo queda en pie la fuerza del Derecho, la moral internacional, la justa convivencia entre hombres y naciones. Es el derecho natural, inmanente, indeclinable que todos los pueblos tienen para ser libres y dichosos. Es también lo que el sutil tratadista llama con recíproco enlace: "el derecho a la vida, que en cierto modo es la vida del derecho".

¿Qué puede alegar Chile con su anacrónica arrogancia y su rígido acatamiento a la letra de pactos arrancados por presión, frente al insurgir del Nuevo Derecho Americano, que respaldan veinte naciones jóvenes? El derecho irrenunciable de todo un continente para vivir en seguridad y en armonía, terminará echando por tierra todas las filosofías de opresión y coacción.

Los tratados son irrevisables cuando fueron pactados libremente. Mas cuando se arrancan por la presión de los cañones, por el dogal aduanero, por asfixia industrial y comercial, deben ser revisados y sustituidos hasta volver al punto del perdido equilibrio político y moral, porque nunca las cadenas transitorias de la fuerza podrán impedir el ascenso eterno de los pueblos.

Y ésta es la tesis boliviana severa, inamovible: el Tratado de 1904 es nulo de moral y de derecho Jamás lo aceptará el sentimiento nacional, que no ha de cejar un solo día hasta alcanzar su reintegrismo marítimo y costero.

LA MANO AL PERÚ

LA MANO amplia y tendida al Perú, hermano en infortunio que debe serlo también para la futura prosperidad.

Poco importa el Tratado de 1929, suscrito por Leguía, que pretendió consagrar el amurallamiento de Bolivia. Los errores de los malos gobernantes los rectifica el instinto de los pueblos. Cuando estas naciones jóvenes alcancen la plenitud de su potencial humano y natural, gravitarán con peso decisivo en los destinos de América. No hemos olvidado a Grau ni al indomable "Huascar". Tampoco a Bolognesi el temerario. Ni a los millares de peruanos caídos en la campaña.

La raza es una y uno su destino. Nada debe, nada puede separar a los dos pueblos. Aliados por la naturaleza, aliados por la historia, Bolivia y Perú marcharán pariguales a la búsqueda del porvenir.

Porque un día la sombra sacra del Cóndor Indio alzando el ala aimara y el ala quechua desde los campos de ZEPITA, se ha de proyectar en las arenas de Atacama y de Tarapacá...

ADVERTENCIA A CHILE

EN BOLIVIA no existe odio a Chile. Rechazamos la acusación de insularidad, porque conocemos nuestros deberes solidarios con todas las naciones de la América libre. Hay dignidad, hay pundonor.

La conciencia de nuestros derechos, el sentimiento de la propia valía, nos obligan a decir: ¡Nada de callejones! Queremos puerta ancha y franca sobre el Mar que debe ser restituido.

Pero si Chile vuelve al camino de equidad, y rectificando setenta años de prepotencia diplomática, nos plantea proposiciones dignas y amplias que consulten el reintegrismo jurídico y moral que perseguimos, es decir pleno señorío sobre una zona del litoral Pacífico, entonces encontrará nobleza y buena voluntad para buscar solución estable al pleito secular.

UN NUEVO PLANTEAMIENTO

¿CUÁL es el criterio de las nuevas generaciones frente problema portuario?

Es uno de honradez y de altivez. Basta de gimoteos, de golpear puertas que sólo ofrecen mendrugos, de pedir ayudas que nunca llegarán. Bolivia no tiene sino un camino: prepararse y esperar. Hoy somos los más débiles, mañana seremos los más fuertes. Mas, no espera quieta, infecunda; espera activa, dinámica y titánica, creadora de su propia superación, donde cada cual se convierta en el constructor de la seguridad presente y de la futura grandeza. Propugnamos una altiva firmeza para sostener la revisión del Tratado de 1904 y nuestro derecho irrenunciable a salir por el Pacífico; y propugnamos también una serena espera creadora, hasta conseguir con el propio fortalecimiento lo que nos viene negando el egoísmo ajeno y la interior debilidad de pueblo en formación.

Bolivia debe crecer por dentro, en forma orgánica y constante, hacerse fuerte en el espíritu y fuerte en su estructura material. Y un día el puerto vendrá por gravitación, o nosotros iremos a buscarlo también por gravitación.

El mundo internacional, egoísta y afanado en mil cavilaciones, sólo escucha al que sabe hacerse oír. Nosotros debemos ser realistas e idealistas a un mismo tiempo, reconociendo que la aventura bélica en el Pacífico nos sería adversa ahora y por muchos años. ¿Y qué son los años en la vida de los pueblos? Como los días en la vida de los hombres: nada. A cualquier tribunal que acudamos hoy, Chile acudirá también con mayores recursos e influencias. Setenta años de peregrinaje internacional, nos han enseñado que nada puede una pequeña Nación contra el peso inexorable de Estados mejor organizados. Debemos superar la minoridad sentimental por la conquista lenta y laboriosa de una plena madurez colectiva, antes de lograr la justa reintegración marítima que la Nación reclama.

La solución de los grandes problemas es siempre solución interior. Pertenece a las almas antes que a las leyes. Es resorte del ciudadano más que facultad del gobernante. Y sólo alcanzan supremas finalidades los pueblos, cuando la masa nacional, sin distingo de razas ni de clases, se vierte bravía con todas sus potencias creadoras hacia un mismo objetivo de ordenación y resurgimiento. Esta es, pues, la ruda verdad que debemos a los bolivianos: el problema portuario es primero de régimen interno, luego lo será de acción internacional. Ni Chile ni América nos devolverán salida al mar. Depende de nosotros mismos que sepamos organizarnos y acrecentarnos dentro de una férrea disciplina nacional, basta alcanzar por el propio esfuerzo esa jerarquía continental que ha de llevamos por acción gravitante hasta el océano.

EL PUMA PACHAKUTICO

NECESITAMOS crecer orgánicamente, formar un tipo nacional homogéneo y un estado social justo. Necesitamos redimir nuestras mayorías indias y campesinas, elevar el nivel de nuestras clases medias, forjar una juventud osada y culta. Necesitamos inmigración, capitales, caminos. Necesitamos desarrollar una economía de abundancia y diversificación planeada, que ponga término a la trágica dictadura del estaño. Necesitamos planear una vasta y general política de recuperación colectiva, basada en dos ideas fundamentales: educación, higiene, porque el alfabeto y el maestro, el agua y el jabón, harán más por Bolivia que los políticos fulleros que están destruyendo este país.

Pasarán diez, veinte, treinta años... Poco supone. Con ellos pasará también el pueblo, anárquico y perezoso del presente. Y entonces sí —ya fuertes, organizados, con plena capacidad humana y de nación— podremos hablar a Chile en su mismo lenguaje, recordándole aquello que dice su propio escudo: por la razón o la fuerza.

El planteamiento de las nuevas generaciones sostiene:

—¡A organizarse, bolivianos! Por la fé, por la constancia, por el esfuerzo compartido y responsable. Hagamos Patria por dentro para ser dignos del puerto futuro. Pasó ya el tiempo de la diplomacia y la propaganda jeremíacas. Es la hora de la dignidad la hora de la verdad y del honor; la hora del trabajo entusiasta y sin descanso. Seamos los arquitectos de nuestro propio destino superando la descomposición actual por una tarea de resurgimiento nacional. Para ello hay que unir primero la familia boliviana, terminando con las persecuciones y las cárceles, devolviendo a sus hogares a todos los confinados y exilados, decretando la general amnistía política: Porque todos deben poner el hombro a la edificación de la Nueva Patria.

No hay determinismo geográfico ni fatalidad histórica: El hombre hace la política, modifica la geografía, y cuando sus fuerzas se tensan al límite, somete también el destino de sus designios.

Y aquí cabe invocar al Puma Pachakútico, tal como lo vimos surgir el 20 de Abril de 1948: "Que todo cambie, que todo se transforme. Y cuando Bolivia se levante a la entera verdad de una Patria libre y justa, podrá dar, como el puma del ancestro, el salto y el zarpazo que devuelvan el Mar a la Montaña".

NUEVOS HORIZONTES

SI LOS guardianes del Pacífico se ponen torvos, debemos pensar en dar espaldas momentáneas al Pacífico para mirar francamente al Atlántico. Más de un puerto agonizaría por falta de carga.

Pasó ya la época en que Ratzel señalaba al mar como única fuente de la grandeza de las naciones. Ahora el aire le disputa primacía. Si el genio del hombre roba tierras al océano. transforma montañas, aprisiona colosales volúmenes de agua ¿por qué no buscar nuevas soluciones al injusto enclaustramiento? Hoy la voluntad humana y la ciencia técnica lo pueden casi todo. El altiplano andino —superior aeropuerto natural— ¿no está pidiendo a gritos una política de aeronavegación en gran escala, que nos libere del portazo marítimo? Y mirando más lejos todavía ¿acaso no podríamos hacer volar las cachuelas del Beni, para buscar salida al Atlántico por el Amazonas, allí donde la anchura de las aguas no tiene límite para el ingenio y la técnica del hombre?

La imaginación y la energía de los bolivianos, pueden crear nuevos horizontes. ...

JUVENTUD; LA VICTORIOSA

EL PROBLEMA portuario es la piedra de toque para las generaciones bolivianas. Si no somos capaces de hallar nuevas soluciones, querría decir que hemos agotado nuestras formas vitales de ascenso nacional. Cosa inaceptable.

Los jóvenes deben hablar menos y obrar más. Porque cada cual que alcance su propia madurez, habrá ganado también para la causa colectiva. Hay que poner fuerzas frescas, intocadas, con esa libre movilidad del alma que siempre halla nuevas soluciones para resolver viejos enigmas. Despertar una voluntad dinámica, urgida de premuras creadoras. Al ansia desapoderada de conocimientos, debe seguir la tensión permanente superadora de conflictos. Hay que conocerse a sí mismo, para reconocerse después de la comunidad que nos contiene. Los libros dicen la mitad de la verdad; la otra mitad está en la vida. Y la vida es el hombre mismo con su grandeza y su miseria, con su infinito poder de creación y destrucción. Es el combate: la sempiterna pugna con el mundo y con sus seres. Es la juventud: larva: prodigiosa, la eterna victoriosa de la duda y del quebranto.

Quiero decir que el puerto no debe venir a los bolivianos por el camino de la imploración y la limosna, sino por el camino del honor y del esfuerzo que enardece corazones.

¡Honor a Narciso Campero, el indomable, símbolo de la Patria resurgente, que envuelto en una bandera ensangrentada sale del campo de la Alianza para organizar un segundo ejército en Oruro y salvar a Bolivia cuando todos la juzgaban perdida.

NUESTRO DESTINO

EN el festín de los Dioses tanto le tocó a Bolivia, que suscitó la general envidia. Cada cual quiso quitarle un pedazo de su túnica.

No nos quejemos. Es la hora del sufrimiento estoico y de la varonil altivez. Somos desdichados, porque fuimos imprevisores. Seremos grandes, si sabemos vencer el infortunio y del desorden.

Bolivia es la Montaña: austera, inmovible. Y como la Montana sabe esperar.

Pero es hora ya de anunciar a los chilenos y a todos las Naciones del Continente, que la leyenda de la Cenicienta de América ha terminado. Ya no queremos compasión, sino justicia.

Ahora surge lentamente, irresistiblemente, en medio de un coro de nubes y de nieves, magnífico Doncel: fuerte, pujante, exteriores obstáculos. El que nos devolverá la fe en el propio destino osado alborzado. El que vencerá del desorden interno y de los no. El que reanudará la marcha hacia el mar con varonil austeridad. Porque debe bañar su cuerpo elástico y membrudo en las aguas, en la espuma, en los yodos y las sales de la costa, para regresar como un Héroe da Oro a la búsqueda de su destino.

¡Porque el destino de Bolivia, es la marcha hacia el Mar!

MARE NOSTRUM, MARE SACRUM

Meditaciones sobre el Mar: la gran herida de Bolivia

I

No es una palabra: es un sentimiento. No es sólo un elemento de la naturaleza: es la esencia misma de nuestra vida espiritual. No es un sueño: es la verdad. No es únicamente la verdad: abarca el sueño. Más que el pasado que acosa o el futuro anhelado, es puro presente: la espada, fría del mundo, el venablo ardiente del segundo. No es la meta lejana: es el deber irrenunciable de cada día. No es el patrimonio que no supimos conservar: es la heredad que sigue siendo nuestra por la sangre de los abuelos, por el padecimiento de los padres, por el viril resurgimiento de los hijos. No es ilusión, no es bandera electoral, no es delirio quijotesco: es una realidad inexorable. No es el destierro que anonada: es el reino protido. No es el pequeño dolor de cada uno: es la suma angustia de todos. No es la quietud cobarde que duerme: es la fecunda vigilante, titánica y dinámica que muerde.

¡El Mar!

La gran herida de Bolivia y a un tiempo mismo la suprema alegría de una época mejor que nos espera.

¡El Mar!

Es el amigo invisible con quien dialogamos sin descanso. El único que ignora de ingravitudes y traiciones.

¡El Mar!

Estrella de la infancia. Música de la adolescencia. Hoguera para la juventud. Sierpe en la madurez.

¡El Mar!

Exalta, acicatea. Hostiga y quema. Da vida y mata. Resucita. Sabe el secreto de las transfiguraciones. Modela dioses, pueblos, hazañas y naciones. Es el gran taumaturgo inmemorial. Padre de las ondas, abuelo de las horas. Sus manos líquidas empujan a la energía y al progreso. Su extensión misteriosa trasciende a poesía y maravilla.

En el principio era el Mar...

El hombre de los palafitos lo adoraba. El cazador y el nómada lo temieron. Para el oscuro egipcio era el camino acuoso que conduce a la perennidad. ¡No puedo describirte, juventud inmortal creadora de sí misma —canta el poeta antiguo. El fenicio lo convierte en vehículo de riqueza. Para sumerios, persas y helenos es fuente de vida, camino de expansión y poderío. Cuando el griego genial quiere expresar sus ansias de perfección y de belleza, se sumerge en el mar azul de las islas y regresa con la imagen de Afrodita Anadiomena, dea del amor y la hermosura. Y el hombre del Renacimiento, precursor y fundador de la civilización moderna, descubre el mundo, lo redondea, lo señorea y organiza por los anchos caminos de la mar: navegar fue su divisa.

Para nosotros, los americanos del sur, el mar es atributo vector de soberanía. Sin litoral marítimo no hay nación perdurable. Desde la lejanía cosmogónica dicta el océano sus pautas legendarias. Dicen en los "antis" —raza sutil— lo dominaron hasta posarse en los corales de la

distante Polinesia. Dicen que el "kolla" lo habitó. Dicen que el "inca" lo temía. La "colonia" lo utiliza diestramente. Las fogatas de la independencia arden en sus playas. Dicen que el último deseo de Bolívar era hundirse con su delirio inmenso de libertad y de gloria, en sus orillas mágicas. Y es que el mar es dado, el mar pertenece a nuestras jóvenes repúblicas por la geografía, por la historia, por el nuevo Derecho Americano que imponen los pueblos y el legislador consagra.

Nuestra política internacional debe girar en torno a un eje incommovible: la reintegración marítima a corto plazo o largo plazo ¿Doctrina jurídica? Es poco decir. ¿Atributo territorial? No colma el caso. ¿Exigencia de vida y paz social? Algo más todavía: consigna permanente de nacionalidad, porque no hay patria con las órbitas huecas y los brazos amputados. Y ciego y manco es el organismo nacional que carece de salida al océano.

Postulemos, pues, desde ahora —¡y para siempre!— qué todos los países americanos tienen derecho a libre acceso al comercio terrestre, aéreo, marítimo y fluvial. Que no habrá pueblos mediterráneos en América. Que Bolivia proclama la urgencia biológica de su reintegración marítima, como un problema continental que rebasa los límites del caso nacional.

"More Nostrum, Mare Sacrum": la gran herida de Bolivia sigue abierta.

II

Si bien se mira, si se piensa hondo, el mar está presente en la vida, en la historia, en la leyenda, en la continuidad insoslayable del suelo y de la raza.

Si la montaña es como el esqueleto primordial, hueso, nervio, sangre y músculo del boliviano el mar aparece y reaparece en nosotros a la manera de un espíritu familiar que vela por los suyos.

"Anima animans".

Buscad, rastread la huella del tiempo mítico, o seguid la línea airada de la ingeniería telúrica: el Mar acude, omnipresente, y cubre todas las solicitudes de la memoria y la imaginación.

El mar está en la cosmogonía primitiva cuando las aguas y las tierras empastan de limo el continente Señorea el área diluvial que aniquila dos veces Tiahuanaku. Se dispersa en las copas azules de los lagos que esmaltan la capa de armiño de la gran Cordillera. Permanece en el milagro líquido del Titikaka, el que quiso subsistir entre montañas para eternizar la gesta remotísima.

¿Y qué fueron Tupac-Amaru, los Katari, Murillo, el cholo intrépido; Huallparrimachi, sino manifestaciones submarinas del alma nacional cuando la Patria no existía?

En la guerra sublime de las republiquetas, mientras pueblos y hombres con fragilidad de espuma luchan por la libertad ¿qué representan los guerrilleros, qué significa la coronela Juana Azurduy de Padilla, varona insigne, sino golpes de mar contra el colonialismo decadente?

Si seguimos la línea hirsuta de la República, se oye también un galope de olas que envuelve a los héroes, a los conductores, a los adalides, a todo aquel que surge o cae con Bolivia. Tienen la virtud vivífica del agua, vastedad marina, plenitud lacustre. Fuerza de marejada o maremoto. Se dilatan en el tiempo como el horizonte marítimo. Relucen al sol de la gloria como la piel de pantera de los mares que tatúan los vientos y los soles. Vendaval en el océano, náuticas proezas, cuando pensamos en sus hechos y en sus vidas, nos bañan, nos lavan, nos redimen de la basura y del engaño.

Y son Bolívar, el héroe impetuoso que lleva tras su capa voladora la emoción del continente. Sucre, el fundador sin mácula. Santa Cruz, estadista visionario. José Ballivián, militar y

político. Linares, el reformador. Campero, el hombre del deber. Frías íntegro, solitario, magnánimo. Baptista, el orador, Pando, explorador y geógrafo: Montes, el constructor, Saavedra, el kolla dinámico. Busch, el patriota malogrado, y Villarroel, el generoso, que da su juventud, su talento y al fin su sangre misma por Bolivia.

¿No enseñaron violentar al destino Abaroa en el Topáter, el corneta, Mamani en San Francisco, Paredes en el Acre, Jordán en kilómetro Siete?, Ellos y otros como ellos renacen a la manera de héroes mitológicos saturados de yodo, de sal, de aguas y de espuma, para recordarnos que más vale vida corta que duranza indigna.

En la prosa estupenda y tierna de Arzans de Orsúa y Vela, mansedumbre del mar.

En los versos tempestuosos y armoniosos de Franz Tamayo, furias del mar.

En los lienzos coléricos de Cecilio Guzmán de Roias, raptos, tintas y colores del mar.

En la música ternurosa de Roncal, de Vargas o de Caba, aires y nostalgias del mar.

En la escultura vigorosa y atrevida de Marina Núñez del Prado, curvas, ritmos, goces, plástica hermosura del mar.

En los estudios científicos de Aspiazu, de Omiste, de Villamil de Rada, de Posnansky o de Martín Cárdenas, vastedad y persistencia del mar.

En la ruta penosa y arengada de Campos, de Vaca Díez, de Armentia, de Suárez, celos y desvelos por el mar.

En la historia atormentada de Moreno y de Arguedas, venablos y venenos del mar.

En el violín mágico de Jaime Laredo, júbilos y delirios del mar.

Y en el llanto del mitayo, en la hosquedad del minero, en la melancolía del campesino, o en la rebeldía del estudiante, en los cuerpos que esperan y en las almas que desesperan, un dolor y un sabor de mar que nos transvierten y nos espolean: ¡nunca cesarán!

Cuando Tamayo dijo: "¡Osad, perseverad!" quiso agregar: tened la osadía del mar y la resistencia de la montaña. Porque osadía y resistencia son las dos grandes líneas fundamentales que arquitecturan las naciones. ¡Osad, perseverad! Como el monte, que nunca se desmedra. Como la líquida llanura, que jamás detiene su mover acompañado y majestuoso.

III

Que no se espanten derrotistas ni timoratos: la guerra no es la solución para volver al océano. En la era atómica, cuando la fuerza destructiva está controlada por dos potencias, un conflicto armado entre dos países pequeños, inorgánicos, desprovistos de grandes recursos técnicos y económicos, sería absurdo.

El puerto volverá a Bolivia por gravitación, por ley natural, por obra del tiempo y por esfuerzo propio.

La prédica incesante, la divulgación de nuestro derecho, el fortalecimiento paralelo de la fe nacional y del engrandecimiento colectivo. Por la unidad geográfica y humana. Por la paz política y social. Por el sano desarrollo económico. Por la moralidad pública y privada. He aquí los caminos para llegar al mar.

Cuando superemos el desorden y la debilidad actuales por un sereno esfuerzo de conjunto. Cuando seamos oídos y atendidos en el concierto de naciones por nuestro propio mérito. Cuando nos fortalezcamos en la disciplina que duplica y en el orden interno que acrecienta, podremos instaurar la demanda restitutoria.

No por la violencia, más por el amor que trabaja y edifica, el mar volverá a nosotros. Y no las bayonetas, sino la palabra que anuncia, el brazo que se esfuerza, la inteligencia tenaz, el corazón inquebrantable nos llevarán al litoral perdido.

Y si en un mañana próximo, unificados y organizados por dentro, pedimos nuestra reintegración marítima, y no somos escuchados ni atendidos por el mundo y por América, anatema para el mundo y para América.

Ni guerristas ni revanchistas. El odio al usurpador no cabe en la nobleza boliviana, Pero a los chilenos diremos —¡siempre!— y a la América y al mundo, que Bolivia jamás renunciará al litoral que le fué arrebatado en una guerra injusta, y segregado después bajo la ficción jurídica de un tratado impuesto por la doble amenaza de las armas y del dogal aduanero.

Cualquiera que sea la solución futura, debemos pedir la restitución de lo usurpado. Nada de callejones, puertecillos ni caletas que equivalen a limosna de mendigo. Un vasto litoral con puertos amplios y seguros: lo que tuvimos en 1825.

Y no importan plazo, fatigas, sufrimientos. Pero el mar ha de volver a la montaña. Porque está escrito: Bolivia, la prisionera, no es para siempre. Y el mar, el desterrado, está volviendo ya,

IV

Thales, sabio entre sabios, atribuía, la vida al agua sacrosanta, desde el Origen hasta la subsistencia del Universo y sus fenómenos.

La poesía primitiva, los mitos y las fábulas, la leyenda dorada de los dioses y los héroes surgen de la marea azul y de la espuma nacarina, de las caracolas legendarias, de las islas bien aventuradas, del arcano acuático sondable pero incontenible.

Y en las playas que se pierden en remotas lejanías ¿no nacieron, no fueron a morir las mayores hazañas de la Historia?

¡Mare Nostrum, Mare Sacrum!

Que sería de los hombres sin el genio protector de tus mareas. ¡Y guay del pueblo que se atreva a vivir de espaldas al océano! Irá contra la especie y contra el hado.

En Bolivia, aunque ausente, invisible, el mar subsiste y persiste inmutable. Perennidad indeclinable: raíz y ala. Deidad omnipresente lo colma todo.

En el indio que soporta el impacto violento de la reforma agraria, que exige mejoría: un ondular de mar.

En el obrero y en las clases medias que ascienden con ritmo arrollador: tumbales resonancias de la mar.

En el intelectual, en el técnico, en el conductor que luchan y padecen por la patria que se remodela, un amor responsable que manda levantarse con ella o con ella aniquilarse. Como la ola en el mar.

Toda la cavidad andina, el ámbito valluno, y el área de los llanos están como sedientos de músicas marinas.

Y nuestro suelo es duro porque no tiene la trémula humedad de las finísimas arenas.

Y nuestras gentes como herméticas, hurañas, porque habitan lejos del verde tierno y del azul cerúleo de las aguas sin frontera.

Y dicen que la belleza alucinante del "Illimani", la augusta majestad de las cimas del "Illampu", y el cono vertiginoso del "Wayna-Potosí" esconden la historia increíble de una hidrografía mítica. Tierras que fueron mares. Mares, Montañas.

Y el altiplano andino es un mar petrificado que tiende a juntarse con el otro mar en movimiento que baña la tierra prometida.

V

El gran tema para la bolivianidad. La consigna unificante. Lo que nos salvará como nación y como pueblo; el regreso al mar. Lo engloba todo: imperativo biológico, reparación histórica, necesidad geográfica, atributo económico, objetivo espiritual.

Sólo un alto ideal patriótico puede unirnos y llevamos a un camino de superación que nos aleje de la violencia y el desorden en que nos vamos consumiendo. La salida oceánica.

Una conciencia nacional indeclinable de reintegración marítima. Un esfuerzo homogéneo y solidario de todos para todos. Una norma permanente de responsabilidad frente al enclaustramiento, deberán conducirnos a la meta libremente elegida: la restitución de nuestro litoral en el Pacífico.

Necesitamos un otro estilo nacional —de verdad, de constancia, de altivez— y una diplomacia nueva por encima de discursos y banquetes, para que la voz de Bolivia suene fuerte y clara en las reuniones internacionales. No imploramos: exigimos.

Como lo hizo cien veces en sus libros, en la cátedra, en polémicas de prensa, en notas diplomáticas y en conferencias internacionales don Eduardo Diez de Medina, denodado y gallardo defensor de los derechos de Bolivia en el Pacífico y en sus cinco fronteras terrestres.

¿Qué son, para nosotros, bolivianos, la solidaridad continental, el panamericanismo, la fraternidad del sistema americano, la democracia para la libertad y la justicia? Palabras vanas. Mientras subsista cautiva, olvidada en sus montañas, una de las veintiuna repúblicas de América, las otras veinte deberían prender un crespón en sus banderas.

Vergüenza para el Continente de la Esperanza que la desdicha de una hermana deje indiferentes a las demás. Y oprobio para los países del llamado Mundo Libre: Bolivia mutilada es un baldón para el derecho internacional, ley de naciones.

Estamos anclados en la tierra. Somos un pueblo inmóvil, rodeado de montañas, de llanuras. Nuestros grandes ríos, inertes, apenas si son navegables. El hombre de los bosques ignora el valle; el valluno poco sabe del montañés; el montañés no abandona su refugio encumbrado. La geografía boliviana, que es una desarticulación natural, se agrava por la desinteligencia humana. Nadie quiere moverse, raro es quien se arriesga. Dormimos.

Cuando Bolivia requiere, precisamente, destino de caminante y navegante.

El mar y la marcha hacia el mar, vienen a ser como el método fisiológico para un despertar nacional.

VI

El viajero que rueda por el mundo difícilmente escogería entre tantísimos el mar ideal.

Se piensa en el Mediterráneo luminoso, en el calmo Adriático, en el Jónico fosforescente y terso. En los mares lejanos de la China y del Japón. En la costa azul y en la costa brava. En las riberas miríficas de Hawai y las Bermudas. En las dos cintas angulares que la tierra itálica extiende sobre el mar de Liguria. En las playas distantes que baña el Indico enigmático. En la costa amalfitana, o en el golfo de Nápoles, serenos y lumíneos. En el Caribe misterioso. En los mares boreales de lunática hermosura. En el Caspio, en el Negro, en el Baffín, desconocido casi.

Son tantos y tan bellos... Playas de maravilla, cielo zafíreo, un sol de oro deslumbrante. Las arenas finísimas y trémulas. A veces, el agua verdemar deja entrever, como a través de mágicos cristales, un fondo de rocas, de algas y de peces. Las piedras se redondean en curvas voluptuosas. Una vela se pierde en el horizonte. El oleaje acaricia el ojo y el oído. Una vez en la bahía de Santos me pareció escuchar la palabra de Dios que discurría por la playa sin término y sin pausa.

Para nosotros, bolivianos, el más excelso de los mares —porque era el nuestro— es el que corre el filo del extenso litoral que nos arrebató el Tratado de 1904: Cobija. Mejillones, Antofagasta. En cualquier punto de los 400 kilómetros de costa marítima que tuvimos sobre el Pacífico anchuroso —amplias bahías, caletas quietas, ensenadas dilatadas— podemos situar la reconstruída heredad marina.

Dicen que el océano, allí mira a la costa abrupta, el seco desierto, porque es rudo. Afila los acantilados, se agarra a dentelladas con el suelo. No importa: así semi-salvaje lo queremos, áspero en el brazo, duro al contacto. Que nos llame a la fatiga y al esfuerzo. Y ese es el mar ideal para nosotros, educador de la voluntad, maestro de carácter, antes de paisaje idílico o portento de belleza.

No un mar de sueño para románticos y fantasistas, mas un mar viril, febril, pleno de vida tumultuosa, capaz de contener, como un polígono increíble todos los disparos ambiciosos del alma colectiva.

Un mar tan vasto y anchuroso qué expanda el área boliviana. Donde el minero encuentre refugio cuando las vetas se agoten. Donde el campesino halle horizonte más activo. Donde el obrero se ejercite como más dinámico en el acercamiento a la civilización y a sus técnicas portuarias. Donde el estudiante sienta mejor el pulso del mundo y el escritor y los expertos como más viva la respiración de la sociedad humana.

Y es que el mar ha de ser símbolo de unión y de concordia, para un pueblo devastado por el divisionismo y la fractura.

No pensemos ya en destruirnos, sino en acercarnos y como prendemos, en una superior inteligencia de Bolivia y sus problemas, porque la problemática nacional comienza en el hombre boliviano: no habrá futuro mejor sin superación individual. Y hemos de corregir los errores actuales para merecer el sosiego que vendrá.

VII

Indiecito que avanzas por el páramo: ¿conoces el aire salino de las playas?

Obrero que te agotas en las minas y en las fábricas ¿respiraron tus pulmones la pura brisa marina?

Estudiante que fatigas tu inteligencia en la aridez de los libros ¿sabes que al otro lado del muro de los Andes te aguarda el océano, puerta soberbia abierta a todos los horizontes del mundo?

Político, intelectual, técnico, empleado o empleador, sacerdote, militar, profesional, artista ¿no sientes tu vida incompleta porque la voz del mar no acaricia tus oídos?

Campesino que te curvas sobre el surco ¿no se mecen las espigas como un rodar de olas que estremece tus íntimos afanes?

Hombre duro del Ande, hombre tierno del valle, hombre pánico del bosque y de los llanos ¿no os brota de lo hondo la canción de la espuma y del oleaje que las bisabuelas pusieron en vuestra sangre?

Mujeres bolivianas, las más bellas, las más finas, las mejores y más santas, por sufridas, abnegadas, silenciosas ¿no estalla un deseo de haber mar en vuestras venas?

Patricios de sienas nevadas, jóvenes de corazón intrépido, no sentís la palabra del destino que manda inexorable:

¡No olvidéis el Mar!

VIII

Necesitamos puertas y ventanas que se abran sobre el planeta, pero llaves y pestillos en nuestras manos. Porque el aire que lo aproxima todo, es todavía, por el alto costo de transporte, menos que el océano que todo lo comunica y acrecienta.

Para aumentar la velocidad nacional —única forma posible de progreso— requerimos una cura de acicates marinos: tráfico oceánico, dinámica de puertos y de muelles, vastedad del mar ante los ojos, la circulación humana en las playas que acelera el proceso demográfico. Esto nos haría como más ágiles, nos volvería como más responsables. Tendríamos una mejor percepción del mundo y sus problemas, una mayor capacidad para la acción y sus conflictos.

Porque el boliviano de hoy no vive en 1960: cincuenta años de lastre en las ideas y en los hábitos le impiden alzar vuelo. Y el enclaustramiento marítimo es causa principal de ese retrato que nos circunda.

El espíritu de pendencia, de molicie, proclive a la anarquía, proviene de que hacemos el diálogo y la fricción de interés sólo entre bolivianos, como si no existieran las demás gentes del planeta. Diálogo y fricción de prisioneros, encerrados, fastidiados con su destino, que carecen de medidas de relación con pueblos cercanos o distantes.

¿Por qué el comercio se asfixia, la industria languidece, la tarea agraria acusa un retraso de mil años? Porque estamos lejos, todavía, de las grandes rutas marítimas, del natural dominio de nuestra economía nacional. Porque la producción y el tráfico de las materias básicas, o todo aquello que traemos de fuera, sale o llega al impulso de ajenas voluntades. Supeditados a la eficacia extraña, tenemos que pedir permiso para subsistir. Y esto es contra naturaleza, contra derecho, contra equidad.

Necesitamos del mar para probanza de varonilidad. Para poder hombrearnos con todos los pueblos del globo. Para demostrar que somos señores de nuestra propia heredad. Para terminar con la servidumbre geográfica que vulnera nuestra existencia nacional.

En el siglo del átomo y de la astronáutica, es irrisorio que sigamos confinados entre el paredón andino y las grandes llanuras que corren al Amazonas y hacia el Plata.

Hay que mover la barca boliviana sobre invisibles ruedas, arrojarla por valles y mesetas, cubrir el llano, hendir la cordillera, y conocido ya el interior perímetro, echarla al fin sobre el Pacífico tranquilo, a la búsqueda de la Patria Perdida. La que fuimos, la que volveremos a ser. Señora y dueña de su casa, de su puerta, de su destino.

He aquí: consigna de descubridores y navegantes requerimos. Descubrir la realidad interior, conocemos y pesamos a nosotros mismos, para navegar después hacia la plenitud histórica. No mirar tanto el pasado cuanto enfrentar lo que viene y seguirá. La siesta y el carnaval deben terminar. Nos aguardan duros trabajos, contrariedades, riesgos y sacrificio.

Tenemos algo de insular. Vivimos como escapsulados dentro de nuestra propia sequedad terrestre: ostras humanas. Asimilamos de la rudeza mesetil y del páramo altiplánico. Pedimos poco y producimos menos. Desvinculados del vértigo dinámico de nuestra época, transcurrimos en "tempo" lento, moroso. Vivimos demorados. Una tristura ancestral nos devuelve hacia adentro. Subjetivizamos en exceso. La voluntad se sustrae al Impacto de la incitación moderna.

En cierto modo corremos peligro de perder la circunstancia presente y comprometer el porvenir. Podríamos quedar anclados en un tiempo de inacción y desórdenes, que gran parte del planeta han vencido ya.

Estos males y estas fallas deben superarse. Nada hay que no pueda alcanzar una voluntad nacional enérgica y constante.

Criaturas del mar somos y de la tierra. La mitad de esencia náutica, la mitad cosa telúrica. ¿Cómo podríamos renunciar a cualquiera de ambos si nos son connaturales, irrenunciables por ley natural y por derecho humano?

Una hermosa cara ¿no tiene la movilidad del mar? Un cuerpo que se mueve armonioso ¿no evoca la plasticidad del oleaje? Un alma grande ¿no es como el abismo oceánico sin fondo y misterioso siempre?

Es que todo el enigma humano y su sentido trascienden en cierta forma al líquido elemento.

Y para ser bolivianos de verdad, hombres enteros, tenemos que tender al Mar lejano, inmenso, fuente de sabiduría, copa incolmable de riqueza.

Que el idealismo marítimo sea como un baño de honestidad y de frescura que vigore los cuerpos y lave las almas.

Porque está escrito: la victoria acude al empeñoso, no al dormido. Y toda hazaña humana peralta su transcurso cuando el hombre se agiganta en su tarea, violenta al destino, y deja una huella tumultuosa en la memoria de las generaciones.

¡Oh, pueblo boliviano! No te desangres ni extenúes en lamentable contienda fratricida. Elevate a un alto ideal nacional que te una y engrandezca como agiganta al mar el galope y el estruendo de sus olas.

IX

Una perspectiva de actualidad: ¿qué debemos hacer si se presentan manos que vienen en ayuda de Bolivia para volvernos, al océano? Si la ayuda para resolver la cuestión portuaria viene de los EE.UU., aceptada. Si llega de Rusia, aceptada también. Si proviene del Brasil o de Argentina, mejor todavía. Los pueblos deben ser realistas y egoístas cuando se trata de sus grandes fines nacionales.

Y si la ayuda no viene de parte alguna, como es probable, porque el horizonte externo se cierra y se oscurece para el débil, entonces a fiar de nosotros mismos, extrayendo fuerza, impulso prestigio del propio recinto boliviano.

Regresaremos al mar por el consenso americano o sin él.

Tocante al Lago Titikaka, que Tamayo con frase feliz designó como el corazón de Bolivia. Hombres de estado, jurisconsultos, publicistas han explicado con amplitud el criterio nacional en torno a la soberanía, dominio, condominio y aprovechamiento de sus aguas. Aquí solo cabe subrayar que si ellas van a servir para realizar grandes proyectos hidroeléctricos de trascendencia continental, el Lago Sagrado es el as de triunfo de los bolivianos.

Desde ahora y para siempre postulamos que toda tratativa para utilizar la energía industrias del Titikaka, debe consultar simultáneamente una salida al mar para Bolivia.

Y ésta es la línea inmovible hacia la que deben convergir la fuerza y el potencial de fuerza del país. El estaño declinante, el hierro del Mutún surgente, el petróleo y los oleoductos, las posibilidades futuras de la agricultura y la ganadería en el Este y el Noroeste, el dragado de los grandes ríos benianos, la naciente industria cruceña, el resurgimiento de la producción de minerales, la política vial y de transportes, la enseñanza pública y la tecnificación de las fuerzas armadas, la incorporación del campesinado a la ciudadanía responsable; todo cuanto signifique incremento de la producción, tráfico organizado de riqueza, progreso nacional, finalidad espiritual, debe concentrarse y potenciarse en un solo anhelo poderoso, irresistible de reintegración marítima.

No bastan la revolución social ni la planificación económica para conmover a un pueblo y lanzarlo a más alto destino. Es un ideal colectivo que contenga a todos y a todos cohesione por encima de ideologías y rencillas. Es el espíritu, dador de vida. Es la fe, paridora de milagros: es el sentimiento de nación que manda empujar la línea móvil del horizonte, cuando el horizonte se estrecha y lanza a hermanos contra hermanos.

No hay fatalismo histórico. No hay pueblos desdichados o perenmente a la zaga. Hay solamente sociedades nacionales en ascenso y sociedades nacionales que decaen. Demostremos que pertenecemos a las primeras, superando la discordia y el desorden, imponiendo la norma jurídica sobre el caciquismo y los disturbios, organizando la economía, frenando los abusos de poder, restituyendo a todos los bolivianos el pleno goce de sus libertades esenciales, para que cada cual se desenvuelva tranquilamente al amparo de la patria y de sus leyes.

Entonces estaremos capacitados para responder al reto de la naturaleza y del destino, unidos y fortalecidos por la idea grandiosa que acerca y enaltece a los bolivianos sin exclusión alguna:

¡Enclaustrados, no. Libres y navegantes, sí!

X

Sé de dos libros que el Estado debería reimprimir y distribuir gratuitamente, para que los bolivianos conozcan su historia y su derecho al mar. Son, en verdad, la biblia en la cuestión portuaria; lo analizan y plantean todo. Uno se nombra "Bolivia, su estructura y sus derechos en el Pacífico" por Daniel Sánchez Bustamante. Otro "El Problema Continental" publicado bajo el pseudónimo de "Prescott" por Eduardo Diez de Medina. Son de 1920 y 1923 respectivamente y no han perdido actualidad.

Cuarenta años atrás, Sánchez Bustamante planteaba como factor positivo para volver al mar, esta doble fórmula sagaz: interesar al yanqui, atraer al europeo. El yanqui está interesado en

Bolivia, el europeo habita entre nosotros pero ninguno de ambos podría resolver por sí la cuestión marítima.

El mundo ha cambiado en forma prodigiosa, la vida internacional es más compleja y delicada. El derecho inalienable de los pueblos se mide, hoy, por el mirar de largo alcance de sus estadistas, por la dinámica positiva de su política, de su diplomacia, de su expansión económica y comercial. Por la firmeza con que se sustentan los objetivos nacionales y por la habilidad en difundirlos.

Desde Grocio los "horizontes jurídicos del mar libre", abierto para todos, son una conquista de la humanidad. Ha llegado el momento de hacer saber al mundo que Bolivia mantiene su derecho inmanente a ese patrimonio sagrado.

Sin gimoteos. Sin mendigar. Porque ya no existen cenicientas en la América del Sur: Con voz clara y fuerte, con serena decisión. Interesemos no sólo al yanqui y al europeo, sino también al ruso, al japonés, al hindú. Toquemos las puertas del Asia: tal vez la China nos entienda mejor. Busquemos en el corazón del África, el continente que despierta, los principios de justicia que parece haber olvidado el occidente supercivilizado. Busquemos la amistad de todos, pactemos con cualquiera si ese entendimiento con las naciones ha de acortar nuestro retorno al océano.

Nuestra política internacional no debe ser pasiva y quieta, sino inquieta, ultradinámica. Inquietemos al mundo, provoquemos el juego de las Cancillerías, despertemos la conciencia moral de pueblos y naciones para que termine en injusto cautiverio.

¡Bolivia no puede subsistir aislada del Mar!

La economía, la ciencia, y la técnica, han cambiado los términos de relación en la vida internacional. La fuerza y el tamaño no lo pueden todo. En el mundo de hoy, que se transforma y se remodela, sujeto a tensiones múltiples y encontradas, donde el hombre ha sido interiormente conmovido y alterado, vemos cosas que parecían imposibles.

No es que se trate de incendiar el mundo ni de promover discordia en el ámbito sudamericano. Nada de ello. Pero Bolivia tiene derecho —derecho irrenunciable— a proclamar la verdad de su causa y la justicia de su acción. La Revisión del Tratado de 1904 y la salida al mar son como el eje de nuestra política internacional. Que ella sea activa, vigilante, que con serena firmeza ponga freno a las ambiciones del Brasil, y recuerde a Chile la necesidad de restituir lo que usurpó.

En suma: que en materia internacional Bolivia no aparezca como una barca a remolque de la navegación continental, sino como el joven navío, valeroso, que abra ruta nueva a la América del Sur.

XI

Ni árbol. Ni piedra. Ni monte. Ni sosiego. ¡Navegante! Realicemos un doble crucero hacia la propia realidad y hacia el exterior descubrimiento: La tierra sola, por anchurosa y noble que sea, no devuelve completa nuestra fisonomía nacional: tenemos que asomarnos nuevamente a la orilla oceánica y ella reflejará la entera imagen redondeada de un pueblo infortunado pero no vencido.

Ya el Génesis, con palabra profética y simbólica, enseña al hombre: "...henchid la tierra y sojuzgadla, y señoread en los peces de la mar..."

Es el destino de los pueblos: caminar, navegar, moverse libremente por las grandes rutas terrestres y marítimas. Porque la vida es el movimiento y pueblo ni hombre será digno de sí mismo si se traba su desarrollo y se entorpece el ritmo de su andar.

¿Cómo y cuándo se abrirá la ruta que nos lleve del Titikaka alucinante al Pacífico sonoro?

Tal vez el adalid futuro es un niño que el aula mece con manos maternas. Acaso no ha nacido todavía. Pero llegará. Tendrá el mirar condoril, garra de puma. Será estadista, conductor civil, político y visionario. Como Thunupa, el de la leyenda kolla, cosiendo montes, devorando planos, uniendo el Titikaka y el Poopó, acaso para señalarnos el misterio cósmico de los Lípez, de los salares de Uyuni y de Coipasa, donde una inmensa riqueza y una felicidad futura aguardan a las generaciones que sepan labrar en la pelea de los días su propia grandeza creadora.

Ya el arúspice andino lo ha entrevistado en su verso metálico y lumínico:

"Como vuelven las hojas
en el deshoje,
y un Sol que sobrecoge
tras las congojas,
vuelve un amauta
en mí que ya fué antes
un argonauta!"

¡Ese es el destino de Bolivia: irremediable, inexorable, nítido: el Mar ha de volver a la Montaña, o la Montaña se moverá hacia el Mar!

Una como mística portuaria debe encender las voluntades y conmover los corazones.

Y esto no es farolería ni chauvinismo banderizo. Es un deber inevitable. Es conciencia de responsabilidad frente al destino adverso. Es consigna de nación, fuego de patria.

XIII

La gran herida de Bolivia debe cerrarse un día. Acerquémonos a sus bordes sangrantes que manan fuerza, coraje, constancia, los tres rubíes encendidos para toda masculina dignidad.

Consagremos a la Patria, amada cuanto más desventurada.

Que la melancolía cese, la inercia termine, y la quejumbre se desvanezca. Necesitamos una pedagogía viril y matinal que nos devuelva a la interior confianza y al respeto ajeno.

Bolivia sabe lo que busca y cuánto puede. Una serena espera creadora, fundada en el trabajo, en el orden, en la superior conciencia de nuestros deberes nacionales, hará el milagro de acortar el camino de regreso al mar.

"Mare Nostrum, Mare Sacrum". Que ésta sea la primera plegaria y la postrera para el labio andino.

Mar nuestro, mar sagrado. Hay un rodar de olas y de espuma en la muchedumbre boliviana. Condúcela.

Porque está escrito: nadie puede ser el carcelero de su hermano.

¡Y si existe, verdaderamente, una familia americana de naciones, sea roto el cautiverio de Bolivia para honra de una América sustentada en el Derecho y afirmada en la Justicia!

"DIES IRAE" POR LA PATRIA EN DESVENTURA (*)

REFLEXIONES SOBRE LA DESVIACIÓN DEL RÍO LAUCA Y LA POLÍTICA INTERNACIONAL DE BOLIVIA

Quiero comenzar esta conferencia, evocando las palabras con que el general Narciso Campero se dirigía a los restos del ejército, en la Plaza Murillo, el 26 de junio de 1880, rindiendo tributo a los caídos en el Campo de la Alianza:

"Por esas almas gloriosas y sobre estas armas de acero que la Patria ha puesto en nuestras manos, hagamos a nuestro nombre y al de todo el Ejército, el íntimo y firme propósito de vengar la sangre derramada por la codicia de Chile. Si a nosotros no nos fuera dada la satisfacción de reparar el agravio, dejemos a nuestros hijos, a nuestros nietos y aun a nuestras más remotas generaciones, el legado de cumplir el santo propósito que hoy hacemos".

Agradezco a los estudiantes —ojos de la Patria— por haberme invitado a ocupar esta tribuna. Las Facultades de Derecho, Ciencias Económicas y Filosofía —ley, riqueza, pensamiento— me piden hablar del problema del río Lauca y de política internacional, Graves problemas que ningún boliviano consciente puede eludir, porque afectan a la seguridad del Estado, a la vida misma del país.

No será una conferencia académica ni un alegato jurídico. La defensa técnica de los derechos bolivianos sobre el Lauca está confiada a nuestra Cancillería. Tenemos además, expertos internacionalistas, diplomáticos, publicistas que explicarán con amplitud y en detalle la cuestión. Me ocuparé, no obstante, del vitando asunto porque ha herido la sensibilidad del pueblo, por constituir un peligroso antecedente o jurisprudencia de facto susceptible de provocar mayores descalabros futuros, y porque la Nación pide que se descorra el velo del silencio en torno al Lauca y se adopte una línea activa, vigilante, una política internacional dinámica que nos saque de la inercia y del olvido.

Aclaración previa. No se trata de atacar personas ni de combatir gobiernos. Mas bien la crítica generalizadora contra nuestra desconcertada política exterior, desde la fundación de la República hasta nuestros días. Tuvimos estadistas de larga visión, grandes diplomáticos, hábiles internacionalistas y escritores que defendieron con acierto y lealtad a Bolivia, tanto en el siglo pasado como en el actual; pero la tarea de esos patriotas no tuvo el respaldo de una línea continua de Cancillería ni el apoyo unánime del sentimiento popular, porque gobiernos y opinión pública —a veces divorciados— anduvieron casi siempre a oscuras en materia de política internacional. Y lo que es peor: mudando metas y métodos.

Absorbidos en la fricción interna, olvidamos las fronteras, dejamos de pensar en proyección continental. Nación mediterránea desde 1879, Bolivia corre el riesgo de caer en la mentalidad isleña: cerrada, indolente, imprevisora. Esto es lo que se debe romper: el aislamiento. Esto es lo primero por vencer: la timidez. Hablar claro persistir en el camino elegido, es lo único que hace respetables las naciones.

Disertación patriótica llamaré a esta conferencia. Oración Cívica. Un llamado a la conciencia y al corazón de los bolivianos. Porque el Lauca es piedra de toque para saber si somos o no somos Nación.

I

¿Por qué el Día de la Ira? Porque el atropello y la desgracia nos visitan nuevamente.

(*) Conferencia Cívica dictada en el Paraninfo de la Universidad Mayor de San Andrés, el 15 de diciembre de 1961. a invitación del Bloque de Ciencias Sociales.)

Bruscamente tres palabras han hecho sangrar el corazón de Bolivia: el río Lauca. ¿Habéis oído? Alevosía en la frontera con Chile. ¿Y quien que se nombre boliviano podría decir que no escuchó? Tres toques profundos, funerales y marciales a un tiempo mismo, han resonado en las puertas de bronce de la Patria. Tres toques de atención que anuncian el drama que se acerca. Esquilo dibuja en los Andes la pelea del destino con los héroes, Beethoven brama en la sinfonía: dolores que tienen alas, voluntades y pesadumbres, el deseo obstinado de persistir y de vencer. Y Tamayo, nuestro Tamayo, centinela sempiterno en la vida y en la muerte, se yergue desde la tumba para enseñarnos el camino:

—¡Detener al araucano!

Veintidós años de artera diplomacia mapochina han terminado arrebatándonos la mitad del caudal del río Lauca. Y una vez consumado el despojo se pretende, todavía, imponemos silencio. La nota chilena de 6 de diciembre, que rechazamos de principio a fin, pide que Bolivia renuncie definitivamente a todo reclamo sobre el Lauca.

¿Qué podemos contestar a tamaña ofensa y cinismo tanto?

¡Anatema! Por no emplear vocablo más fuerte.

Anatema a la traición, al despojo, a la prepotencia del más fuerte.

Anatema a la fría serpiente que sube desde Magallanes hasta Arica, codiciando siempre las riquezas de Bolivia.

El río Lauca: tres puñales fatídicos gotean sangre en la hermandad americana.

No es día de duelo ni hora para el llanto. Pasó ya el tiempo de gimoteos y protestas líricas. Bolivia debe responder con acción serena daño y agravio: segura de su buen derecho, exigiendo que ambos se reparen o sancionen, apelando a la norma jurídica y a la ofensiva diplomática para obtener justicia.

Día de la cólera. Mas, no la que desborda en multitud enfurecida ni aquella que zumba en la piedra voladora, sino la "ira santa" de que habló el poeta la que levanta y unifica pueblos o en pos de verdad y de justicia.

¿No encenderá la cólera nuestros pechos frente al nuevo despojo?

¿Cómo reaccionar ante esa diplomacia de paños tibios que nos conduce de retroceso en retroceso?

¿Quedaremos impasibles ante el silencio cómplice de los países americanos?

"Dies Irae" por la Patria en desventura. Que nadie intente poner freno al natural arrebato del pueblo boliviano. Porque heridos, ofendidos, despojados en el Lauca, tenemos el derecho y el deber de contestar como varones: primero la protesta vibrante luego la defensa jurídica sistemática ante los tribunales internacionales; y como lección final reconocer el trágico destino de acoso que nos circunda, luchar con él hacemos fuertes dentro de propia periferia, buscar en la unidad nacional la fuente suprema de resurgimiento.

¡Día de la Ira! ¡Quién tuviera veinte años para organizar un grupo de "comandos" y hacer saltar la usina en Chaquiña!

Estamos indignados, pero no perdimos el sentido de la realidad. Recordamos el consejo del filósofo: el fondo del alma debe permanecer sereno en la tormenta. Es condición de toda actividad positiva.

No somos belicistas ni revanchistas. Las guerras no se ganan solamente con valor, sino principalmente con armamentos y potencial económico; en ambos casos estamos en relación de uno a diez con Chile. Nuestra población es la mitad que la araucana. Los medios de transporte deficientes. La industria en crisis. La agricultura y la economía recién en proceso de desarrollo. politiquerismo y el rencor nos tienen divididos.

En estas condiciones la aventura bélica sería suicida.

Mas, reconocer la debilidad actual no significa renuncia a preparar el futuro.

Las naciones —dice Landsberg— aceptan algunas veces sin reacción violenta daños terriblemente graves según sus consecuencias reales, siempre que la integridad de su territorio quede intacta. El carácter sagrado de esta integridad emana de la experiencia humana del propio cuerpo. El territorio pertenece al cuerpo común del grupo social. Una mutilación de su cuerpo afecta a cada uno de sus miembros. Los más profundos, universales y primitivos instintos de defensa y virilidad despiertan entonces imperiosamente ante una amenaza de este orden. De no ocurrir así, la nación muere como nación.

Es pues, para los bolivianos, hora de reflexión y decisión. El Lauca nos devuelve a esa órbita de fatalismo histórico e imprevisión dentro de la cual nos movemos desde la cuna.

El salitre, la goma, el petróleo y las controversias limítrofes hicieron pedazos nuestra heredad territorial. La mitad de lo que tuvimos en 1825 está hoy en poder de los vecinos.

¿Y vamos a seguir callados, en pasiva resistencia, cuando vemos que los ríos se convierten en armas de agresión geográfica y lesión económica, anunciando la futura ofensiva hidrográfica que primero en el Titicaca y luego en los sistemas fluviales que desembocan al Amazonas y al Plata, podría significar la sequedad extrema y acaso el aniquilamiento final de Bolivia?

La protesta en los labios, la esperanza en el corazón, la voluntad indoblegable de lucha y resurrección son los recursos supremos del hombre y del Estado en pugna contra el destino.

Si no encontramos justicia ni en arreglo directo ni en organizaciones internacionales, si el continente y el mundo libre enmudecen y nos dejan solos frente al abuso del más fuerte, preparémonos para un tiempo de sufrimiento y abnegación. Convirtamos este país dormido en una comunidad de trabajadores y soldados, capaz de organizarse y defenderse por sí misma. Y día llegará en que podamos revertir a Chile, con la elocuencia decisiva de los hechos, el propio lema de su escudo:

—Por la razón o la fuerza.

"En una causa justa —expresa Sófocles— el débil aventaja al fuerte".

Estas son nuestra grandeza y nuestro drama: estamos solos en el centro de la América del Sur. Pero sabremos enfrentar al destino y al vecino, cuando así lo exijan la integridad territorial, la dignidad de Bolivia.

No más debilidades, no más amistad encubierta y fraudulenta. Viviremos en paz, haremos buenos negocios, progresaremos en armonía con aquellos que respeten nuestra soberanía y se hagan dignos de merecer nuestra confianza.

Una nueva conducta debe dar jerarquía y calidad a la presencia de Bolivia en el campo internacional.

III

Lo primero que se pregunta el boliviano:

—¿Por qué ese velo de oscuridad y de misterio a nuestros problemas internacionales?

Se trate del Lauca, del Bermejo, del Río Verde, del Chovoreca, de los Acuerdos de Roboré, del aprovechamiento de las aguas del Titicaca o de cualquiera controversia delimitatoria, el conocimiento del asunto y la subsecuente discusión vienen de improviso, casi siempre cuando ya tenemos el conflicto encima.

¿Negligencia, imprevisión?

En 1939 debió llevarse a la conciencia pública en toda su amplitud la proposición chilena para desviar las aguas del Lauca, difundiéndose asimismo la negativa boliviana; debió abrirse debate nacional acerca de sus ventajas y peligros; debió formarse un criterio colectivo interno y emprenderse una ofensiva diplomática para crear un clima internacional favorable a nuestra causa. Había que presumir que Chile no se quedaría en el primer paso. Debimos tener, desde aquel tiempo, un plan formal para afrontar el problema en sus derivaciones políticas, técnicas y económicas, y una táctica de negociación permanente para evitar descalabros. Si la Nación entera se hubiera cohesionado en torno al Lauca, exigiendo el acuerdo honorable y compensatorio que la práctica internacional aconseja, acaso se habría evitado el despojo. O al menos quedaría la satisfacción concienzuda de haber agotado todo recurso en defensa de nuestro derecho actual y de nuestra seguridad futura.

Desgraciadamente no ha ocurrido, o parece que no ha ocurrido así.

Excepción hecha de las publicaciones registradas en la prensa en los últimos días, de las últimas notas entre las Cancillerías de La Paz y de Santiago y de artículos aislados ¿está bien informado el pueblo boliviano de cuánto significa el río Lauca en su vida inmediata y en su próximo porvenir?

Es de esperar que la Cancillería hará conocer al país la historia, los antecedentes, el curso de las negociaciones con Chile a partir de 1939, y cómo se planteó y sostuvo la defensa jurídica del caso. Más que para señalar descuidos y responsabilidades, a fin de enmendar los yerros y prevenir conflictos mayores, pues está visto que en materia territorial y en el juego de la política exterior no son buenos agentes ni el silencio permanente ni los largos períodos de ocio.

La política internacional exige hoy a las Chancillerías, a la diplomacia y a los pueblos que las sustentan, un trato rápido y despierto, una vigilancia constante, una celosa observación de las normas jurídicas, una aptitud de negociación dinámica, la capacidad de suscitar conflictos en el campo opuesto para aliviar la tensión en el recinto nacional.

Una pregunta, antes de ingresar al fondo de la cuestión: ¿Por qué Chile emplea dos lenguajes diplomáticos, uno extremadamente cuidadoso y cortés con todos los países del mundo, y otro altanero y amenazador cuando se dirige a Bolivia?

No estamos en 1879 ni en 1904. Esto es lo primero que se ha de esclarecer a los mandones del Mapocho.

IV

Como lo ha expresado el Canciller Arze Quiroga, el caso del Lauca es sólo una parte en el gran problema de nuestras relaciones con Chile.

La extensa faja territorial que corre entre el Pacífico y el espinazo de los Andes es un recinto estrecho y seco. Hasta los historiadores chilenos reconocen que sin la conquista por las armas del litoral boliviano y de Tarapacá, la nación austral se habría extinguido por consunción económica. La mayor parte de la costa chilena, en sus áreas interiores, carece de agua. Esta falta de elemento hídrico fundamenta en parte la política internacional de Chile, que como era lógico pensar ha buscado el punto más débil de la cadena fronteriza para apagar su sed. En 1950 intentó aprovechar las aguas del Titicaca para irrigar el desierto tarapaqueño. Tamayo, el indio arrebatado y avizor, paró el golpe. Esta política de persecución y apropiación del elemento hídrico, se acentuó desde 1921, en la sonada cuestión del río Mauri. No prosperó su proyectada desviación hacia el Pacífico, porque el gobierno Saavedra, la prensa nacional y publicistas de la talla de José Aguirre y Eduardo Diez de Medina, se opusieron firmemente al propósito chileno. Chile siguió buscando en otras tierras y en el curso de los ríos sucesorios o internacionales, lo que no tenía en las suyas. Un técnico europeo que conoció los estudios realizados en Santiago para aprovechar las aguas del Titicaca, me dijo en París, que existe un plan científicamente concebido, tras largos años de estudio, para utilizar los caudales provenientes de ríos, lagos y fuentes de agua de los Andes Occidentales en beneficio de los desiertos costeros de Chile.

Como la frontera más extensa de Chile en esas regiones limita con la nuestra, fácil es suponer quien será el mayor perjudicado.

En este plan general de utilización fluvial y lacustre, Chile enfrenta otro problema: el del aprovechamiento de los ríos internacionales que naciendo en su territorio siguen su curso y desembocan en territorio ajeno. Aparentemente, se desprende que un país tiene derecho para utilizar el curso de un río que nace en su territorio e irrigar zonas desérticas. Pero la ley internacional —sabía al velar por el interés de todos los Estados— determina que sólo se pueden desviar y utilizar esas aguas de curso sucesorio, previo el consentimiento del otro Estado copropietario del río y compensando los daños o perjuicios que le ocasione ese desvío.

Y éste es el caso concreto del río Lauca.

¿Qué dicen la historia y la geografía?

El Lauca es un río boliviano que nace del Sajama, de las cumbres de los nevados Parinacota y Cotacotani y de la Laguna Chungara, nombres, todos, típicamente indígenas que delatan la milenaria ascendencia del trono aimaroquéhua, convertido en río internacional por la usurpación del 79.

El río Lauca ingresa a la frontera boliviana por Macaya, pasa por las poblaciones de Huachacalla y de Chipaya, y termina como afluente del Lago Coipasa. Unos sostienen que es un río importante, de ancho caudal en las épocas lluviosas. Otros afirman que no constituye una vena hídrica voluminosa. En cualquier caso, el Lauca baña y beneficia un extenso "habitat" del altiplano carangueño, en el departamento de Oruro, que habrá de soportar necesariamente perjuicios climáticos y económicos por la reducción de su caudal.

En 1939 Chile anunció que haría obras de captación en el Lauca para utilizar el 49,7% de su caudal y conducirlo por medio de un canal al seco valle de Azapa en Arica. Bolivia se opuso formalmente a dichas obras fundando su derecho en la norma internacional vigente en la materia, en la Convención de Ginebra de 1923, y en la Declaración LXXII de la Séptima Conferencia Panamericana de Montevideo de 1933, sobre Uso Industrial y Agrícola de los Ríos Internacionales, que en su capítulo II, al referirse al derecho que tienen los Estados para aprovechar con fines industriales y agrícolas las aguas de los ríos internacionales de curso sucesorio, expresa claramente:

"...Ese derecho, sin embargo, está condicionado en su ejercicio, por la necesidad de no perjudicar el igual derecho que corresponde al Estado vecino en la margen de su jurisdicción. En consecuencia, ningún Estado puede, sin el consentimiento del otro ribereño, introducir en los

cursos de agua de carácter internacional por el aprovechamiento industrial o agrícola, ninguna alteración que resulte perjudicial a la margen del otro Estado interesado.

En el capítulo III, la citada Declaración de Montevideo se refiere, expresamente, a "indemnización, reparación o compensación de los daños". Sabia previsión del legislador que adivinó la política de los hechos consumados.

El río Lauca, arbitraria y unilateralmente desviado y captado por Chile en perjuicio de Bolivia plantea, pues, un conflicto jurídico de trascendencia americana que puede alterar la doctrina y la práctica en el uso de aguas de curso sucesorio entre Estados vecinos.

¿Puede la necesidad técnica anular un principio de derecho? ¿Para mejorar las condiciones de vida de ciertas poblaciones, se ha de aniquilar las de otras? La "agresión geográfica", aparte del problema de soberanía y de usurpación económica ¿no constituye también un tema de carácter científico y social que exige tratamiento especial en resguardo de las localidades fronterizas y de los centros alejados?

Fijarse bien: el río Lauca no es solamente un tajo alevoso en el hombro de Bolivia, sino una brecha profunda que puede perturbar la paz y unidad del continente.

Nos regimos por normas de Derecho o la fuerza y el dinero destruyen el sistema interamericano. Este es el fondo del asunto.

V

No se conoce bien el proceso de las negociaciones diplomáticas entre Bolivia y Chile para definir el caso del Lauca; pero sí se sabe, de un modo general, que siempre nos opusimos a las obras de captación proyectadas por el país vecino.

Al enterarse de la primera desviación de prueba de las aguas del río Lauca, que Chile realizó para mover la usina hidroeléctrica de Chaquiipiña y llevarlas después por medio de un túnel o canal hasta el valle desértico de Azapa, la Cancillería boliviana, en nota acaso demasiado breve, opuso formal oposición a las obras realizadas. Es de advertir que en 1954, Chile ofreció, oficialmente, atender la reserva boliviana.

La nota boliviana fue el 31 de octubre. Después de más de un mes de cauteloso silencio, la Cancillería chilena, en fecha de 6 de diciembre, ha contestado aquel documento con un extenso alegato que historia y pretende legitimar, a su manera, el curso de las negociaciones entre ambos países. Agresiva en lo político, inconsciente en lo jurídico, la nota chilena se funda en un simple detalle técnico: el no haber hecho conocer sus reparos Bolivia, dentro de los tres meses que señala la Declaración de Montevideo, a la denuncia hecha por Chile sobre las obras que pensaba ejecutar— para dar giro y solución inesperados al problema: según los estadistas del Mapocho, Bolivia "debe renunciar definitivamente" a todo reclamo sobre el río Lauca porque así lo ha resuelto Chile!

¡Estupenda fechoría, vergüenza para América!

Los araucanos suspenden la vigencia del Derecho Internacional, se sientan en la Moral y en la Justicia, olvidan la cortesía diplomática en su trato con Bolivia y cierran 22 años de negociaciones con las palabras: "asunto terminado".

Bismark ha vuelto a meterse en La Moneda. Pero esta Vez se equivocó: los bolivianos no aceptamos órdenes del usurpador.

Ahora bien. ¿Cómo ha recibido la opinión pública boliviana la nueva agresión chilena?

Con unánime y encendida indignación. Hay que fijar ciertas expresiones para que la historia las recoja.

El Canciller ha declarado: "Esta es una cuestión de soberanía y no hay plazo para los derechos de soberanía porque ésta es imprescriptible e inalienable".

"El Diario" afirma: "El río Lauca no es un río bien nacional de uso público, sino un río sucesorio internacional según lo define el Acuerdo Multilateral de Montevideo de 1933. Negar este pacto es desconocer el Derecho Internacional Público".

"La Nación" expresa: "La soberanía de las Naciones consagrada por el Derecho de Gentes, no está de ninguna manera condicionada a la discriminación unilateral de ningún país por grande y poderoso que se crea".

"Presencia" anuncia: "La nota chilena es dura, terminante, desconsiderada y amenazante. Hay que estar preparados para lo peor, porque nada hay capaz de garantizar que lo del Lauca no sea un pretexto para un asalto mayor".

Y la H. Cámara de Diputados, reflejando el sentir colectivo, ha dicho estas palabras que resumen lapidariamente la actitud chilena.

"Es una violación de las normas y principios internacionales, un acto de agresión geográfica y de usurpación territorial".

La viril reacción de los estudiantes y de los obreros, la protesta airada de todo el territorio, deberían convencer a Chile que el caso del Lauca recién va a comenzar.

VI

¿Qué es, en el fondo, la nota chilena?

Un alegato endeble, caprichoso, contra Derecho y contra Lógica. El argumento central, el nudo de la exposición chilena, se destruye por sí mismo. Sostiene el país vecino que Bolivia debe abandonar su reclamo sobre el Lauca, "porque oportunamente no puso reparos a las obras ejecutadas". Devolvemos la argumentación por pasiva: quiere esto decir, en lógica discursiva, en equidad, y en sano raciocinio, que si esos reparos se hubieran hecho a tiempo, el reclamo sería justo y nuestra oposición respetada.

Nunca el detalle técnico de procedimiento pudo invalidar el principio de soberanía o la norma jurídica:

Al basar su alegato en una cuestión de forma, rehuendo la discusión de fondo de la controversia, Chile aparece mal abogado de su causa. Toda su argumentación dialéctica se viene abajo, porque carece de cimiento. Y el mejor reconocimiento implícito del buen derecho boliviano sobre el Lauca, lo debemos sin duda a la nota chilena de 6 de diciembre que pretende, inútilmente, convertir el litigio jurídico en un simple argumento horario.

Viene la tesis chilena plagada de sofismas y contradicciones.

Despejemos, en primer término, la actitud de las Comisiones Mixtas de Bolivia y Chile para el estudio de aprovechamiento de las aguas del Lauca y verificación de las obras realizadas. Chile pretende hacer consentir que la Comisión Boliviana, en ambas oportunidades, dio su aprobación a lo hecho. Nada más falso.

Según las Actas de dichas Comisiones Técnicas recientemente publicadas, se desprende:

1°) Que en las conclusiones técnicas de la Comisión Mixta Chileno-Boliviana firmadas el 5 de agosto de 1949, existe un párrafo concluyente que dice:

"La insuficiencia de los datos técnicos dio lugar a una diferencia en la apreciación del alcance del proyecto".

Luego, en el punto I se explica "Que la capacidad de las obras es de 2.75 metros cúbicos por segundo, sujeta a la revisión para reducirla". ¿Se ha hecho esa reducción? En el punto 5 se expresa que la mayor capacidad del túnel de Chaquiña está dada por consideraciones constructivas y no hidráulicas". Punto contra Bolivia.

2°) En el Acta de la Comisión Mixta firmada en Arica el 9 de Septiembre de 1960 se lee claramente:

"Proposición de Bolivia que no fue aprobada por la Comisión Chilena. De acuerdo con los planos no existe presa de almacenamiento que permita la acumulación y regulación del régimen del río Lauca ni se han construido pilas sobre la presa de derivación. Cualquier obra de ampliación o modificación fundamental que represente almacenamiento o regulación en la toma o en otro sitio del río Lauca, aguas abajo de la misma, significará alteración del régimen hidráulico del río".

La oposición boliviana no puede ser más terminante. En cuanto a la proposición chilena, que no fue aprobada por la Comisión Boliviana, el Acta expresa:

"La captación de la totalidad del gasto del río Lauca en las obras de toma del canal que construye el Gobierno de Chile, no producirá perjuicios a la República de Bolivia".

Queda, pues, intergiversablemente demostrado, por la simple lectura de las Actas respectivas, que no hubo acuerdo ni técnico en la operación de las obras ejecutadas.

Sigamos desmenuzando la nota chilena.

La distinción entre "desvío" y "captación" es maliciosa e inaceptable cuando se trata de aguas internacionales. Captar es más grave que desviar, pues al tomar en sus nacientes o captando todo su caudal se puede secar un río despojando de todo derecho y beneficio al vecino co-propietario de aquel.

Chile desconoce que la norma internacional está por encima de la necesidad interna en materia de ríos y aguas de curso sucesorio. El régimen jurídico entre Naciones es uno, permanente, inalienable y no puede suspenderse a sola voluntad de un Estado en daño de los otros Estados.

La nota chilena se alza contra el Acuerdo de Montevideo ateniéndose a un detalle técnico cuyo incumplimiento atribuye a Bolivia, cuando —como se ha dicho oficialmente— es más bien Chile el que inició los trabajos en el Lauca faltando a lo estipulado, pues no presentó la debida documentación técnica a Bolivia ni dio los nombres de los expertos que ejecutarían las obras.

Chile admite que aprovechará el 50% del caudal del río Lauca pero se niega a reconocer que, en esa misma proporción, vulnera el derecho boliviano y causará graves daños —lesión geográfica y perjuicios económicos— a todo el "habitat" ribereño del Lauca en territorio boliviano. O sea que, se admite el despojo, pero se niega la agresión.

Con argucia infantil se alega que la Declaración de Montevideo solamente obliga a Chile "a denunciar las obras que se propone construir", eludiendo, el fondo jurídico de la cuestión, es decir lo que mandan la letra y el espíritu del pacto internacional: proteger el común derecho de los Estados co-ribereños y evitar que la acción unilateral de uno de ellos perjudique a otro u otros. No

puede, un simple detalle técnico o formalista, invalidar la norma y la responsabilidad jurídicas, creadas precisamente para asegurar la convivencia entre Naciones.

Envuelta en mil sofismas, dilatada en incidencias de tiempo y lugar, culpable de omisiones maliciosas y de reiterado menudeo, la nota chilena se esfuerza, inútilmente, por demostrar lo único que no puede demostrar: que hubo aquiescencia boliviana a las obras construidas en el Lauca.

Cierra la nota con dos despropósitos mayúsculos: sostiene Chile que para "extremar su cordialidad hacia Bolivia ha dado vigencia de compromiso jurídico una declaración (la de Montevideo) que en derecho no lo obliga" y luego nos conmina a renunciar definitivamente o todo reclamo sobre el Lauca.

Comienza, pues, la nota chilena en el tapete diplomático y termina bajo la bota militar.

VII

Con profunda verdad el internacionalista peruano, Emilio Romero, sostiene en "El Comercio" de Lima que el término de "agresión geográfica" constituye una novedad en el Derecho Internacional, porque, sobrepasando el campo jurídico y el trámite de Cancillerías, se convierte en un tema de elevado carácter científico y social que por su efecto sobre las poblaciones debe ser materia de nuevo tratamiento en la convivencia internacional.

¿Qué es un río internacional de curso sucesorio sino una fuerza natural que debe apreciarse desde sus nacientes y a todo lo largo de su curso, con igual derecho y beneficio, para los dos o más Estados ribereños? Chile y Bolivia son condóminos en el derecho de uso de las aguas del Lauca. Para el aprovechamiento económico de este bien común, tiene que existir, previamente, acuerdo, compensación, equilibrio de hecho y de derecho entre los dos Estados ribereños. Esta es la justa doctrina jurídica: la "justicia objetiva" de que habla Dadbruch, único medio para regular racionalmente las relaciones entre hombres y pueblos. Su esencia es la igualdad, su técnica operante la equidad. Y estas dos virtudes faltan justamente en la nota chilena.

Sostiene un tratadista alemán que el Derecho Internacional no sólo obliga a los Estados, sino a los estadistas, ciudadanos y súbitos de aquellos.

Preguntemos a los chilenos si se hacen cómplices del fraude técnico del Lauca que echa por tierra el sistema jurídico de América.

Si el derecho Natural, absoluto e inmutable, se conoce por medio de la razón, la obligatoriedad del Derecho, su validez real, descansan en último término sobre el deber moral del individuo y del Estado. Donde no existe conciencia jurídica asentada en la propia moralidad, en la tradición histórica, en la conducta política, difícilmente se puede argumentar con el contrario. Y éste es el caso de Chile, siempre voraz, agresor siempre, prusiano de la cabeza a los pies, desde Portales dictador, pasando por Köning el obtuso, hasta su actual Canciller Martínez Sotomayor cuyo tono despótico de mayoral se disimula tras el ropaje diplomático.

"Debes afirmar tu derecho, luchando" aconseja Ihering. Es lo lamentable en la naturaleza humana de los actos individuales o colectivos. Hay que defenderse del mordisco menor para que la dentellada mayor no termine devorándonos. Detrás de la ley el garrote.

Porque el caso del río Lauca es más peligroso en sus consecuencias futuras que en su realidad presente. Si aceptáramos el atropello político a la soberanía boliviana, torcida la sana doctrina jurídica ¿qué impediría, mañana el estrangulamiento hidrográfico de Bolivia? Tenemos el caso del Río Verde con el Brasil, Bermejo al sur, el Chinucave y otros ríos con Chile, la utilización de las aguas con el Perú y tantos más. Se multiplicarían conflictos y despojos en materia de ríos internacionales.

El ex-Presidente, Dr. Hernán Siles Zuazo, en su último mensaje al Congreso de 1960, señalaba, con previsorá visión, la urgencia de estudiar y vigilar los casos de los ríos Lauca y Bermejo, mediante Comisiones Mixtas con Chile y con la Argentina.

El río Lauca, pequeño en sí, puede convertirse en un arma de disociación geográfica contra Bolivia. Esto lo ha visto claramente Chile. Y tal vez el nuevo zarpazo sólo sea, dentro de su dinámica expansiva de agresión, el camino que abra las puertas a nuestros Lípez enormes e inermes para la futura invasión.

Si se excluye el arreglo directo, hay que buscar el arbitraje por la OEA, las Naciones Unidas o la Corte Internacional de La Haya. Interesar a las Cancillerías y a los pueblos de América, porque el derecho de Bolivia puede resultar, mañana, la seguridad misma del continente.

¡No habrán paz, armonía ni convivencia posible en el Continente de la Esperanza, si no se frena a la codicia y al despojo!

VIII

Punto muy importante para librar la batalla jurídica por el río Lauca.

Chile ha formado un numeroso equipo de expertos internacionales, muy preparados y muy hábiles, que se han enquistado en todos los organismos mundiales. Los he visto actuar con eficacia en "UNESCO", en "FAO", en las Conferencias Educativas de Lima, en Naciones Unidas; están, también, en el BID. en la OIT, en el Banco Mundial y recientemente acaban de capturar uno de los 7 puestos directivos de la alta administración del programa Alianza para el Progreso. Estos diplomáticos o técnicos chilenos no sirven en realidad al Gobierno Chileno, sino a las organizaciones internacionales en las cuales trabajan, pero como es lógico cuando entra en ellas el interés de su patria, la sirven con ejemplar aptitud. Ellos actúan como directores, consejeros y expertos en todo asunto de importancia internacional. Son centenares y constituyen una fuerza invisible pero muy bien organizada.

En contraste, Bolivia sólo posee un puñado de hombres en función internacional que no pueden contrarrestar la acción dilatada y homogénea de los técnicos chilenos en tales organismos.

Cabe preguntar: ¿encontraremos justicia en la conciencia del Mundo Libre, si los chilenos han capturado ya posiciones estratégicas para la maniobra polémica y jurídica?

IX

"Querer negociar con solas conveniencias propias, es subir el agua por arcaduces rotos" (Saavedra Fajardo). No sea que la Nación vecina por privarnos de la mitad del río, termine por enajenarse la grande amistad boliviana. Esto podrá parecerle, ahora, secundario. Mañana será distinto.

No puede durar lo que se funda en violencia y en engaño. La moral no se inventa ni el derecho se improvisa. Las normas jurídicas nacen de la necesidad de los pueblos: afianzan su seguridad reciproca, dilatan sus derechos y limitan su poder en cuanto éste vulnera el derecho de los demás. "Ningún Estado —sostiene Fauchille— puede usar de sus derechos en forma ilimitada". Es que la sociedad internacional es una de asociación y responsabilidad compartidas: nadie es más ni menos que otro entre Estados, ninguno irá más lejos del punto en que comienza el derecho de los demás. Un principio inmutable de justicia y de equidad sostiene la sociedad internacional. Y así como se aspira a una economía moralizada, se exige una ciencia del Derecho recta en el enunciado, severa en su aplicación, indolegable al beneficio de uno en daño de otros.

Bolivia reclama el reconocimiento de su derecho inalienable como co-propietaria del río Lauca, la reparación por el daño inflingido a su soberanía y el "habitat" ribereño, y la garantía

formal de que no se repetirán en lo sucesivo atentados similares con otros ríos de curso sucesorio que ingresan a su territorio.

Si Chile rehuye el acuerdo directo que aconsejan la experiencia jurídica y la sensatez, tenemos expeditos dos caminos: la defensa doctrinal en el campo internacional y las justificadas represalias en el plano económico.

Se ha dicho que no hay cuestiones pendientes entre Bolivia y Chile. Imprudente dislate. Las hay y muchas. Y recordemos, bolivianos, que mientras Bolivia exista y en tanto no se haya restituido al país andino el extenso Litoral que se le usurpó el 79 ¡siempre habrá una cuestión pendiente entre Chile y Bolivia!

X

Para el moderno concepto socio-geográfico, el dominio de su territorio lo ejerce cada Nación mediante tres factores indivisibles: centro, superficie irradiante y periferia. Todo Estado orgánicamente constituido mantiene estrecho equilibrio de acción en los tres planos, que con otras palabras podríamos definir con la energía nacional que bulle en las ciudades, en los campos y las fronteras. El centro genera esa fuerza vital, la superficie irradiante la distribuye y articula, la periferia da razón de su presencia en los bordes del mundo exterior y afirma el cuerpo nacional. La Nación mejor organizada es la que gravita con mayor presión en el cinturón delimitatorio. Es en la frontera donde se mide poder político y administrativo de un Estado, cuando no su poderío militar.

Desde que nació a la vida independiente, Bolivia paga su pecado capital de origen: le tocó una heredad territorial excesivamente grande para una población muy reducida. En el hecho, nunca o casi nunca dominamos nuestra propia periferia. Sólo las guerras internacionales, el peligro del despojo nos llevaron a la geografía del confín. Basta recordar aquel famoso viaje del Presidente Santa Cruz a Calama, arriesgado y prolongado por las múltiples dificultades del trayecto.

La verdad es que, salvando la previsión visionaria de algunos estadistas y el esfuerzo individual de osados exploradores no tuvimos política territorial definida ni dominio efectivo en las zonas de frontera.

Esta es la primera lección que debemos recoger del tropezón en el Lauca: desplazarse hacia el perímetro para seguridad de nuestras tierras interiores.

Tres son los tipos humanos que debemos llevar a las fronteras: el hombre de armas, el hombre de ideas, y el hombre de trabajo. El soldado, el maestro, el agricultor. Escuelas, cuarteles arados. Es el único medio real de afirmar una soberanía nacional.

En materia educativa, la escuela fronteriza es más urgente que la escuela rural. La política demográfica debe tener al contorno con premiosa decisión: La consigna de patria debe ser: la marcha a las fronteras.

Al ejército hay que sacarlo de las luchas intestinas y devolverle la misión superior que la Constitución le confiere: defensor de la soberanía nacional.

Tenemos tres ejércitos: los militares, los carabineros, milicianos, excelente material humano para iniciar una colonización gradual en las fronteras. Si queremos conocer exactamente lo que tenemos, afianzar un dominio efectivo en la periferia, y evitar futuros conflictos, por lo menos la mitad de esos tres ejércitos debería ocupar las zonas fronterizas y recorrerlas constantemente en toda su extensión.

Al hombre de armas queremos verlo austero, eficiente, conocedor de su tarea y de su vocación. Lejos de palacios y comités, cerca de la Patria y la frontera.

XI

El orden jurídico actual debido a las veloces transformaciones de la economía y de la sociedad y al impacto de la técnica, es un orden inquieto, fluctuante, dinámico. Los hombres que defienden e interpretan ese orden jurídico deben ser ágiles, despiertos y poseer la vivacidad de acción múltiple y constante que la vida moderna exige.

Esta idea del legislador nórdico debe aplicarse también a la política internacional que se ejerce mediante la diplomacia, y a los organismos técnicos mundiales que la complementan.

Si el Derecho y la convivencia internacional imponen un tipo de ejercicio activo de la inteligencia ¿qué decir de la política exterior de un Estado, vulnerable por sí al contacto de las políticas circunvecinas y a los intereses en pugna de naciones, bloques y continentes?

Será difícil demostrar que Bolivia tuvo política internacional definida y constante. Tal vez cuando el Crucismo, con proyección continental. Puramente defensiva con Frías. Reivindicacionista en el gobierno de Saavedra que en 1923 planteó la revisión del Tratado de 1904. ¿Quién conoce un plan concreto de política internacional que contemple la seguridad actual y las posibilidades futuras de Bolivia?

Se tiene hablado mucho de "tierra de contactos", de "centro de convergencia internacional", de "Nación reguladora del equilibrio político del continente sudamericano". Bellos ideales que no salieron del papel.

La verdad es que estamos solos en el centro de la América del Sur. Tenemos libre tránsito inrestringido con Chile, Perú y Brasil, pero una huelga ferroviaria Argentina puede paralizar toda nuestra industria extractiva. Los tratados comerciales y de vinculación ferroviaria, terrestre y fluvial, no pueden hacernos olvidar que somos país mediterráneo, sujeto, mal que nos pese, a la voluntad de los vecinos para comunicarnos con el mundo. Ni a integridad del territorio es segura porque aún existen fronteras no delimitadas y la reposición de hitos suscita continuas divergencias. ¡Guay el día que aparezcan riquezas no descubiertas en esas zonas alejadas!

Somos Nación del Pacífico, del Amazonas y del Plata ¿pero gravitamos positivamente en ellos? ¿Hemos desarrollado una política exterior sistemática que nos permita integrar la economía de los tres sistemas? ¿Podemos volver al Mar por alguno de ellos? Bolivia, país mediterráneo, ¿es una pieza suelta o una parte activa del engranaje continental?

Carecemos de una energía solidaria en lo nacional y de una línea definida en lo internacional.

Pertenece jurídica y políticamente a la órbita del Mundo Libre; de la civilización occidental, cristiana y democrática; formamos parte del Sistema Interamericano. Pero en el hecho coqueteamos con Rusia y con Cuba y nos damos el lujo de acudir a conferencias neutralistas.

El ideal y el principio político de nuestra reintegración marítima, que debieran ser la clave y el motor impulsor de toda política exterior, no figuran en la carta estratégica de la diplomacia boliviana.

Nos aproximamos al primer centenario de la usurpación de 1879, y nada hacemos para intentar siquiera el regreso al Mar, para crear una conciencia continental favorable a nuestro caso.

Tenemos algunos buenos Embajadores y algunos funcionarios expertos en la Cancillería. Desgraciadamente no son muchos. La diplomacia no es una carrera, no es una profesión garantizada por la capacidad y los servicios del funcionario, sino una compuerta para alejar o

premiar personas. Y ésta es la falla fundamental de la diplomacia boliviana: no pueden haber tradición, formación vocacional, desarrollo técnico, donde no hay estabilidad ni continuidad.

Hace algunos años se creó el Instituto de Estudios Internacionales "Antonio Quijarro". Después de 4 años de estudio egresaron algunos jóvenes que optaron el diploma de funcionarios de carrera del servicio de Relaciones Exteriores. Infelizmente ese instituto ha sido clausurado y los ilusos que trabajaron en él quedaron al aire.

Barco sin brújula —igual que en el pasado— la política internacional de Bolivia y su diplomacia flotan llevadas por la corriente de los acontecimientos.

La Nación es ante todo —expresa Daniel Sánchez Bustamante— un complejo de sentimientos, sucesos y aspiraciones comunes que cifran el devenir histórico.

Habría que interrogar a los bolivianos si están satisfechos con esta diplomacia pasiva y defensiva que contrasta con las ágiles diplomacias del perímetro.

XII

Precisamente porque somos país mediterráneo y porque tenemos que volver al Mar, debemos dar función dinámica a la política exterior.

Hay quienes piensan que de problemas internacionales y cuestiones diplomáticas sólo deben ocuparse juristas y expertos, como si se tratara de cosa hermética, esotérica.

"Todos los ciudadanos —arguye Tucídides— deben interesarse en los asuntos de la ciudad, porque de ella les viene la vida".

Sigamos la norma clásica. E insistamos: terminar con la diplomacia vacilante de equilibrios y mudanzas sin sentido, que nos ha llevado a la debilidad nacional y al aislamiento externo.

Nuestra salida al Mar es problema continental. Así debe plantearse y así será resuelto. En los 18 años que faltan para el trágico centenario del despojo, toda la energía boliviana debe concentrarse hacia la magna aspiración: regresar al Pacífico. Porque si bien se analiza, en gran parte nuestros males colectivos provienen de la soledad y el cautiverio.

Y desechemos —para siempre— los practicismos, corredores y soluciones artificiales al retaceo. Ni Arica ni lonjas al Pacífico. Sería un error político y una imprevisión histórica. Porque —oídllo bien— ¡tarde o temprano el Perú ha de recuperar Arica y Tarapacá, y temprano o tarde Bolivia volverá a Cobija, Antofagasta y Mejillones!

Necesitamos una política internacional previsoras y definida que contemple la seguridad del "status" geográfico, político y económico de Bolivia que tenga por meta suprema la reintegración marítima de nuestro litoral en el Pacífico; que busque salidas reales a los sistemas del Amazonas y del Plata; y que mantenga vigilancia permanente sobre todos los problemas fronterizos, jurídicos y económicos pendientes con los Estados vecinos.

La cancillería debe reorganizarse sobre normas técnicas mayor eficiencia administrativa. El enlace con las Embajadas debe ser constante y oportuno. Un departamento especial, manejado por funcionarios idóneos, atenderá los asuntos con los Estados vecinos. Aclaro la idea; un departamento para cada país limítrofe. La carrera diplomática debe establecerse con carácter técnico y garantizada por la Constitución. Ya que no podemos acordar en las cosas internas, porque el interés de partido es más fuerte que el espíritu patriótico, siquiera para representar y defender al país en el exterior dejemos la pasión de aldea por el deber de Patria: que vayan a las Embajadas y a los cargos diplomáticos los mejores bolivianos — sin distinción de ideologías— en vez de favoritos o improvisados.

El Gobierno y las Cámaras darán la pauta de esa nueva política internacional, de esa diplomacia activa, siempre renovada, que la Nación requiere. Pero ella debe tener, como cimiento inamovible, la demanda restitutoria de nuestro litoral en el Pacífico. El mundo juega. Hay, para grandes y pequeños. Todas sus partes se aproximan. Sí los organismos internacionales del Continente y del Mundo Libre no nos escuchan, están todavía Rusia, China, India, el África surgente. Una. Liga de Naciones Pequeñas —Uruguay, Paraguay, Ecuador, Bolivia, Panamá. Salvador. Honduras, Guatemala, Nicaragua, Costa Rica, Haití, República Dominicana— podría, concertando el número de sus votos, defender sus intereses en el campo internacional. O se podría revivir el sueño bolivariano: la Federación de los Andes: Venezuela. Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. ¿Es posible, todavía, buscar entendimiento con Chile y Perú para solucionar" nuestro injusto enclaustramiento? ¿Podemos confiar en un definitivo acercamiento al Perú? ¿Nos aproximaremos a potencias mayores en lo político y en lo comercial, o debemos contar sólo con nuestras propias fuerzas?

He aquí, simplemente enunciados, algunos de los tópicos que debería contemplar una futura política exterior.

Y lo más importante: la cohesión interna, la unidad política, el desarme moral en las pasiones. Organizamos en la paz duradera, en el trabajo compartido y responsable, para poder alcanzar a las naciones vecinas en la carrera por el progreso.

O buscar otras soluciones, por atrevidas o irreales que parezcan, para romper esta parálisis de la voluntad en que vivimos.

¡Todo, menos permanecer inertes y confiados!

Nosotros defendemos nuestros ideales cívicos, nuestros derechos de Nación, con ideas y con razones. No con piedras ni con palos. A los chilenos que viven en Bolivia, unos casados con bolivianas y con hijos bolivianos, otros que siguen siendo chilenos pero que respetan nuestras leyes y trabajan honorablemente en nuestro país, tenemos que respetarlos porque son americanos del sur, como nosotros, y porque respetamos la dignidad humana. Ellos no tienen la culpa de los errores de sus gobernantes ni de los excesos de algunos desaforados del Mapocho.

Pero a los cobardes que en Antofagasta y en Arica han ultrajado a pocos bolivianos, prevalidos del número, tenemos que decirles:

—¿Sobre el hurto el matonaje? No los seguiremos en ese terreno. El boliviano detesta el cuadrillazo. Y cuando haya que pelear lo haremos hombre contra hombre, arma por arma. Por eso insto que nada debe hacerse contra los pocos chilenos que viven en Bolivia.

En vez de manifestaciones peligrosas y pedreas que destruyen, mejor sería construir dos monigotes de trapo ponerles dos rótulos que digan: "Canciller Martínez Sotomayor y "Alcalde de Arica", y efectuar su quema simbólica en el patio de la Universidad. Porque ambos sujetos deshonoran a Chile y a la América.

Yo pediré a los estudiantes serenidad y severa vigilancia para observar cómo deriva el problema del Lauca.

XIII

Pensando en la seguridad presente de Bolivia y en su próximo porvenir, volvamos los ojos a Suiza e Israel, Estados pequeños, pueblos de trabajadores y de soldados, pero activos, vigilantes, guardadores de su vida y su destino, que lo mismo empuñan la herramienta que el fusil.

¿Necesitamos un servicio militar permanente y renovado para toda la ciudadanía, o el Sistema Interamericano garantiza el estatuto territorial de los Estados que lo componen?

Pensarlo dos veces: si tanto predicar y ejercer el pacifismo, no estaremos perdiendo el atributo varonil de la propia defensa.

La tierra inmensa y varia nos abrumba. El mar está muy lejos. Busquemos, pues, en los aires lo que no pueden darnos ni la tierra ni el mar: seguridad y grandeza.

Crear un Ministerio de Aeronáutica que tienda a la organización de una poderosa fuerza aérea militar y de una nutrida flota aérea comercial. Esos serán los pulmones de Bolivia para su desarrollo económico, y también el escudo protector que contendrá probables agresiones.

Repito: no somos belicistas, pero hombres y naciones tienen el derecho de buscar su propia seguridad frente a los peligros del contorno.

Pero ese Ministerio de Aeronáutica que no esté al Servicio de una clase o de partido, sino de la superior necesidad de la Nación.

Y aquí cabe recordar los versos broncíneos y proféticos de Franz Tamayo, que dicen de alas y de mares como símbolo de resurgimiento nacional:

"Como se ausculta la tierra vibrante, sabia y materna,
Alguien los días también va como un mar a escuchar.
Siglos durmieron en sombra, epopeyas bajo la nieve.
¿Muertos los cóndores? No. Pronto será el despertar!"

XIV

Así como en arquitectura funcional la fachada debe responder a las necesidades internas de la estructura, en la política de los Estados la diplomacia guarda estrecha relación con la realidad social y humana que los sostiene. Un país orgánicamente desarrollado, en alto nivel de progreso, unido en sus células constitutivas, se expresará mediante una política internacional respetable y definida. Otro, poco desarrollado, desordenado en su economía, dividido en pugnas intestinas, se manifestará débil y sin brújula en el campo exterior.

Una política internacional, una diplomacia, son pues el claro espejo de la interna realidad.

El mundo actual, donde la competencia de fuerzas e intereses quita las máscaras, dice a cada Estado:

—Representa lo que eres. Obra conforme a tu capacidad.

Nadie puede engañar a los demás.

Bolivia debe comenzar por reconocer su propia debilidad actual, para levantarse a un destino mejor. Nadie nos ayudará si no nos ayudamos a nosotros mismos. Por dura, por áspera que sea la tarea, tenemos que aceptar varonilmente nuestro destino de adversidad y de pelea.

Y a la juventud digo con palabra de verdad:

—Todos somos responsables por el desastre en el Lauca. Padecemos una crisis de confianza más grave que la penuria económica. Todos denuncian el delito pero nadie la castiga. Bolivia exige la unidad. Hay que restablecer el diálogo entre los partidos políticos. Abrir las puertas a los exilados. Afianzar el orden jurídico sobre los caciques y los demagogos. Y sobre todo poner

freno, sancionar, extirpar la inmoralidad reinante, porque Nación sin ética ciudadana es como mujer sin honra: nadie la mira.

El señor nos ha dejado dos fuerzas diamantinas: la Esperanza y la Voluntad. La esperanza en días mejores, la voluntad de seguir siendo Nación.

No cejar, no desesperar. En el infortunio se conoce a los pueblos dignos. Fuimos agraviados, pero no vencidos.

Y si alguna vez la tristeza o el desaliento bordean el espíritu, recordemos la enérgica afirmación de Patria, esa filosofía, vitalista, ese grito de coraje y de osadía, el sentido heroico de las palabras inmortales que Bolivia escuchara mientras exista:

—¡Agarrarse, rotos, que aquí entran los Colorados de Bolivia!

DEL MAR BOLIVIANO Y SU RETORNO A LA MONTAÑA (*)

I.- POLÍTICA PORTUARIA

Los universitarios me piden hablar, una vez más, de los temas sacros: El Mar, Abaroa, la Gesta del Topáter.

¡Dichoso el pueblo que sabe honrar la memoria de sus héroes y se afana por la solución de sus problemas, porque vencerá de la incertidumbre, y será el señor de su destino!

En tres conferencias cívicas pronunciadas en esta misma tribuna, pude referirme al grave asunto de nuestra reintegración marítima: "La Marcha hacia el Mar" en 1951; "Mare Nostrum, Mare Sacrum" en 1960; "Dies Irae por la Patria en Desventura" cuando la cuestión del Lauca en 1961. Insistiré, no obstante, en algunos puntos fundamentales, porque nunca será suficiente la exposición del buen derecho boliviano y la justificación de su demanda restitutoria, hasta que cese la injusticia y nuestro Litoral sea arrebatado de las usurpadoras manos que lo guardan.

El Mar —se ha dicho ya— la gran herida de Bolivia. Si existe una escala de prioridades en orden a las necesidades vitales de este país, nada más necesario, nada más urgente que la prioridad marítima. La integración nacional, el desarrollo económico, la vertebración geográfica, esos nobles planes de tecnificación y educación masiva, la teoría de los valores espirituales aplicada a una vivientes realidad ¿de qué servirán si no somos dueños de nuestra propia puerta sobre el manto oceánico?

Y no se pretenda compararnos con Suiza —descabellado paralelo— porque historia, política, economía y factores geográficos son diferentes. Suiza no es en Europa lo que Bolivia en América. Aunque hubieran ciertas semejanzas aparentes, el caso natural e histórico es distinto: ¡Bolivia tuvo, quiere tener, tendrá su Mar! Esto es lo que da santidad a su derecho, alas a su esperanza, el título inmanente de antigua posesión, el anhelo legítimo de recuperar lo que le perteneció. Recordemos con gratitud el lema de Ihering, esa gran figura de la ciencia jurídica del siglo XIX, que escéptico de los conflictos entre las normas jurídicas, la teoría moral, y su aplicación al uso práctico de hombres y pueblos, aconseja: "Debes afirmar tu derecho luchando".

Luchará, pues, Bolivia por su costa perdida. Expondrá sus títulos de propiedad, hará conocer los antecedentes históricos, políticos y económicos que determinaron la guerra injusta de 1879, difundirá los alcances del inicuo despojo perpetrado por Chile, denunciará el ominoso Tratado de 1904 impuesto a la sombra de los cañones, demostrará la imposibilidad de una vida plena y un desarrollo integral mientras permanezca prisionera detrás de la Cordillera.

(*) Palabras de Fernando Diez de Medina en el Paraninfo Universitario, pronunciadas el 23 de Marzo de 1964.)

Un solo argumento para demostrar la inmensidad del daño que nos causó Chile y los perjuicios que nos sigue ocasionando con la inaudita expoliación: el Boletín "I.P.E.", de orientación y consulta, inteligentemente dirigido por el joven periodista Gonzalo López Muñoz, consignó en su N° 18, de 5 de octubre pasado, la siguiente referencia sobre la que todos los bolivianos debieran reflexionar: "Los territorios bolivianos conquistados por Chile en la Guerra del Pacífico, produjeron en 1961, en minería, U\$. 285.404.302; en el mismo año. Bolivia proporcionó una producción minera total de U\$. 68.688.30." Mídase la diferencia: el país despojado produce como uno y el país ladrón como cuatro. Nos arrebataron con el salitre, con el cobre, con 66.000 kilómetros cuadrados de la provincia de Atacama, con 400 kilómetros lineales de costa, parte enorme de la mejor riqueza boliviana. Y si fijáramos en cifras exactas lo que Chile ha obtenido desde 1880 en riqueza usurpada, de los territorios que se incorporó por la fuerza, no podría pagar a Bolivia ni con toda su renta nacional de muchos años el precio del despojo inicuo, de la riqueza indebidamente dispuesta, de los graves perjuicios causados en el campo económico y social.

Lesión enorme —dirían los jurisperitos. No se ha de reducir la demanda boliviana a pedir que nos devuelvan la integridad del Litoral que tuvimos en el Pacífico, sino también— cosa importante medirá la magnitud colosal de la riqueza defraudada, de los daños y perjuicios causados a la Nación andina. El Mar por restituir es una cosa; el despojo de Atacama otra que complementa la anterior. Y todas dos, en indivisible apreciación jurídica, constituyen un "corpus" integrado que debe servir como piedra angular del buen derecho boliviano:

—Que nos devuelvan lo que fué nuestro y nos compensen por los inmensos daños causados en más de ochenta años de sistemática explotación de las riquezas de Atacama.

Pero no basta que Bolivia exponga su causa y defienda su derecho. Es necesario, además, que reconozcamos nuestra propia responsabilidad por el desorden y las vacilaciones con que enfrentamos el problema marítimo.

Son tres las condiciones básicas para un retorno al Mar:

- 1a.) La unidad nacional.
- 2a.) Trabajo tenaz y responsable, una disciplina colectiva.
- 3a.) Espíritu de lucha y sacrificio.

Infelizmente, en la actualidad, no se da ninguna de estas tres condiciones en plenitud, sino a través de formas y casos aislados. He aquí por qué nos presentamos al mundo débiles y divididos entre nosotros mismos, mientras Chile nos opone un frente nacional unido y homogéneo en la prédica y en la acción.

Esta es la desventaja que debemos superar: unirnos a toda costa, entendemos a cualquier precio, para que la voluntad de restitución marítima del pueblo boliviano fulgure no como expresión de un partido, de un grupo, de una generación, sino como la espada armoniosa de la Nación que se integra en un solo ideal de reconquista.

La energía de los bolivianos se va dispersando en la contienda interna, en el odio que esteriliza, en las envidias que envilecen, en las intrigas que debilitan. Y, como si esto fuera poco, las ambiciones de los líderes y las disputas de las camarillas nos tienen ya sobre el filo del abismo: nos envenenamos entre bolivianos, estamos dispuestos a la pelea y al desangre fraternales, olvidando al enemigo secular, al leopardo chileno que acecha en el valle de Azapa y en el Lauca.

No hemos llegado, todavía, a la plena madurez de nuestra causa ni a la posición verdaderamente nacional, sólida compacta, una y vertical en la candente problemática marítima. No hemos acordado la magnitud del ideal reivindicatorio ni sistema para convertirlo en realidad. Se han propuesto varios tipos de solución, se han discutido muchos enfoques, pero ni Gobierno, ni el Parlamento, ni la Oposición coincidieron, hasta hoy, en un planteamiento de gran estilo, en un

objetivo común, en un desarrollo eslabonado que fijen —para el presente y también para el futuro— una sola línea de pensamiento y de acción una misma y continuada política portuaria.

¿Qué quiere Bolivia y cómo se propone conseguirlo?

Esto es lo primero que debemos exponer claramente dubitaciones, sin discrepancias internas, para que América y mundo sepan la verdad de nuestra causa, la legitimidad de nuestro derecho, la necesidad perentoria del retorno al Mar.

El planteamiento inicial debe ser éste: la restitución a Bolivia, en su integridad, de la provincia de Atacama y sus 400 kilómetros de costa con la debida compensación por 80 años de indebida sustracción de sus ingentes riquezas. La solución final la obtendrán los estadistas, los diplomáticos, los técnicos y los economistas, pero lo que se debe reclamar, como punto de partida es aquello que consigna Eduardo Diez de Medina en su libro "El Problema Continental", publicado en 1921 bajo el seudónimo de Prescott: "Nuestros cuatro puertos: Tocopilla, Mejillones, Cobija, Antofagasta; y nuestras siete caletas principales: Gatico, Guanillos, Michilla, Tames, Gualaguala, Cobre y Paquica".

Porque no se trata de salir al Mar en cualquier forma y a cualquier precio: ¡no! Esta es, justamente, la trampa que Chile ha tendido a Bolivia sutilmente en diversas ocasiones: la salida al océano por un corredor, una caleta, un espacio reducido de territorio, lo que equivale a soberanía restringida y comercio en trance de asfixia. Se trata de algo mayor: una solución jurídica integral una restitución de lo usurpado, un acuerdo de equidad que permita a los tres actores del drama del 79 —Bolivia, Chile, Perú— volver al equilibrio geopolítico en el Pacífico Sur.

¡Debemos, pues, decir con firmeza: no; volver a nuestro Litoral sí!

El dislocamiento de miras y criterios en la cuestión máxima causa grave daño a la causa boliviana. Existe, ciertamente, un ideal nacional para volver al Mar, pero no se conocen el método y la praxis para convertir ese ideal en realidad.

Lo primero que se ha de pedir a los gobernantes y a los gobernados es una definición en la política portuaria. El regreso al Mar no debe ser motivo de discordia y discrepancias entre bolivianos, sino al contrario: un Instrumento unificante, de entendimiento interno, que nos permita plantear claramente a Chile, a las Américas y al Mundo la justicia de nuestra causa, la verdad de nuestra demanda, la necesidad biológica de lo que pedimos.

Unidad de principio y de acción para volver al Mar. Acordar y ejercer una política internacional dinámica, ofensiva, respaldada por la Nación entera. Esto es tan importante —o más— que los planes económicos y las medidas sociales.

Faltan 15 años para que se cumpla el centenario del inicuo despojo. ¿Y cuál será la política portuaria capaz de volvernos al Mar? Una que incida sobre los siguientes objetivos:

Bolivia debe pedir la revisión o acordar el desahucio del Tratado de 1904.

Hay que desviar nuestro comercio de exportación e importación, dar espaldas a todo puerto chileno propio o usurpado. Y utilizar solamente los puertos del Perú.

Promover un movimiento continental de geopolítica sudamericana que contemple nuestra reintegración marítima como eje del equilibrio geográfico y económico del hemisferio sur. Salir por el Atlántico hasta que se pueda volver al Pacífico.

Que toda la economía boliviana trabaje y produzca preparándose para gravitar en el litoral futuro.

No somos guerristas, no creemos en la solución por las armas, pero siempre será bueno discutir con Chile y afianzar nuestro derecho teniendo la protección de las Fuerzas Armadas. O hacer como Israel, el pueblo en armas, donde niños, mujeres, ancianos, igual que jóvenes o gentes maduras saben pelear y defender lo suyo. Hay que insistir: Ejército alejado de las células políticas, de la consigna partidista, sólo al servicio de la Patria.

Formar una flota mercante boliviana que lleve el pabellón nacional por los mares del mundo, anticipando la hora de la reparación.

Atraer brazos, capitales, técnicas, equipos de Europa, del Asia, del África para formar la gran nación futura.

Imponer la moral, educar el carácter, formar verdad, ciudadanos responsables.

Y si no podemos ganar un puerto natural en el Pacífico entonces internarse en el océano y edificar el puerto artificial. **¡Nada es imposible! Porque tendremos puerto: natural o artificial. Con acuerdo de los chilenos o por encima de los chilenos.**

II.- UNA VISIÓN

No sé, en verdad, cuándo sucedió, cómo ocurrirá, si está acaeciendo ya, porque los viajes en el tiempo no son como traslaciones en el espacio: vendrán, nadie sabe cuándo; serán nadie sabe como.

Preguntad a los poetas y a los niños: ellos dirán si es cuento, fantasía, visión o realidad.

Y sucedió que en cierta época, los hombres viajaban ya a la Luna, a Marte, a Venus sin haber encontrado las maravillas esperadas, sino sólo vacíos espantables, peligros terribles desolación. Entonces, como la técnica lo podía todo, resolvieron remodelar el mundo y levantaban puentes fabulosos de aéreas estructuras, colocaban en el espacio ciudades-sateloides, poblaban los mares con cubículos inusitados, los ingenieros construían capitales multiplanas para contener los pueblos siempre en pavoroso ascenso.

Por ese tiempo no existían los ejércitos, porque las armas destructoras eran tan potentes, que sólo una guardia internacional mantenía la paz e impedía que se destruyeran las naciones.

En el territorio del sur estaba agazapado el pueblo del Leopardo, tendido a lo largo de sus costas, siempre dispuesto al salto y al zarpazo. Al centro, en el corazón del continente, como encaramado entre montañas, yacía el pueblo del Cóndor, siempre nostálgico de su mar arrebatado, preparando silenciosamente su regreso a la líquida armonía.

Estalló la guerra un día cualquiera. Sin armas, sin ejércitos, sin destrucción mortífera. La ley internacional, respaldada por la fuerza, prohibía las acciones bélicas y la invasión de territorios. Tampoco subsistían, la guerra fría ni las agresiones, económicas. Pero la guerra existía como una forma de competencia, como manifestaciones contrarias de pueblo a pueblo, y no se resolvía por las balas y el número de muertos, sino más bien por la grandeza y constancia de los sacrificios colectivos, por el esplendor de las fuerzas morales que ponían en juego las naciones.

Ganaban los mejores, no los más fuertes.

Y cuando los hombres del pueblo del Cóndor pidieron:

—¡Queremos nuestro Mar!

Respondieron los del país del Leopardo:

—**¡No devolveremos ni una gota!**

Conforme al uso internacional de esa época, las Naciones Mayores, custodias de la paz del mundo, sentenciaron:

—Que demuestren su capacidad de sufrimiento, su grandeza moral. Y el más digno será contentado.

Y los Cóndores y los Leopardos desarrollaron la contienda sin moverse de sus propios territorios, respaldando con actos ejemplares sus respectivas posiciones.

Dijeron los Cóndores:

—Venderemos nuestras minas para poder volver al océano.

Contestaron los Leopardos:

—Paralizarán nuestros ferrocarriles antes de que toquéis las aguas.

Y cada nación alegaba, a su manera, lo que juzgaba su derecho. **La del Cóndor sosteniendo que el Mar le pertenecía por la naturaleza, por la historia, por derecho de antiguo poseedor, habiéndole sido arrebatado en época arcaica, cuando aún existía la conquista por la fuerza.** La del Leopardo replicando que los hechos pasados debían olvidarse, porque en realidad, de hecho y de uso, de generación en generación, sólo ellos dominaban la mitad del litoral del Pacífico Sur.

Propusieron luego los Cóndores:

—Cerraremos las escuelas: ya nada se enseñará mientras no se restituya lo justo al desposeído.

Repusieron los Leopardos:

—Renunciaremos a las artes con tal de no ceder un palmo de nuestro actual territorio.

Las Naciones Mayores, entretanto, meditaban: ambos pueblos tienen igual espíritu de renuncia y sacrificio.

Dijeron después los del pueblo del Cóndor:

—**Diez generaciones vestirán tipoy y sandalias si llegan al océano.**

Y adujeron los del pueblo del Leopardo:

—**Soportaremos una lluvia de ceniza sin término para no entregarlo.**

Los Cóndores manifestaron que abominarían del oro, de la plata, y otros metales preciados si se les permitía volver al Mar. Y los Leopardos expresaron que incendiarían su flota y sus máquinas voladoras para impedir ese retorno.

Las Naciones Mayores deliberaban: existe un equilibrio de desprendimientos. ¿Qué hacer? No podemos inclinar la victoria por ninguno.

Los Cóndores reanudaron la ofensiva ofreciendo:

—Que se prenda una hoguera, y el mejor de nuestros hombres se inmolará en ella por el ideal oceánico.

Contratacaron los leopardos:

—También el mejor de los nuestros se entregará a las Damas en defensa de nuestra causa.

Y el pueblo del Cóndor quiso renunciar a las fiestas si devolvían su perdido Litoral.

Y la nación del Leopardo arguyó que dejarían de bailar a condición de mantener intacto lo suyo.

Plantearon los Cóndores largas caminatas a pie descalzo a los santuarios, para cumplir su anhelo restitutorio.

Y los Leopardos amenazaron caminar entre espinos.

Perplejas, las Naciones Mayores vacilaban frente a la tenacidad conque cada país defendía su causa.

Nadie quería ceder, y se extremaban, de ambos lados, el tamaño de los sacrificios, la pugna de generosidades.

En el país del Cóndor dieron las gentes por no dormir: velaba, velaban esperando el día sagrado de la vuelta al Mar.

En el suelo del Leopardo la muchedumbre vigilaba, vigilaba, no fuera que por un descuido se les arrebatara lo que antes habían usurpado.

Las Naciones Mayores seguían indecisas. Entretanto crecían el resentimiento, el odio, el temor, el ansia de supremacía en las dos comunidades litigantes. Porque unos querían recuperar aquello que les había pertenecido, y otros se negaban a restituir lo despojado. Al centro, la Cordillera inmutable ponía sus torres de nieve, altas y puras, entre los enconados. Y muchos pedían, airados, que se volviera al tiempo antiguo, cuando los pueblos dirimían por el fuego y por la sangre sus disputas.

Pero vino inmediata la advertencia de las Naciones Mayores:

—La nación que inicie el ataque y derrame sangre contraría, será borrada de la faz del mundo: desaparecerá.

Finalmente los Cóndores dijeron:

—He aquí: cuanto poseemos para obtener el Mar. Nos privaremos de todo, viviremos en casas humildes, de greda serán nuestros cántaros, los trajes de tipoy: las joyas de las mujeres y los bienes de los hombres para comprar nuestro acceso al ámbito marino.

Mas los Leopardos rechazaron la demanda:

—No vendemos ni devolvemos el Mar.

Y la vieja pugna regresaba al punto muerto de los equilibrios: no había solución.

Entonces un viejo Amauta, hundido en las montañas, que nada sabía de átomos ni de cohetes espaciales, dijo a los Cóndores estas palabras veraces:

—El camino está equivocado. No es ofreciendo, no es comparando como se ha de vencer. En los grandes tiempos, las palabras deben callar; que obren los pumas de la acción. Ni las Naciones Mayores ni el Leopardo comprenden vuestro lenguaje. Reconcentrados, haceos fuertes, volved al estilo secular y cuando llegue la hora salid a la búsqueda del Mar...

Y el pueblo del Cóndor meditó largamente en las palabras del amauta. Y hombres, mujeres, ancianos, niños, jóvenes comunicaron su dolor y su inquietud: un nuevo anhelo, una vida nueva circulación por sus venas. Y cuando sintieron que las voces del destino entrañable subían por una sola espiga de verdad y abnegación, comunicaron al mundo:

—Si el Mar no viene a la Montaña, la Montaña se moverá hacia el Mar.

A su turno los Leopardos advirtieron:

—Si bajáis a la costa habrá pelea, aunque las Naciones Mayores nos borren de la faz del planeta.

Pero el pueblo del Cóndor desoyó la amenaza. Y un Día de Días, sin aguardar voces de mando, ni músicas marciales, abandonando sus llanos, sus valles, las ciudades y los campos, alejándose de los Castillos de Nieve y la inmensa pesadumbre de montaña, la nación de los Cóndores comenzó a moverse rumbo al Mar. **Habían jóvenes de anchos pechos y mirada varonil. Bellas muchachas de caderas soberbias y ojos de vicuña.** Ancianos de barbas fluviales y paso tranquilo. Niños angelicales y traviesos. Hombres maduros y mujeres sapientes que cuidaban por mayores y menores. Y estaban todos: los campesinos con sus palas y sus chontas, los mineros de cascos rojos y altas botas, los fabricantes de fuertes manos, los ferroviarios de mirada de halcón. Los empleados y los técnicos, los profesionales y los intelectuales, políticos e independientes, los petroleros y los agricultores, artistas y escritores, sacerdotes, militares, las cholitas de los mercados, los vendedores ambulantes, maestros y profesoras, los próceres de alta frente, los líderes tumultuosos, los sindicatos y las élites, los periodistas de prensa y de radio. Y encabezando la inmensa procesión, los estudiantes entonaban coros triunfales y repetían los versos y las prosas de los idealistas que anticiparon el Día Sagrado con sus cantos de esperanza.

Era la hora del destino. Del pueblo en marcha.

Las multitudes del pueblo Cóndor crecían sin cesar: primero cientos, luego miles, centenares de miles, tal vez, millones. Nadie sabe si dormían, si se alimentaban ni como podían sostenerse. Avanzaban, avanzaban, siempre rumbo al Mar. Ninguno se detenía cuando alguno caía porque la fuerza que impulsaba a todos era mayor que la debilidad de cualquiera. Y proseguían el desfile poblando las sierras y los valles con el vocerío de su júbilo triunfal.

A su paso los cactus florecían con tintas violentas: las khantutas estallaban en mágicos rubíes: Pacha, la tierra madre, se estremecía de ternura y de coraje: las rocas se agitaban con músicas internas como queriendo hablar; y la, Puya Raimondi dió una flor que parecía un sol.

¡Tantos y conmovidos, cuántos los esforzados! No se les podía contar: llenaban los caminos. Eran la Nación en movimiento de justicia. Una cruzada de verdad intrépida. El pueblo sediento de restitución. **Era la marcha titánica del Ande que crece y se enciende se coloca y se funde en la Busca del Mar!**

Y una música extraña, poderosa, seguía a la muchedumbre de los Cóndores, como esos coros de Haendel y de Bach, que reuniendo en una sola explosión de bellaza la voluntad concertada de muchos abren camino a las estrellas. A la manera de esas sinfonías congeladas en las nieves de los Andes, que el pulmón vibrante de los vientos despierta y desparrama por la ruda

majestad de la meseta. **O como esos versos de Franz Tamayo que hacen llorar a las piedras y caminar a las estatuas.**

Cuando los binóculos de los centinelas avisaron a los Leopardos que unos puntos negros descolgándose de la Cordillera anunciaban la invasión, los de la costa se aprestaron a repeler a los Cóndores.

—¡No disparen! —fué la orden de su Jefe—. Que comiencen ellos y así serán culpables de vestir sangre humana.

Dos, horas después la muchedumbre interminable del pueblo del Cóndor desfilaba frente al ejército azorado del pueblo del Leopardo. Viendo a los que llegaban sin armas, extenuados por la extensa caminata, entonando todavía cánticos de júbilo, las gentes de la costa se desconcertaron.

—No podemos disparar —dijeron los Leopardos— sería un genocidio. Y pidieron 'Instrucciones a su capital lejana.

Las multitudes montañosas siguieron avanzando rumbo al océano. Unos de pies sangrantes, otros con las ropas desgarradas, muchos desfallecientes, algunos acosados por el hambre y por la sed, pero cuando avistaron la cresta de la espuma en las olas del confín, un flujo eléctrico, revivificó los corazones:

—**¡El Mar, el Mar, el Mar! El Mar amado, soñado, de la ausencia desgarradora y las nostalgias melancólicas. El mar perdido de los abuelos, el mar recuperado para los hijos y los nietos.** El ideal que se vuelve realidad, la recompensa de un largo padecer. El Mar santificado por la angustia de las generaciones enclaustradas, por el dolor de la partida, por la alegría del retorno, por la misteriosa primavera del espíritu que sucede a un largo sufrimiento.

Entonces la muchedumbre y los Jefes del pueblo del Cóndor, calmado el primer deslumbramiento, dijeron:

—**Aquí nos quedamos. Fundaremos morada y puerto permanentes.**

Pero los del pueblo del Leopardo movilizaron sus ejércitos para expulsar a los forasteros del litoral que acababan de ocupar.

—Han conocido el Mar —dijeron— ahora que vuelvan a sus montañas. Y si no que se repongan, que se armen y hagan pelea, porque los expulsaremos de las playas.

El pueblo del Cóndor contestó con altivez:

—**¡Nadie podrá quitarnos el Mar recuperado por nuestra Fe! Aquí estamos y aquí estaremos para siempre!**

Y se dispusieron a la defensa y al combate, enardecidos por la cercanía del ídolo marino.

Pero las Naciones Mayores hicieron sentir su decisión.

—Los Cóndores han expuesto su existencia nacional, paralizaron su economía, perdieron muchas vidas, soportaron estoicamente penurias y dolores por realizar su ideal restitutorio. El espíritu ha vencido, una vez más, a la fuerza. Queden allí, para siempre, en el Mar que les pertenece. Los Leopardos retrocederán que aún tienen muchas playas para subsistir.

Y a los Leopardos les limaron las garras para que no volvieran a apoderarse de lo ajeno. Y a los Cóndores les fortalecieron las alas para que pudieran internarse largamente en el océano.

Y así terminó, terminará, o puede terminar la injusta clausura del Pueblo Cóndor, por la voluntad irresistible de la comunidad entera. Porque cuando todos marchan y empujan en una sola dirección, poniendo en juego las fuerzas tensoras del carácter, las reservas diamantinas del alma, en un mismo ideal ansioso de inmediata realidad, la historia y la naturaleza retiran sus horizontes flexibles y pueden suceder las cosas más increíbles dentro de los marcos más extraños.

Porque está escrito: si el Mar no viene a la Montaña, la Montaña puede moverse hacia el Mar. Y los sueños del poeta son anticipaciones del tiempo que aún no ha sido. **Y también la fábula, en su lengua de oro, trae una clave de revelaciones, porque el hombre es criatura de sus actos, y la Nación la constructora del destino.**

¡Todo es posible! Hasta que de un cuento, de una visión, brote la verdad futura.

.-

III.— ABAROA EN EL TOPATER

Abaroa. El Topáter. La frase genial. ¿Cómo se proyectan en el alma boliviana?

El Hombre de Calama es ciertamente, la más recia expresión del carácter nacional. Un pueblo en una frase. Una filosofía de la vida que desemboca en áurea sabiduría de la muerte.

Suprema didascalía. **Cuando el boliviano se sienta acosado por el infortunio, magullado el cuerpo, lacerada el alma, sabrá erguirse aun contra el Destino y lanzará el apóstrofe magnífico en reto a los hombres y a los dioses.**

No todos alcanzan la frase mágica. A muchos los hiere, los desintegra. Porque el verbo masculino del hacedor de historia rompe los tímpanos del magister pudoroso. Y sin embargo qué frase tan cabal, tan hermosa, si se la mide en el marco de su circunstancia. ¡Qué desafío a los hados adversos! ¡Qué soberbio desplante varonil! Sueña como una descarga de metralla que perfora las páginas de la historia andina. No en la forma violenta y retumbante del célebre improperio: en el fondo subyacente de la conciencia herida está el mensaje. Vale en su tiempo, en su trance, en labios coléricos del héroe; y no se ha de pronunciar aquí por la majestad del recinto. Basta evocar esa lección trascendental de hombría que habla para los tiempos y toca las fibras más puros corazón boliviano.

Honra para la Patria que Abaroa no sea el astro solitario Calama y en toda la Campaña del Pacífico brilla el friso de grandes que nunca olvidaremos: Campero, Camacho, Pérez Cabrera, genial organizador de la defensa de Calama; Murguía, Ravelo, Gonzáles, Panda, Doria Medina, el corneta Mamani y tantos mas.

Pero, Abaroa es la figura ejemplar, esclarecedora de la virtud nativa. El punto cimero para una pedagogía histórica, **Es la enseñanza que ilumina. Es el deber que manda. Es el valor impele y fortalece. Es la palabra sin término que ordena siempre: ¡a rescatar el Mar prisionero en manos de Caín!**

¿Y cuál será, para los bolivianos de hoy, para estas juventudes que buscan su camino en medio de una reyerta continuada el sentido del sacrificio de Abaroa?

Se ha visto sólo el frontis de las grandes acciones viriles no los flancos de sombra donde duermen los altos designios. Abaroa no es el mimado de la fortuna, el predestinado de la mas el héroe súbito, hechura de sí mismo, que se encumbra y aniquila en un instante. Tres seres en uno: el héroe, el ciudadano el hombre. Todo valiente puede alzarse el heroísmo. Todo Patriota se enaltecerá en el cumplimiento de su deber. Pero no todos capaces de sublime desprendimiento de la dicha y de la vida. Ese oscuro ciudadano que al ver la Patria invadida se apresura: defenderla, que rechaza con altivez rendirse, y que sucumbe valerosamente despertando admiración en los propios

enemigos el prototipo de la virtud más alta: "areté" —decían los griegos— el espíritu selecto, el ideal caballeresco que desembocan en heroísmo guerrero. Grandeza moral, entrega desinteresada, abnegación— agregaremos nosotros, almas cristianas, sacudidas por el doble fervor de la piedad y el sacrificio.

La ética trascendental y el civismo magistral convergen, vocablo magno: sacrificio, dación sincera, el mayor rasgo de nobleza humana, porque renunciando a todos los atributos y goces del vivir, el hombre como se acrece y dignifica en la llama purificadora de su conciencia moral.

Esta es la lección viva de Abaroa: no basta vivir, hay que vivir con dignidad. No es suficiente amar y servir a la Patria, es preciso amarla con desinterés y servirla con abnegación. Y si el morir debe llegar a todos, que cada cual engrandezca su propio perecer porque es de hombres y cristianos afrontar sin cobardía lo que venga.

Y el mensaje interior del Hombre de Calama, más allá del gesto épico, de las seis palabras inmortales, de la famosa interjección, es uno de verdad y admonición:

—La Patria no perdura, la Patria no se engrandece, la Patria no puede ser dichosa en el odio y en el desorden, en la mentira y en la corrupción, en la violencia y en el fraude.

¿Cómo honrar a nuestros Héroes si no estamos a la altura de su herencia de honor? ¿Qué revolución nacional será fecunda si mantiene a los bolivianos divididos y enconados? ¿Pueden llegar al progreso real, el desarrollo orgánico, un bienestar estable, en medio del descontento y las injurias? Y algo más grave todavía: ¿cómo podremos recuperar el Litoral perdido, si no podemos entendemos en esta patria mediterránea que seguimos mutilando y destrozando con pugnas intestinas?

Abaroa será, pues, el cauterio en la herida: aunque duela, o precisamente porque duele, el sentido trascendente de su mensaje cívico manda poner orden en la casa de los bolivianos, apaciguar los enconos, acercar las conciencias, buscar soluciones nacionales por encima de las rencillas domésticas, **salir del compadreo partidista para alzamos al plano superior de la Nación unida y fuerte, donde nadie se sienta perseguido ni humillado.**

Es cosa sorprendente que en los programas políticos ni en los planes de gobierno, nadie se detenga a examinar ese vacío creciente que se viene produciendo en el alma nacional: la quiebra de los valores éticos, la indiferencia frente a la inmoralidad reinante, el debilitamiento progresivo de la conciencia moral, cuando no hay grupo, sociedad, ni nación que puedan subsistir si desconocen los valores del espíritu.

Aquí repetiré lo que vengo recordando desde las campañas cívicas de 1948: Bolivia requiere, antes que el cambio político, y los planes de la economía y de la técnica, una **revolución moral que mejore las instituciones y ennoblezca a los hombres.** Sólo así podremos superar el grueso materialismo de los apetitos, el peligro de la disolución civil.

¿No tenemos, acaso, el ejemplo actual a la vista? De Gaulle visita México y la juventud lo aclama porque ha visto en él gran conductor reanimador de la Francia ilustre. ¿Y cómo, levantado De Gaulle a Francia? Erigiendo la nueva República francesa sobre basamentos graníticos de verdad, de rectitud, grandeza moral. Primero el hombre francés: honesto, responsable emprendedor, vertical en su deber y en sus anhelos. Después la sociedad francesa: reanimada, ordenada y sostenida por el fuerza conjunto de sus células humanas. Cualesquiera que sean los errores y deficiencias en el caso galo, la Francia degaullista es un ejemplo de virtud e intrepidez para el mundo: se levantó de la anarquía política, del caos económico, de la inmoralidad burocrática, a la consistencia interna y al prestigio universal, **porque supo partir del ángulo exacto desde el cual se recuperan y se engrandecen las patrias del ángulo moral.**

Si en Bolivia, en vez de pelear desesperadamente por el poder político y la partija de los cargos y prebendas, los partidos se ocuparan de formar buenos ciudadanos, podríamos soñar en un resurgimiento nacional. Hay que regresar a una sana escala de valores. La meta de los jóvenes no debe ser el cargo público, la situación de favor, sino la profesión honrada, la ocupación independiente, los ascensos que se ganan con esfuerzo y capacidad.

Y ésta es también, lección que debemos a Eduardo Abaroa, el hacedor de patria, el que la sigue haciendo todavía: no nacimos bolivianos para usufructuarla, sino para honrarla y servirla sin desmayos. Por hombres se hacen las patrias, por hombres de verdad: enteros, insobornables, esforzados. Y las ayudas exteriores y los empeños internos —llámense planes, dólares, técnicos o equipos— poco podrán realizar si falla el concurso humano o deterioran leyes y costumbres.

Si Bolivia aspira a superar su desconcierto actual, tiene que partir del hombre boliviano. No es que la sociedad jurídicamente justa y económicamente ordenada haga mejor al ciudadano; es el buen ciudadano el que construye la sociedad justa y ordenada.

El hombre del Topáter está allí, en la desolación del desierto atacameño, y está también aquí, entre nosotros, haciendo siembra de varonía, escuela de verdad. Recordándonos que el patriotismo es un ímpetu misterioso, un magisterio sagrado, una búsqueda llameante de mejores destinos. Caído pero no vencido, como lo ha visto la escultura de Luján, transfigurando la derrota en victoria. Y el índice altanero que apunta al mar lejano, enseña para siempre:

—Preparar al hombre boliviano para que sea capaz de recuperar su salida marítima. Porque nunca grandes ideales se lograron sin altos sacrificios.

En la cruda y centelleante política moderna, en la vasta y desunida América del Sur, estamos solos. Todos nos escuchan, alguno tiende la mano, pero nadie hará nada si no somos capaces de alzarnos a la altura de una nueva audacia. En el duro, tenso y tempestuoso mundo de los bolivianos sólo deben contar el esfuerzo propio y la interior decisión.

El Mar no ha de volver por clamoreos y reclamos. Tendremos que salir a su encuentro. Sólo una alianza entre bolivianos podrá llevarnos de la injusticia de hoy a la justicia de mañana.

El ideal de reintegración marítima exige una mística de tensión y sacrificio: la que hubo en las campañas de la Independencia, en el Pacífico, en el Acre, en el Chaco, en abril de 1952. La que va desapareciendo porque la disputa por el poder y los agravios fratricidas van desterrando del corazón boliviano la generosidad, madre de todo heroísmo, la noción de trabajo ordenado y responsable, **el sentimiento de abnegación y desprendimiento para servir a la República que aprendimos de nuestros abuelos y nuestros padres y que ahora casi no existen ya.**

¿Por qué esta severa requisitoria? Porque si no reconocemos nuestra debilidad actual, si no superamos nuestros yerros, si no somos capaces de regeneración moral en los ciudadanos y de eficacia productiva en el Estado, no podremos alzarnos a metas más altas y lejanas.

Debemos creer en Bolivia, en la fuerza resurrectora de su conciencia nacional, en el ímpetu renovador de sus juventudes, en la savia saludable de los nuevos partidos y los futuros conductores. Bolivia tiene el derecho de exigirnos a todos, a los que nos vamos a ir, a los que actúan, y a los que vendrán, un mínimo de honradez y de coraje para afrontar la verdad: honor insigne el de llamarse boliviano, pero nadie le merecerá de verás en tanto no haya rendido tributo de constancia y sacrificio a la Patria Eterna que se gana con la virtud civil y se defiende y acrecienta por el deber de cada día.

Que el regreso al Mar sea, para los bolivianos, espuela de fuego, consigna de futuro. Esa fuerza irresistible que nos devolverá al respecto y a la gravitación continentales. Ese poder oculto y

misterioso que hará el milagro de unimos en la desgracia para acercarnos mayormente en la ventura y la prosperidad.

Pero no bastan el alto ideal nacional ni la necesidad inmediata para conducir un pueblo a metas superiores. Si no actuamos dentro de un plano de realidades, el esfuerzo colectivo no pasará del buen deseo.

Tenemos la mitad de la población que tiene Chile: cuando millones de habitantes contra ocho. Este factor demográfico conspira contra el fortalecimiento boliviano, y debemos compensarlo a toda prisa, sea promoviendo grandes corrientes inmigratorias o elevando los índices de natalidad. Hay que poblar las fronteras, ligar con carreteras modernas nuestro dislocado territorio, integrar las economías provinciales. **Liquidemos al analfabetismo y que termine la anarquía en los campos. Que minas y petróleos superen la consigna y el desorden político por la necesidad económica.** Bolivia debe tecnificar su agricultura, fundar nuevas industrias y proteger a las ya establecidas, estimular el comercio, promover por todos los medios la atracción de capitales, el desarrollo de fuentes productivas, el cumplimiento de la fé pública y del contrato privado. Y sobre todo el imperio de la ley, el respeto a la dignidad humana, una burocracia eficiente, una administración responsable que nos restituyan la confianza en las instituciones democráticas.

No pidamos mucho a la OEA, a Naciones Unidas, a entidades internacionales: son organismos de buena voluntad cuya inoperancia práctica se ha demostrado ya. La fuerza vital, el pulso mayor, deben ser, necesariamente, bolivianos. Tendremos mar, si somos capaces de disciplinarnos, de trabajar, de unid y sacrificio en la tarea de conjunto.

Bolivia no es ya una espera estéril en su ideal marítimo Ni se ha de contentar con la exposición de su derecho. **Mientras la conciencia de América siga durmiendo, Bolivia seguirá luchando por la justicia de su causa.**

Divididos entre nosotros mismos, barajando fórmulas de solución diversas, no llegaremos, nunca, al océano. Unidas en torno a un solo planteamiento marítimo, sí. Diré, pues que el primer paso, la necesidad perentoria, el espíritu impulsor de una política internacional de gran estilo que parta del Ande para irradiar a todo el continente, exigiendo puerto boliviano y equilibrio geopolítico en el hemisferio sur, debe asentarse en un principio de unidad, en un método de acción.

Un gobierno verdaderamente nacional asistido por todos y que a todos represente. La familia boliviana reconciliada en el mutuo respeto. Un solo ideal, un solo planteamiento de restitución marítima. La mística de superación el espíritu de sacrificio. La regeneración moral. El trabajo disciplinado y responsable. Verdad en las ideas, austeridad en la conducta. Que la dispersión de energías se resuelva en una sabia concentración de voluntades. **La Patria en el hecho más que en el labio. Estas son premisas para instaurar una política portuaria.**

Y éstas palabras finales a la muchedumbre juvenil:

—No desconfiar, no desesperar. Un pueblo es siempre más grande que el tamaño de su desventura. Aunque las apariencias exteriores conspiran contra ella, la Patria se engrandece y perpetúa por la voluntad de ascenso de sus hijos. **¿Bolivia cien años cautiva y solitaria? ¡No! "Los tiempos crueles despiertan el Arcángel adormecido." Se acerca la hora de la reparación y la justicia. ¡Nada es imposible!** Sea esta la divisa de los bolivianos, hasta que llegue el momento de emprender esa marcha final y victoriosa que nos lleve al decoro de una Patria reintegrada en todos los atributos de su soberanía. Y esto es lo que mandan los manes de Cabrera y de Abaroa:

¡El Mar boliviano volverá, o saldremos a buscarlo!

CORAL DEL MAR QUE NOS ASEDIA Y TRANSFIGURA (*)

A nadie represento, nadie me envía. Despojado de toda investidura oficial, asisto como escritor a las grandes honras cívicas de la Semana del Mar. Pero éstas son las palabras de uno todos: con lengua de verdad entremos al tema primordial y sempiterno. Que nada más premioso y nada más significativo para los bolivianos, como la noble ocupación de su regreso al océano Pacífico. Este nuestro destino Norte y brújula la vez. Quien los ignore o disminuya no habrá calado el corazón del pueblo. **Porque esta la tarea de la cual no podemos dimitir: reintegrar el Mar con la Montaña.** Y volver, como en tiempos del crucismo, a la gravitación continental que nos restituya a la conciencia de la propia dignidad, al sentido profundo de una construcción nacional.

Como el héroe griego que en los cantos de Homero doma la muchedumbre heroica de los hombres, vive y trabaja en la esperanza de victorias futuras, nosotros debemos persistir en la magna labor reparatoria. Nada hay más importante, nada más perentorio que la cuestión marítima.

Olvidar o postergar este problema mayor de la Nación Boliviana, sería como renegar del propio nombre. El buen cristiano, el buen hijo de familia, el buen ciudadano que mañana educará a los suyos, parten siempre de la fe indeclinable, se realizan a través del hilo mágico de los días, alcanzan su más alto fin en el cumplimiento de sus deberes esenciales.

¿Y cuál será el deber capital para nosotros, bolivianos, amurallados detrás de la insigne Cordillera?

Honar a Bolivia, materna y grave. Reconstituirla en su heredad fundacional. Devolverla a la plenitud de la soberanía, restringida, como prestada, apenas consentida, limitada por ominoso Tratado de 1904. Darle puerta ancha y no trastienda para comunicar con el mundo exterior. Recuperar con el trabajo inteligente lo que perdimos con honor en los campos de Pensar que la clave de nuestro destino nacional está inscrita letras de oro en el escudo que nos legaron los antepasados: "La unión hace la fuerza."

Y a vosotros, bolivianos, unidos, identificados en la causa que nos aproxima sin recelo, sin discordia, quiero daros el mandato sagrado de los hombres del 79 y del 80:

—¡No olvidéis el Mar! El es vuestra sangre, vuestro decoro. El atributo de los pueblos viriles. La llama tremulante de sabiduría. La conciencia geográfica para una existencia nacional. Es la honra que nos debe ser restituida, o que sabremos con esfuerzo y sacrificio. El motor impulsor del nuevo ascenso colectivo. Es la memoria de las generaciones. La llave maestra las grandes aventuras populares. Es el dolor fecundo que conduce a la dicha rescatada. Padre de las estaciones y las constelaciones. Imán del militar, meta venturosa para el ciudadano. Drama en el llanto de las madres. Poesía en el sueño de las novias. Toque varonil en el pecho tempestuoso del estudiante. Desafío para el obrero. Remanso para el asceta y el artista. Enérgico maestro de audacias creadoras para el ambicioso. Y al cabo es la tuerza próxima, el símbolo distante, todo cuanto nutre y cuanto mueve el organismo andino. La mayor esperanza, la reserva mejor. Es el presente imperativo que ordena: **unirse, convivir, como partir en los duelos y en los júbilos de Bolivia, madre santa, despedazada por sus propios hijos:** Es el futuro que anuncia: ningún tratado es eterno, ni habrá cautiverio indefinido. Los grandes pueblos luchan, caen, sufren, se levantan por sí mismos.

Y ésta sea la consigna permanente:

—¡Hacia el Mar para siempre y sin descanso!

(*) Conferencia Cívica dictada en el Paraninfo de la Universidad Mayor de San Andrés, el día 24 de Marzo de 1965.)

JUSTIFICACIÓN

Sucede, a veces, que los extranjeros, los turistas, y aun entre nosotros mismos las mentes prácticas, frías, que sólo piensan en términos de lógica y de cálculo, suelen argumentar de la siguiente manera:

—¿Por qué Bolivia sigue pensando en el mar, si es tan grande, atesora ingentes riquezas, debe afrontar problemas más inmediatos y podría emplear mejor sus energías?

Esa crítica incomprensiva estima que podemos subsistir sin litoral en el Pacífico. Nos compara con Suiza sin reflexionar que el caso es distinto y la circunstancia diferente. Se habla de un romanticismo trasnochado. Se aconseja mirar al futuro y no anclar en el pasado. Se considera que la salida oceánica no es una necesidad biológica, sino un señuelo paralizador de la voluntad nacional.

Un día malaventurado sentí, como un latigazo en la cara, este juicio desaprensivo que traduce la ligereza de los malos juzgadores.

Me dijeron:

—Ustedes, los bolivianos, son idealistas y soñadores en exceso. Lamentan, se desvelan por cosas irremediables. Carecen de sentido práctico. La semana del mar es una explosión de histerismo colectivo.

He venido a contestar esa crítica mal fundada.

Y he aquí el postulado que brotó de los corazones bolivianos como argumento imperecedero para acallar a los aviesos:

—La reintegración marítima es parte de nuestro ser nacional. Mientras Bolivia exista y en tanto no volvamos con salida propia soberana, al océano tranquilo, habrá, un Semana de Mar porque ella constituye la más noble y la más alta expresión del sentir de nuestro pueblo. **¡Felices los que carecen de sentido práctico, porque esos andarán más cerca de Dios!** "Cuanto más hondamente se angustia, más grande es el hombre" —dice Kieerkegaard. Si sufrimos y nos desgarramos por el mar perdido, esa purificación por el dolor nos llevará a la palingenesia futura. No es lamento, no es queja, no es imploración de la muchedumbre andina: es actividad viril de pueblo indómito. Pensar en lo que se ama, volver al bien perdido, potenciar alma y cuerpo para recuperar lo que se tuvo, insistir en el legítimo derecho y en la justa soberanía, son los atributos más elevados del ser social. Desde 1880 nuestro drama colectivo de condensa y se sublima en el problema marítimo: la Patria mutilada pide Justicia, exige reparación. No es delirio de muchos ni explosión nerviosa de algunos. Es la serena convicción del país que despojado por la fuerza, sabe que sólo replegándose hacia su propio centro tomará el impulso necesario para dispararse al límite marino.

La Semana del Mar es un Coral Sagrado que hiere la conciencia del usurpador:

Y a Chile diremos, en los días de la semana insigne, mientras haya voz en las gargantas agraviadas:

—Aquí está Bolivia, fuerte en su derecho, grande por su infortunio, persistente en su demanda. ¡Nunca olvidará!

Cómo será de justa nuestra causa, que entre la propia gente chilena hubieron y habrán siempre almas nobles que reconocen el atropello consumado, la serenísima bondad de las multitudes enclaustradas.

Basten cuatro ejemplos, entre muchos otros.

Balmaceda, ex-Canciller de Chile dijo estas palabras auto-confesionales y lapidarias:

"El territorio salitrero de Antofagasta y el territorio salitrero de Tarapacá, fueron la causa real de la guerra de 1879."

En 1880, el diario "La Patria", de Valparaíso, expresó valientemente estos conceptos:

"La guerra que hace Chile al Perú y a Bolivia, no es en defensa de derechos desconocidos, ni de algún ideal; es guerra de mercaderes y de banqueros que tratan de atentar contra las riquezas de aquellas naciones; es guerra de banqueros cuyos intereses andan mal."

Gonzalo Bulnes, el mayor historiador chileno de la guerra del Pacífico emite este juicio que honra a su autor:

"Bolivia aceptó la situación con dignidad. Campero tuvo un gesto de hombre de bien y de grande hombre diciéndole a su país que había sido vencido. Bolivia se mantuvo tranquila. Dió un ejemplo de civismo como pocos pueblos latinos lo darían en un caso análogo; no se oyó un reproche contra el ejército vencido ni contra su general en Jefe, ni salieron los tácticos a ganar la batalla después de pérdida, sino que noblemente la Convención renovó su confianza a Campero eligiéndolo Presidente de la República. **Una nación que da tan altos ejemplos de patriotismo, digna de respeto.**

Producido el conflicto del Lauca en 1961, el senador chileno Gonzáles Madariaga, con admirable entereza, reconoció el derecho boliviano en el litigio del río Lauca, pidiendo, además, que se terminara con nuestro injusto enclaustramiento.

No fueron voces aisladas: muchas veces chilenos representativos, periodistas, políticos, economistas han admitido la urgencia del regreso de Bolivia al Pacífico. No se trata, ciertamente del gobierno ni del pueblo chileno, pero sí de una noble minoría merecedora de la gratitud continental.

Se arguye que cuando los bolivianos padecemos una crisis interna —política o económica, social tal vez—acudimos al fácil recurso del tema portuario como panacea para sortear peligros. Esto no es evidente. Nosotros sabemos, perfectamente, que primero con nuestros deberes humanos. Hoy mismo, nada gana prioridad a la necesidad de organizar la casa por dentro antes de obtener salida al mar. Mejorar las condiciones de vida de las clases medias y trabajadoras, organizar la economía, asegurar la paz social con medidas prácticas que mantengan el equilibrio de la moderna sociedad pluralista: esto es lo esencial. Pero no por existir las cosas esenciales, se abandonará el alto ideal de la restitución marítima. Todo resulta impostergable, acrece en la voluntad de los pueblos que se constituyen frente a la adversidad. Nos acechan graves riesgos, nos acosan problemas complicados, mas el deber de afrontarlos no está reñido con la subsistencia del sueño mayor: aquel que nos conducirá, ya fuertes, organizados, conscientes de una responsabilidad nacional, **al rescate del litoral sustraído pero no perdido porque sigue latiendo como una realidad ideal en el fondo adorativo del corazón boliviano.**

Todo salió de las aguas, todo en ellas se acrecentará— canta el bardo tudesco. Desde el limo original hasta los reinos que aún no han sido. ¿Y por qué el pueblo privado de libre acceso al océano, se le habría de prohibir, también, el derecho de acordarse de lo que fué suyo, de fortificarse en la tensión de un reencuentro inevitable? **¡No! No son quijoterías ni romanticismos locos. Histeria no la hay. Persistencia en el pasado tampoco. Ni la cadena del sueño**

imposible nos ata. Nos malcomprenden que nos juzgan por las exteriores apariencias. Bolivia no está como hipnotizada por el recuerdo de la guerra funesta, ni piensa que el solo retorno marino la curará de todos sus males. No es así. Pero un designio sacro manda que sólo resisten y subsisten las naciones que son fieles a su propio destino. Las que en hacer en rehacer el perímetro físico y el contorno espiritual. Porque alma y territorio son, al cabo, recintos naturales del hombre, conformadores de la psique colectiva. Y sí añoráis, si trabajáis, si persistís por reconstruir el antiguo patrimonio, tenéis derecho a la intimidad de una Patria, a la noble persistencia de una estructura de Nación. Porque esto es, en último término, lo refleja y trasciende nuestro viejo anhelo marítimo: la fidedigna, la lealtad consigo mismo, el deber que manda y atenaza, la conciencia de la "civitas" romana en su más alto sentido. Si te dieron patria libre, patria grande, es por ella y en ella que te realizarás. **Beberás su amargura y sus desastres. Te nutrirán sus vuelos y victorias. Le ofrecerás tu honra y tu prestigio.** No temerás, el servirla, ni a las sierpes de la envidia ni al lobezno del ridículo. Hacia donde ella se encamine, se dirigirán tus pasos. Verás con sus ojos y escucharás por sus oídos, Porque eres sangre de su sangre, arquitectura de sus huesos. **Y si la Patria pide puerto, por él fatigarás tus nervios, templarás carácter y tus ansias, te harás digno del mar que espera y desespera.**

Porque él, también, nos llama y nos aguarda. Padece nostalgia de montaña, vuelo de cumbres, y una sola línea melódica enlaza desde el 79 la ternura india del Ande milenario con la quieta majestad del Pacífico distante.

El puerto propio, más amado cuanto más lejano. Esa trena fulgurante en la noche boliviana.

Cuando el mayor pensador trágico del mundo moderno dice: "Todo lo que me concierne se mueve en dirección a mi propio centro", ha dado una pauta para entender el magno misterio de nuestra problemática mediterránea. Todo cuanto atañe a Bolivia —pasado, presente, futuro— mira al Mar, tiende a él por que el Mar es el centro de Bolivia en el doble sentido territorial y espiritual. La clave de su destino de Nación. Ideal y realidad a la vez. La única fuerza de tensión, de atracción de irradiación que probará la constancia nacional.

Por esto diremos que mientras haya mundo y exista América persistirá la necesidad de un puerto boliviano en el Pacífico.

ADMONICIÓN

Examen de conciencia: ¿qué fuimos, qué somos actualmente?

Cuando Bolivia nacía a la vida independiente, nación soberana en 1825, según datos recogidos por el coronel Díaz Arguedas, sus fronteras circundaban 2.343.769 Kms.2. En poco más de un siglo perdió por tratados diplomáticos 671.738 Kms.2; y por guerras internacionales 574.000 Kms.2. Hoy sólo cuenta con 1.098.031 Kms.2. Prácticamente perdimos más de la mitad de la heredad original.

Tocante a Chile. La Guerra del Pacífico, guerra de agresión y de conquista, significó para Bolivia, un balance desastroso. Perdimos el departamento de Atacama con 66.000 Kms.2.(*) de superficie territorial y 400 kilómetros lineales de costa, que comprendían cuatro amplios puertos —Tocopilla, Cobija, Mejillones. Antofagasta— y numerosas grandes y pequeñas caletas. Perdimos la salida al mar, el contacto directo con el mundo, la plenitud de la soberanía política, la libertad de comercio y de aduanas. Inmensas riquezas minerales: cobre, salitre, plata, oro, yodo, potasio, bórax, azufre, sal, mármoles. No se olvide que todo el proceso de surgimiento industrial de Chile arranca del cobre y del salitre de las tierras arrebatadas a nuestro país.

Y en esto de Atacama se debe rectificar, una vez más, la falacia de los argumentos chilenos.

(*) Nota del editor: Chile se anexó 183.372 Kms.2.

El territorio y el litoral atacameños pertenecían desde tiempos inmemoriales a los primitivos habitantes del Ande boliviano. Lo señorearon los aimaras, como se puede comprobar todavía con ayuda de la toponimia y la semántica: **fueron kollas o aimaras —que nombraron montes, ríos, llanos y quebradas.** Durante la dominación quechua, Inca Yupanqui conquistó Atacama. En la Colonia, formaron parte esas tierras y ese litoral de la jurisdicción de la Audiencia de Charcas. Al fundarse la República Boliviana, la provincia de Atacama nombró sus representantes a la Asamblea Constituyente de 1825, incorporándose posteriormente al departamento de Potosí. Fue después erigida departamento Santa Cruz. Chile, con propósito avieso, creó, alrededor de 1842, una provincia chilena del mismo nombre porque ya abrigaba fines de conquista y expoliación sobre todo el territorio y litoral bolivianos comprendidos entre el Loa y el Paposo.

Los daños económicos por el inicuo despojo son incalculables. Durante 85 años Chile explotó en propio beneficio las ingentes riquezas, de Atacama baste observar que en un solo año, en 1961, la inmensa atacameña le produjo 285.000.000 de dólares, mientras Bolivia sólo obtenía, de toda su producción minera, 68.000.000 de dólares. ¿Se puede calcular lo ganado por Chile 85 años de usurpación y lo perdido por Bolivia en otros tantos del despojo? Serían cifras espantables. La política chilena llamada de "compensación —los ferrocarriles de Arica y Antofagasta y un derecho de libre tránsito restringido y controlado— es inadmisibles. No se puede compensar lo más por lo menos. Jamás podrá Chile compensarnos el daño inferido por la apropiación indebida y el usufructo de las riquezas de Atacama.

Deuda eterna.

Para quienes deseen profundizar el tema, además de la extensa literatura jurídica del pasado quiero recomendar, entre otros igualmente valiosos, tres trabajos que todo boliviano debería leer para formar criterio justo acerca de nuestro problema marítimo; ellos son: "Alegato Histórico de los Derechos de Bolivia" por Mandatario Gutiérrez; "El Derecho de Bolivia al Mar" por Jorge Escobar Cusicanqui; y una "Conferencia sobre Reintegración Marítima" dictada por Walter Guevara Arze en la Universidad de Cochabamba en septiembre de 1964.

Fuimos grandes, poderosos. En la época de Santa Cruz, Bolivia gravitaba decisivamente en la política del continente sur. Hoy subsistimos mutilados, retrasados, en una aparente impotencia para resolver nuestros problemas y recuperar jerarquía internacional.

Esto es lo que todo boliviano debe preguntarse: ¿qué ha sucedido?

En 1880 la desgracia nos unió, nos hizo grandes. Campero encarnó el valor y la virtud. Abrió el horizonte a la revolución moral que aun no pudimos realizar. La Convención de aquel año fué un cónclave de grandes absorbidos por la tarea de reconstruir la nacionalidad quebrantada. Ejemplo nobilísimo jamás repetido. Frente al Tratado inicuo de 1904 el país se dividió. Durante la Guerra del Chaco, mientras los regimientos marchaban al sudeste lejano, latía la conspiración interior en las ciudades. Y en esta crisis dramática de 1965, **todos ofician de agoreros, de críticos facilones, de salvadores providenciales, de azuzadores de discordia mientras la patria gime despedazada por sus hijos.**

No se arroje, pues, toda la culpa al destino, a Chile, a las circunstancias adversas del medio y del tiempo que nos tocó vivir. Grande responsabilidad pesa sobre nosotros, bolivianos, por el pasado tempestuoso que preparó el desastre del 79 y por el desorden interno de los 85 años subsiguientes. Ciertamente que Bolivia jamás aceptó el nefasto Tratado de 1904, contra el cual se levantaron airados todos los pueblos de la república. Y aquí es oportuno reproducir la viril reacción del pueblo potosino que el 14 de febrero de 1905, al conocer la aprobación del pacto injusto, lo calificó en estos duros términos: **"Es un tratado inicuo, vergonzoso y deshonesto para Bolivia.** Ningún poder tiene facultad para enajenar el territorio nacional. Es un pacto desastroso para la Patria; una venta simulada a vil precio, con una miserable parte de los ingentes productos del mismo territorio sagrado de la Patria. Además del Litoral cautivo, ha agregado el Congreso

Boliviano a la avidez chilena la riquísima región de Chilcaya, con parte de las provincias de Pacajes. Carangas y Lípez, desmembrando con imprudencia el territorio que estaba fuera de la conquista y del Pacto de Tregua. Es el Tratado más lesivo de la soberanía boliviana, el más humillante que hasta hoy se hubiese proyectado".

Verdad, también que un fuerte sector parlamentario se opuso a ese tratado. Que los más ilustres publicistas defendieron con ciencia y habilidad los derechos de Bolivia sobre Atacama y su extenso litoral. Baste recordar aquella famosa y luminosa circular de 25 de Enero de 1901, en la cual, al asumir el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores, don Federico Diez de Medina, instruía a nuestras Legaciones en el exterior cómo debían refutarse los capciosos argumentos de la Cancillería chilena y sobre qué bases jurídicas, históricas, geográficas reposa el derecho boliviano. Este notable alegato es una piedra angular de nuestra literatura de límites.

Cierto que fuimos persistentes en proponer la revisión del Tratado de 1904: en los años de 1920. 1921, 1923, 1929, 1945. 1948 y 1950.

En 1961, la Cámara Baja acusó a Chile, con motivo de la desviación de las aguas del río Lauca, de "agresión geográfica y usurpación territorial". En toda asamblea o congreso internacionales. Bolivia deja oír siempre su voz reclamando la salida al Mar. **Y es innegable que en el sentimiento del pueblo boliviano habitan Atacama y Litoral, esas rosas de sangre y de misterio que perfuman todavía el alma de la Patria.**

Todo esto es evidente: el Mar subsiste en el sentimiento de los bolivianos. ¿Pero existe también en sus fibras volitivas? Este es el problema.

Desde los años de mi mocedad he visto a la Patria dividida en dos mitades. Entonces se llamaban liberales y republicanos. Cuando éstos subieron al poder, se enfrentaron, a su vez, entre saavedristas y genuinos. El primer nacionalismo libró batalla con los partidos tradicionales. Durante el conflicto del Chaco militares y civiles andaban a la gresca. Constituidos los partidos de tendencia social y revolucionaria, se reanudó la pugna con las fuerzas más antiguas. El nacionalismo, en el poder, cometió el trágico error de aplicar la consigna malhadada: "El que no es está conmigo está frente a mí". Y hoy ¿qué podríamos decir? Los partidos florecen como los hongos, se odian, se combaten sañudamente, atomizan y debilitan sus propias filas. Se discute, se pelea por toda causa. Desbordando el marco de la acción de los partidos, la ciudadanía entera se entrega al Juego político: todos contribuimos a precipitar la combustión. Nadie acuerda con nadie. Cada cual el dueño de la propia fórmula salvadora. El divisionismo boliviano ha llegado a su ápice.

¿Qué otra cosa es la Patria sino la suma de sus hijos? Diremos, pues, que la nuestra padece de anarquía y confusión. No sabemos lo que queremos ni dónde vamos. **Tenemos sentimiento de Patria, pero no estilo de Nación. Somos luchadores, disociadores: no sabemos construir en armonía.** Un estadista sostiene que carecemos de conciencia geográfica; no es lo más grave. Lo peor radica en que estamos desprovistos de moral social, de sentido de responsabilidad frente al destino adverso, de esa forma superior de religiosidad que liga al ciudadano con su causa y con los suyos. La Patria la llevamos en el corazón, mas no en la voluntad.

Es hora ya de preguntarse: **¿qué puerto, cual litoral vamos a demandar a Chile si no somos capaces de ordenar esta casa sin puertas ni ventanas, donde todos vivimos —o desvivimos— como tristes prisioneros del propio egoísmo, anulando la fuerza nacional en el choque tenaz de sus individuos?**

Para volver al océano, es fundamental curar las heridas de Bolivia. Mutilada, desgarrada, ella sangra por los enconos entre hermanos. Digamos, pues, y sea consigna permanente, que la reintegración marítima comienza en el entendimiento entre bolivianos y que ninguna hazaña futura será posible, si no aprendemos a convivir como cristianos, como demócratas, como gentes civilizadas, viendo el ejercicio del poder no como un botín a repartirse, sino como una voluntaria

servidumbre en la cual todos trabajan y se fortifican en todos, como manda el perfecto orden cristiano.

El que manda debe compartir con los demás. El que tiene algo también. Y sólo el día que nos aproximemos en el dolor y en la alegría, repartiendo cargas y beneficios, acercando las ideas y los métodos de realización, superándonos en la búsqueda de los grandes horizontes colectivos, podremos hablar de una conciencia de bolivianidad.

Bolivia es una necesidad sangrante de unión y comprensión. Divididos, seguiremos enclaustrados. Al Mar sólo se llega por el camino de la generosidad fraterna que anuda y fortalece.

DEFINICIÓN

Otro punto esencial: que la Nación se ponga de acuerdo tocante a la política internacional en el Pacífico.

¿Qué se entiende por reintegración marítima? ¿Se trata sólo de volver al Mar por cualquier medio? ¿Pediremos la restitución de todo lo usurpado, solamente un puerto propio, o nos resignaremos al corredor o a la caleta tantas veces propuestos?

Reconozcamos que carecemos de un objetivo preciso, de una estrategia para llegar a ese objetivo, de una tesis sólida, unificante, capaz de vigorizar la causa nacional. Se ha propuesto que la salida al Pacífico se convierta en precepto constitucional. Unos piensan que se debe pedir la devolución de todo el departamento de Atacama con sus 66,000 Kms.2. Otros opinan que podríamos quedar satisfechos con cualesquiera de estos puertos: Arica, o Pisagua, o Cobija, o Mejillones. Hay partidarios de recuperar Antofagasta. Algunos estiman que al sur del valle de Azapa o en la caleta de Vitor se podría construir puerto propio para nuestro país. En 1922 el ingeniero chileno Luís Lagarrigue por un estudio técnico, sugería desviar las aguas del río Desaguadero para migar las pampas desérticas del Tamarugal en Atacama, esa sería la base —se decía para negociar el libre acceso de Bolivia al Mar. En 1926 la proposición de Kellog, Secretario de Estado de los EE.UU. para transferir Tacna y Arica a Bolivia, fué aceptada por Chile. También se habló del callejón o corredor, una franja de 20 Kms., de ancho, que desembocaría en punto determinado de la costa pacífica. Finalmente se analiza la solución por el enclave: un puerto —por ejemplo Mejillones—, que contorneando un mínimo de 200 hectáreas se enclavaría en territorio chileno sin interrumpir su continuidad; solución efímera según Escobari, porque Bolivia, aislada y rodeada por Chile, podría ejercer plena soberanía en tal puerto. El contacto con enclave sería dificultoso y erizado de disputas una vez que el libre tránsito estaría regulado al capricho del Mapocho.

Hay muchas soluciones para resolver los diferendos internacionales. Lo esencial es que no nos hemos decidido todavía por una determinada y esta atenta contra el buen derecho boliviano, sembrando la confusión en Bolivia, en Chile y en el mismo continente americano.

¿Qué quieren los bolivianos? Pregunta es ésta que oímos muchas veces y es doloroso confesar que nunca pudimos contestarla con exactitud. **Volver al Pacífico, sí: pero no hemos definido la forma de hacerla ni en qué términos cabaes.**

Recuérdese el triste caso del Lauca. Para fortalecer la posición de Chile —endeble en el campo jurídico porque el atropello era innegable— el canciller chileno en 1961, Martínez Sotomayor, invitó a todos los jefes de los partidos políticos de su país: todos ellos, sin ninguna discrepancia, incluyendo, al jefe del partido comunista, dieron pleno respaldo a la Cancillería chilena. En, Bolivia, en cambio, gobierno y oposición iniciaron la disputa múltiple de las responsabilidades reales o supuestas. Unos quisieron encarar aisladamente la desviación de las aguas del Lauca, en tanto que otros prefirieron, ligar la cuestión como parte indivisible de nuestra reintegración marítima, complicando mayormente el problema. Sonaron voces disidentes. El país

se unió en la protesta por el agravio chileno, pero volvió a dividirse la ulterior acción para defender su derecho.

Pesa sobre nuestras cabezas un deber en el aire, que manda a gritos:

—Definir y unificar el criterio nacional en la cuestión portuaria. Saber qué se ha de pedir y cómo se conducirá la política que conduzca a una solución final aceptable.

Aquí cabrían: primero el debate nacional, luego un plebiscito, y por último la decisión conjunta del gobierno, del parlamento, de los partidos y de las fuerzas opinantes, **hasta acordar una fórmula de arreglo, definitiva y permanente, que Bolivia sostendría en la continuidad de gobiernos y generaciones sin desviarse un punto de la tesis acordada.**

Sólo así, despejando dudas y aventando desconfianzas, exponiendo con claridad nuestro derecho, planteando con firmeza nuestra demanda marítima, ganaremos el respeto de los demás y la confianza en la propia capacidad.

Aquí cabe una digresión, la frase aquella de "Bolivia demanda su derecho de salida al Mar", es inapropiada. Nos despojaron del acceso al Pacífico, pero nadie nos quitó el derecho de reclamar lo que fué nuestro. Debe decirse, pues: "Bolivia demanda su salida al Mar". **El derecho de pedir por la legítima heredad es de origen divino y natural. Nadie podría arrebatárnoslo. No hay voracidad que pueda desconocer la ley internacional.**

Existe hoy, entre nosotros —y en el mundo— una como angustia generacional. Los jóvenes desconfían de la madurez: la piensan en cierto modo fallida y se sienten hasta algún punto frustrados. Los avances sorprendentes de la técnica y de la ciencia, la debilitación de los valores, el hombre estadístico sobreponiéndose al hombre moral, la sociedad competitiva que amenaza al cosmos ética y estético, la política cada día más dura, la economía más férrea, la física sin materia, la filosofía sin alma han alejado al joven de la confianza y de la dicha.

¿Y por qué el hombre universal de la era atómica habría de olvidar su deber, su plenitud activa para con su patria nacional? No hay tarea superior, para los jóvenes de hoy y de mañana, que poner en orden, contribuir a encauzar mejor esta turbulenta sociedad boliviana.

Si la juventud interviene con voz propia en este proceso para definir la línea portuaria, habrá dado un sentido creador a esa angustia existencial que la circunda.

Definirse, decidirse, ponerse de acuerdo, y empujar en una sola dirección. Este es el primer paso para volver al Mar.

Vivimos, hoy, un poco a la deriva, pensando sólo en términos de dólares y de honores. Un materialismo insaciable atenaza las almas. Carecemos de norte conocido, andamos desbrujulados, zarandeamos por el flujo de las pequeñas pasiones, un poco al margen de los altos ideales humanos. Y esto no debe, no puede continuar: el escapismo, la evasión, son salidas de los pueblos débiles. Tenemos que subsistir afrontando valerosamente nuestro durísimo destino con el material humano que nos fué donado. Haya confianza.

La cuestión portuaria es la piedra de toque para demostrar si somos dignos de un destino de Nación.

ARMONIZACIÓN

Decía el gran Salamanca que Chile tiene decretada la absorción de Bolivia. Tamayo, el previsor, aconsejaba guardarse del usurpador. Debido a la fuerza inexorable de los hechos, la mayoría de los estadistas, políticos e internacionalistas bolivianos coincide en la natural desconfianza por el vecino codicioso. Baste mencionar dos opiniones autorizadas emitidas, en

tiempo reciente, por hombres públicos versados en la materia. Walter Guevara Arze sostiene que el litoral boliviano tuvo, para Chile, doble objeto: el aprovechamiento de sus riquezas minerales e impedir el desarrollo de Bolivia. Jorge Escobari Cusicanqui afirma que Bolivia vive desde hace 85 años con soberanía limitada, independencia reducida y autonomía restringida.

El inaudito atropello del Lauca confirma plenamente la desconfianza boliviana frente a la prepotencia chilena.

Pero no seríamos gentes civilizadas si no admitiéramos siquiera, un resquicio de buena fé, una posibilidad promisoría para el cambio de esa política secular del mal vecino en una nueva orientación internacional que transforme la enemistad latente en futura armonía de intereses y sentimientos.

Desconfiamos de Chile sin odiarlo. Pedimos simplemente que vuelva a la justicia y admita la necesidad de reparación. ¿Sería esto posible? Nada es imposible en el campo de lo humano.

La aparición de las corrientes de la Democracia Cristiana en el continente, abre esa posibilidad conciliadora. En Chile gobiernan un presidente y un partido político de filiación demócrata-cristiana. Es probable, también, que en Bolivia predomine esa filosofía y tendencia política a breve plazo. ¿Qué ocurriría llegado el caso?

La democracia cristiana es una doctrina compacta, es también una conducta indivisible para lo interno como para lo internacional. Gobernando en ambos países dos estadistas y dos partidos o coaliciones de partidos que sustenten y apliquen la doctrina mencionada, el espíritu religioso y la fuerza moral influirían decisivamente para encontrar la fórmula jurídica que restituya el equilibrio en el Pacífico.

A estar a la doctrina pontificia, base de la Democracia Cristiana, el orden internacional está sujeto a derecho. La unidad del género humano vincula y obliga a los pueblos. **El orden internacional está sujeto al derecho natural, se rige por la idea de justicia. Es uno de sus principios: "la equitativa, concorde y prudente revisión de los Tratados". La conciliación universal sustituye al antiguo precepto de las guerras de agresión.** La preconizada solidaridad jurídica y económica, se asienta sobre una norma de equidad en la conformación de los territorios nacionales: **nadie puede vivir embotellado ni asfixiándose.** La mentalidad cristiana no admite división entre fuertes y débiles, sino la común armonía de mayores y menores. "El derecho de cada pueblo para ejercer su actividad, no puede ser limitado ni yugulado por medios opresivos. Entre naciones sólo deben regir la verdad, la justicia. Siendo la ley natural el fundamento de todo derecho y de todo deber, su lenguaje ecuménico alcanza a todos los hombres". Por eso la Iglesia, en su inmensa sabiduría, considera hermanos a pueblos hombres y naciones, y busca paz y entendimiento perdurables por encima de las discordias transitorias.

¿Vamos a vivir, en el continente sur, como buenos cristianos, como verdaderos demócratas, como hermanos en la justicia y en América? **¡Pues a resolver el caso de nuestro enclaustramiento, que según decía el segundo Roosevelt en 1943, "es un problema de opinión continental y hasta mundial!"**

Para honra del derecho americano, en las conferencias o reuniones internacionales se condenaron las ocupaciones o conquistas territoriales por la fuerza. Una de las más importantes decisiones fluye de la Convención aprobada en Lima el 22 de diciembre de 1938, y sostiene que las naciones americanas "reiteran como principio fundamental del Derecho Público de América, que no tendrán validez ni producirán, efectos jurídicos la ocupación ni la adquisición de territorios, ni ninguna otra modificación o arreglo territorial o de fronteras mediante la conquista por la fuerza, o que no sean obtenidas por medios pacíficos."

Grocio, insigne tratadista holandés, enseña que la recta razón humana, fuente nutricia del derecho natural, aconseja "la abstención de los bienes ajenos, y la restitución de lo que se posea o se haya tomado de ellos."

Existe otra máxima sapientísima, cimiento de toda religión, de todo código social, aun de la ética familiar: nadie dañe a los demás."

La doctrina del más fuerte que arranca de Calicles, discípulo de Gorgias, ha caducado. Su endeble argumentación no pudo oscurecer las enseñanzas centelleantes de Platón y de Aristóteles, padres-ríos que generan toda la eficacia del saber occidental. Los hombres y las naciones no son únicamente seres biológicos dotados de aptitud de fuerza, sino que se integran y realizan por su naturaleza social y espiritual. El derecho ajeno es el límite del propio derecho de cada individuo.

Todas estas cosas las saben los estadistas chilenos. Veamos cómo afrontan sus deberes de cristianos, de avezados demócratas, y de buenos americanos.

Y debemos recordarlas también al Perú, al cual oí nada tenemos que reclamar en materia territorial, podemos reprocharle la cláusula-tapón del Tratado con Chile de 1929 por la cual Chile y Perú se dan la mano para mantener la asfixia de Bolivia.

¿Existe una posibilidad de armonización? Seguramente: existe. Bastaría que el advenimiento de las democracias cristianas preconice un nuevo estilo internacional, que surjan los estadistas aptos para enfrentar en términos de realidad el viejo problema, y Bolivia también hará su parte.

Subsiste la gran causa inducente. Sólo faltan los grandes hombres convincentes.

Ahora más que nunca, cuando el ideal de una sola y grande Patria del Sur toca ya a las puertas de las naciones sudamericanas, el cautiverio de Bolivia trasciende al futuro de América.

Bolivia ya no implora no se lamenta. Hemos superado el "tempo" furioso del antiguo rencor, para ingresar a la marcha serena y constante donde cada paso tiene consistencia de montaña.

Y esa marcha lleva, inexorablemente, a los líquidos reinos del Pacífico, patria natural de la progenie andina.

TRASLACIÓN

Sugiere el pensador helénico, en la sapiente "Ética a Nicomaco": "Seamos, con nuestras vidas, como arqueros que tienen un blanco."

Juicio que reza lo mismo para hombres cuanto para pueblos. Saber qué se quiere, conocer dónde se va. Porque esto es lo que enaltece la condición humana y social: la certidumbre de la acción bien encaminada:

En la cuestión portuaria, hasta hoy hemos padecido un vicio óptico: creer que todo se sitúa en Chile y que de Chile debe, partir la solución.

Grave equívoco: el problema nace en Bolivia y sólo a nosotros corresponde encaminar el buen final.

Se hace, pues, perentorio, invertir los términos del caso: ya no la antigua relación de víctima y victimario; mas bien la paridad entre iguales. Nosotros tomaremos la iniciativa y ellos, los usurpadores, soportarán la consecuencia del despojo del 79. Hay que trasladar la cuestión a un plano de realidad continental: no es sólo que Bolivia reclame a Chile el litoral del que fué privada;

es algo más, que nuestra mediterraneidad resulta drama y espina para el equilibrio del hemisferio. **Sin el macizo andino no habrá armonía ni sustentación justa entre las naciones de América.** Y es llegada la hora de un derecho nacional que se convierte en razón y necesidad del bloque americano.

Toda la ciencia jurídica del Mundo civilizado nos respalda.

La teoría platónica del Derecho Internacional establece que los Estados no deben cometer injusticia en sus relaciones externas. Inventa la teoría feliz de la guerra justa (Bellum justum). San Agustín, el águila de Hipona, pregunta: ¿Qué otra denominación puede recibir, sino la de rapiña grande, el conducir una guerra contra los vecinos?" La doctrina del bien común (Bonum Commune) preconizada por Platón, sistematizada por Aristóteles, ampliada majestuosamente por Santo Tomás, afirma la equidad, el mutuo bienestar entre hombres y naciones. El P. Vitoria, español a quien se considera como legítimo fundador del Derecho Internacional moderno, el primero en aplicar el término de "jus inter gentes" a las normas del derecho natural que regulan las relaciones entre pueblos estampa este juicio definitivo: **"Existen algunos bienes como el mar, los ríos y los puertos que son comunes a todos los pueblos por derecho natural."**

Todos los esfuerzos de la moderna sociedad humana, inteligente y civilizada, oponen reparos al uso de la fuerza y al abuso de la mayoría organizada. No se inventa la moral, no se improvisa el derecho, no se puede infringir, impunemente, la ley internacional. Aquel que tiene de su parte la buena causa, ha ganado ya la mitad de la lucha: la otra mitad depende de la sagacidad de su movimiento y de la perseverancia de su esfuerzo.

Hemos vivido 85 años en órbita cerrada, como engrillados por la idea del nefasto enclaustramiento. Hipnotismo artificioso. Bolivia debe disponer ya de su destino. No esperar nada de Chile si Chile no cambia su conducta. Plantear una política internacional enérgica, dinámica, capaz de suscitar centros de inquietud y acicate en el juego continental.

La solución no está en Chile: está aquí, depende de nosotros mismos. Hablemos un lenguaje nuevo: somos el pueblo más cristiano de América, llamado a sufrir y padecer. Pero estamos dispuestos a rescatar el mar perdido con esfuerzo y sacrificio. El eje del asunto está en La Paz y no en Santiago. La heurística enseña que los pueblos con imaginación se sobreviven a toda desdicha; y es llegada la hora de inventar caminos y métodos nuevos que nos devuelvan a la jerarquía hemisférica, y nos conduzcan al acuerdo de equidad que la Nación ansía.

Por una puerta que se cierra hay siempre otra que se abre. **Chile se equivoca: no estamos vencidos ni asustados.** Ni solitarios: nos acompaña la conciencia mundial. Y la cuestión de nuestro libre acceso al océano tendrá su centro de impulsión en la montaña. **Nueva política exterior, nuevos hombres, nuevos métodos: Bolivia debe pilotear su grande causa.**

DECISIÓN

Una severa revisión del caso en materia de libre tránsito nos lleva a la desoladora conclusión de que Chile jamás cumplió lealmente el Tratado de 1904 ni respetó las disposiciones de aquel sistema que pretendía compensar, en parte, el injusto enclaustramiento. Enunciar sus deliberadas y reiteradas violaciones del pacto mencionado, sería materia de otra conferencia. Baste mencionar la cuestión del Toco, las dificultades opuestas al tránsito de armas para nuestro país durante la guerra del Chaco, las continuas fricciones por la carga que traemos o llevamos por los puertos de Arica y Antofagasta, las restricciones aduaneras y las discrepancias de tarifas de transporte, los entorpecimientos aún los solucionados con motivo del oleoducto Sica-sica-Oruro; y cien casos que comprueban la mala fe del usurpador y sus autoridades, empeñados en mantener a su capricho la fiscalización indebida sobre el tránsito a Bolivia.

El pacto nefando nunca fué aceptado por el pueblo boliviano. Ha sido repudiado mil veces. He aquí dos opiniones magistrales, entre muchas:

Dice don José Carrasco, estadista y jurisconsulto: "El Tratado de 1904 es revisable porque es el fruto de la victoria y del abuso de la fuerza. Es un pacto que construye un peligro para la paz continental."

Don Eduardo Diez de Medina, internacionalista y diplomático, agrega: "Un individuo que se obliga por contrato a vivir en prisión celular, suscribe un pacto nulo. Un país al cual su gobierno mediante un tratado, le priva de su soberanía marítima, tiene perfecto derecho para desahuciarlo y demandar una parte legítima en los beneficios de que goza la comunidad internacional."

En los últimos años, sobre todo después del agravio del Lauca, ha crecido, en nuestro país, la conciencia del desahucio o revisión de aquel tratado.

Queda por establecer si esa denuncia o esa revisión se harán en acuerdo directo con Chile y Perú, en nivel continental, o por acción de organismos internacionales.

Se ha de dilucidar, asimismo, hasta qué punto conviene utilizar las aguas del Titikaka y su cuenca hidrográfica como instrumento para negociar la salida al Mar.

Estamos en la encrucijada del destino: ya no debemos vacilar. Y la alternativa es ésta: Chile cambia radicalmente su política de abuso y hostilidades contra Bolivia, evolucionando hacia un entendimiento total que comience con la reparación jurídica en el Lauca y termine con la concesión de puerto propio en el Pacífico para el país al cual arrebató su extenso Litoral; **o cambiamos nosotros y damos, para siempre, la espalda a Chile.**

No hay término medio: ser o no ser: La resistencia civil —o enseñó el Mahatma Gandhi— es lícita cuando la fuerza atropella al derecho. Y no hay imperio, imperialismo, ni prusianismo criollo que resista la santa cruzada de un pueblo herido en sus atributos de Nación.

Hagamos la última tentativa, como probanza de nuestro secular pacifismo: busquemos el acuerdo definitivo con Chile y con el respaldo moral del Perú, iniciemos la gran negociación que con devuelva libre acceso al mar, restablezca el derecho de los países ribereños sobre los ríos y aguas. Internacionales, y restituya el equilibrio continental en el Pacífico.

La negociación directa con Chile y el Perú podría ser el mejor camino, si las tres partes ponen buena fe. Así lo aconsejan la sana razón, la experiencia jurídica, la práctica internacional.

Pero si Chile se aferra, esta vez más, a su vieja política de avasallamiento, dilaciones, y se niega a dar paso al legítimo reclamo de nuestro país que busca un acuerdo de equidad para solucionar el viejo pleito marítimo, entonces habrá llegado el instante de adoptar **esa línea inflexible que la Nación reclama en resguardo de su dignidad para defensa de sus derechos.**

Esa solución, no buscada por Bolivia, que le será impuesta mas bien por el peso de las circunstancias, por la incomprensión y la errada política araucana, no puede ser otra que ésta: **cortar toda relación, todo contacto con los chilenos. En lo político, en lo económico, en lo social, en lo comercial, en lo cultural.** No se podrá realizar de inmediato, ciertamente; mas, preparemos las cosas para que en tiempo no muy largo **no venga ni salga un kilo de carga boliviana por Arica y Antofagasta.** O esas ferrovías nos devuelven al Mar o las clausuramos voluntariamente. **Dispongamos que ni una gota del caudal hidrográfico de nuestros Andes descienda al desierto atacameño.** Desviemos todo nuestro comercio de exportación e importación hacia puertos del Perú. Prohibamos la adquisición de productos o manufacturas del mal vecino. No, exportemos un solo gramo de procedencia boliviana a territorio chileno. Cerremos el mercado nacional a capitales de aquel país. Si una vez más somos desoídos y le mantiene el injusto enclaustramiento, busquemos soluciones radicales: **nada chileno en suelo boliviano. Ni**

libros, ni revistas, ni vinos, ni manzanas, ni músicas folklóricas: nada que tenga el sello del usurpador.

Si Chile no se aviene a reparar la injusticia, Bolivia le dará la espalda y buscará mejores vecinos en el continente.

¿Cómo vamos a enfrentar el centenario de la usurpación de nuestro Litoral?

Faltan, apenas, 14 años. Si para entonces no hemos recuperado la salida al Mar, que al menos el tiempo nos encuentre en posición más sólida y más digna: atareados en una empresa colectiva de unidad, de organización, de potenciamiento de todas las energías físicas y humanas del país hacia metas superiores de superación social. ¿Y qué objetivo más alto, para la sociedad nacional de Bolivia enclaustrada, que libertamos por la austeridad y el sacrificio que hacen de un pueblo noble al árbitro de su destino?

Ha llegado la hora de la decisión: Bolivia no puede ya esperar pacientemente detrás de sus montañas. Por 85 años hemos soportado las presiones malignas e insistentes de un enemigo agresivo y pugnaz. **Si Chile no cambia, lo cambiaremos nosotros.** Verdad que carecemos del peso aritmético del número, del potencial demográfico, de la fuerza económica e industrial, y aun de los recursos militares para enfrentar al adversario más desarrollado en el orden material; pero no todas las batallas las gana la fuerza bruta de las conquistas positivas. **Existe también, una fuerza inteligente, rayo de Dios, hija del espíritu, que constituye la reserva de los pueblos infortunados para alzarse a un destino mejor.**

A los chilenos podemos recordarles que Alejandro, el Magno, el mayor conquistador que el mundo ha conocido, recomendaba, después de una guerra, la "homonoia", la concordia que hace felices a los pueblos. Así pensaron, también, nuestros Incas sagacísimos, maestros en el arte de gobernar y aproximar naciones. Y Napoleón, el primer guerrero y político de la época moderna, dejó escrita esta sentencia que yo quisiera grabar en todo pecho chileno:

—**"La espada y el espíritu se disputan el dominio del mundo: y al final siempre el espíritu vence a la espada."**

ELEVACIÓN

Yo sé que hay quienes piensan que el Mar es una piedra, en el camino de Bolivia; que habría que ocuparse de objetivos más útiles. ¡Utilidad: signo de los tiempos! Esos ignoran la constitucional estructura de la nación andina, su historia dramática, su gravitación geográfica, su desarrollo social y espiritual. Del sentir popular nada comprenden. Ni recogen el clamor persistente de la Patria encadenada. ¿Piedra el Mar que incita, acicatea? ¿El Mar que aún lejano da vida y ennoblece? **¿El Mar de los abuelos desdichados, de los padres que se consumieron en desvelo, de los hijos que aguardan la reparación inaplazable? ¿El anhelo de nuestras mujeres que no conocieron la música de la espuma y de las olas? ¿El sueño estremecido de la juventud que ve combarse su dorso formidable en el ámbito nocturno? ¿El que está volviendo siempre en el dolor y en los júbilos del pueblo en las ondas y en las rondas del sentimiento boliviano?** ¿Piedra el Mar que nos asedia y transfigura? ¿Ese soberbio coral sagrado que unifica todas las voces de la Patria en un ímpetu de recuperación y de victoria?

¡Piedra, no! Saeta de Dios. Fuerza invencible, ese puñal sangriento que llevamos clavado en el corazón para recordarnos que pueblo sin tradición y sin memoria no es digno de sobrevivirse. Motor primero. El fuego que nos legaron los antepasados. Mandato de la historia y del destino. Cumbre, altar y lábaro a la vez. La estrella para un renacimiento nacional. En nuestras bocas, himno. En los brazos, aliento creador. Música para el sentimiento. Fuerza impulsara de la voluntad. **Ese trono de zafiros y marfiles que aguarda impaciente a la hija predilecta de Bolívar. Portento de la naturaleza, maravilla de las imaginaciones, misterio primordial y sempiterno. Flecha de luz. Ideal sin término. Paz iracunda. Guerra de los días.**

Ciudad del viento. Meteoro del ensueño. ¡Daga sublime! Y el sueño más hermoso de la vida, porque es el sueño de mi pueblo, el fuerte, heroico y tempestuoso pueblo de los bolivianos.

La fe engendradora, contribuye a crear la realidad. Da un significado a la acción. Es el mundo mismo en cuanto obra del hombre. Si creemos en el Mar, si obramos por el Mar si nos aproximamos en el Mar y en su sentido unificante, el Mar vendrá a nosotros. Palingenesia eterna: no hay frustración en tanto, sobrevive la esperanza.

Pero la realización del magno ideal será más obra de nosotros mismos que concesión del adversario o los vecinos.

El desorden interno ha paralizado la energía nacional. La discordia, la ambición y los rencores ensombrecieron el suelo y el cielo de la Patria, los luchadores y los demagogos impiden un resurgimiento colectivo. **¡No! Bolivia no requiere luchadores, peleadores, azuzadores de pasiones. Necesita gente cristiana, hombres de paz, constructores en el mejor sentido civil.** El día que un ciudadano de este país me diga:

—No tengo enemigos Es posible que algunos antipaticen conmigo, cosa que no puedo evitar; pero yo, personalmente, no tengo enemigos. De nadie cobraré agravios ni a nadie deseo causar daño. Porque en todo boliviano veo un hermano, aun en aquellos que me zahieren y me atacan.

Ese día diré: he aquí el mejor de los bolivianos. La semilla humana que necesitamos para reconstruir esta Nación.

Hombres de conciliación, de entendimiento. Espíritus generosos. Ciudadanos desinteresados del propio lucro porque los mueve el superior afán de servir a su comunidad.

Porque ésta es la verdad inicial que todos debemos aceptar: no se puede pensar gravemente en el ideal del Mar, si no se ordena, previamente, esta nación embarullada y retrasada por obra de los propios bolivianos.

Basta de lirismos, de programas ampulosos, de planes que muchas veces se quedan en el papel, cuando sólo se trata de algo más noble y más sencillo: **convenir en la forma cómo se ha de gobernar este país y acordar un sistema de convivencia que nos permita, a todos, vivir libres de temor y de opresión.**

¿Cuál es el cáncer que va devorando el organismo nacional? Es la propensión a la guerra civil, el uso de la injuria, del palo y del revólver; el abuso del tumulto y de las críticas enconadas. Es ese estado crónico de anarquía en las mentes, de zozobra en las almas, que nos lleva fatalmente a la dispersión y al debilitamiento.

Para volver a la gravitación continental, al respecto de Chile, al propio decoro, tenemos que comenzar por adquirir una conciencia social de paz y de trabajo. Bolivia requiere una cura enérgica de sensatez, de solidaridad nacional, de actividad consciente y ordenada. La inteligencia "que arde día y noche", debe sobreponerse sobre el juego oscuro de los instintos. **El ser primitivo, cederá paso al hombre responsable. Hay que terminar con esta locura colectiva de las supremacías y los exclusivismos. Nadie es más importante que la causa nacional.**

Un llamado a la concordia la será el paso más eficaz para consolidar nuestra política portuaria. ¡Unir, pacificar, ascender en armonía y en esfuerzo solidario!

Bolivia, madre dolorida, quiere restañar sus heridas y apaciguar la cólera en los pechos de sus hijos tormentosos. ¡Basta ya hemos peleado en exceso, hemos construido muy poco! Debemos responder por este divisionismo secular que nos ha costado la mitad del territorio y amenaza desmembrar lo que aún nos queda.

El retorno al Mar no es sólo un ideal, una necesidad de vida, el principio irrenunciable de soberanía plena. Es algo más grave, más hondo todavía: **es la conciencia de nacionalidad que ha de conducirnos a la superación futura, por el camino del honor y del deber.**

"Los pensamientos que llegan con patas de paloma —dice el pensador— son los que gobiernan el mundo." Yo quisiera que los bolivianos mediten en esta sencilla idea: ni las armas, ni la potencia económica, ni la astucia diplomática harán más por la reintegración marítima que el regreso de los bolivianos a la norma cristiana.

Como árbol firme, poderoso, debe crecer en nosotros el sentimiento del Mar y su mensaje.

Esperaremos sin desmayo el Día Magno en que una fuerza nueva ascienda y se exaspere por venas bolivianas: en ella circulará la sangre roja de los temerarios Colorados.

Una invocación a las sombras ilustres de Campero, de Camacho, de Pérez, de Murguía, de Cabrera y de Abaroa. Que las nuevas generaciones sean dignas de las que ya fueron, porque no hay batallas perdidas sino sólo contratiempos del destino. Y el pueblo que sabe tenerse recto en su fé, varonil en su esperanza, constante en su tarea, alcanza siempre sus metas por inaccesibles que aparenten. **Hubo una hora de Chile. Habrá, también, una hora de Bolivia.**

Y una protesta por el cobarde atentado contra el General Barrientos, adalid de la unidad nacional. Esa no era, ciertamente, la respuesta que merecía quien devolvió su libertad al pueblo y su dignidad a las FF.AA.

Bolivianos: desechad la barbarie anti-cristiana, la desunión que debilita, el rencor que aniquila. **Porque hay un tiempo para; destruir y otro para edificar. Como centella misteriosa es nuestra causa. El navío que dirigen las estrellas. Y conducen más lejos los brazos frotamos del justo y del tranquilo.**

Y a Chile sea dicha la última palabra, la oferta final: paz con dignidad, restitución del acceso libre al Pacífico, amistad duradera en los hechos y en el acuerdo recíproco de intereses. **¡O una larga preparación de Bolivia, en concentrada soledad, esa maduración heroica que incuba la suprema rebeldía, y que un día no lejano ha de darnos la fuerza para rasgar las páginas del Tratado Iticuo y arrojarlas al galope de las olas del Mar recuperado!**

NUEVA ESTRATEGIA PARA VOLVER AL MAR (*)

Hay dos palabras sacramentales para el boliviano: Dios y Mar. Una regla la conducta del ser humano, la otra debe guiar la conducta nacional. Nexo sagrado, ambas deberían unir a los bolivianos. Desgraciadamente no es así. Si la palabra "Dios" nos aproxima, el vocablo "Mar" no sólo nos separa; además nos arroja enconadamente unos contra otros. Esto duele, esto es triste, esto debe avergonzarnos. La Patria no puede estar a merced de las facciones.

Por lo mismo que fuimos tantas veces mutilados y golpeados por la adversidad, la seguridad presente y el futuro de la Nación Boliviana deben cobijarse bajo un signo de unidad y cohesión. Hay que transformar la debilidad en fuerza consciente y bien articulada, meta que sólo se alcanzará si comenzamos por entendernos entre nosotros mismos.

(*) Conferencia dictada el 27 de Marzo de 1978 en el Salón de Actos del Colegio Nacional "Ayacucho", a invitación del Profesorado y Alumnos del Colegio Nocturno "Ayacucho".

Necesitamos un distinto planteamiento y una nueva estrategia para volver a las playas del Pacífico. Veamos cómo.

I

El hecho real —histórico, político, social y económico— es que en 1879 fuimos despojados por una guerra de conquista de un extenso y riquísimo Litoral que iba desde el Loa hasta el Paposo, con 400 kilómetros lineales de costa y 150.000 kilómetros cuadrados de superficie. Así quedamos sin contacto con las grandes corrientes marítimas, mutilados y enclaustrados detrás de las Cordilleras. La fuerza bruta nos cerró acceso al Pacífico.

Durante un siglo Chile, el usurpador, creció y se enriqueció con el usufructo de territorios y riquezas que pertenecían a Bolivia. El cobre de Chuquicamata —hasta el nombre es boliviano— los salitreras de Atacama, el extenso litoral marítimo que fue y es de Bolivia, las tierras ricas en fosfatos y en minerales de nuestro departamento del Litoral: he ahí el origen y la energía motriz del engrandecimiento de Arauco. Todo lo debe a Bolivia y si se pudiera calcular lo que Chile percibió por el despojo inicuo, se tendría una cifra astronómica: en cien años disfrutó, ilícitamente, de miles de millones de dólares: ¡Y todavía tendrá el cinismo de pedir compensaciones!

El nuevo planteamiento boliviano debe ser éste: nada de negociaciones bilaterales donde el despojador siempre juega de mala fé. Debemos acudir a la conciencia mundial, a la presión internacional, a nuestro propio crecimiento y fortalecimiento internos, a una diplomacia altiva y agresiva, a todos los recursos que la necesidad y el ingenio humano justifiquen, para exigir no el mísero "corredor" fraguado por la astucia chilena, sino la RESTITUCIÓN jurídica, geográfica y económica que el país austral nos debe. Que se nos devuelva siquiera una parte de lo que fue robado.

Sin compensaciones ni trueques territoriales que Bolivia jamás aceptará. No se trata de un arreglo comercial, ni de rectificaciones de fronteras; se trata de algo mayor: de restituir lo usurpado, de devolver al agredido su derecho al Mar, de asegurar la paz y el equilibrio del continente permanentemente amenazado por una guerra de conquista que rechaza la ley internacional.

Necesitamos una costa marítima de por lo menos cincuenta kilómetros de extensión vinculada a nuestro territorio por una franja terrestre de igual anchura, ambas libres. Independientes y soberanas. Y no daremos compensaciones de ningún género por que los expoliados, perjudicados e impedidos de un desarrollo mayor somos nosotros, los bolivianos.

II

Pero existe una cuestión básica sobre la que no parece estamos todos de acuerdo ¿Qué vamos a pedir si en una mesa de negociaciones se preguntará "que quiere Bolivia"?

Todas las ideas son respetables, todas las tesis valederas. En un siglo no pudimos concordar en la materia. Para los reivindicacionistas rige la devolución de todo lo perdido. Para los practicistas cualquier tipo de solución especialmente Arica. Unos dicen Antofagasta, otros Mejillones, otros Cobija. Los hay partidarios de enclaves en torno a esos puertos. Se ha señalado el acceso por Pisagua. Tocante a Arica circulan tres posibilidades: toda la provincia de Arica para Bolivia, la ciudad y el puerto, o solamente el puerto de Arica. Hay quienes creen que la internacionalización de Arica podría convenirnos. Estas y otras fórmulas han sido planteadas con tal eficacia de argumentación que han terminado por dividir el criterio nacional.

Ya es hora de analizar previsoriamente las ventajas y desventajas de cada una de esas tesis para luego adoptar una sola fórmula neta y definitiva que sirva como eje de la futura estrategia de recuperación marítima.

Cuándo sepamos exactamente qué queremos y qué podemos realizar, será más fácil acortar el plazo para tornar al Mar.

III

Como puntos esenciales para definir nuestra futura política exterior respecto al problema portuario, señalo tres:

1) Dar las espaldas a Chile y buscar el leal entendimiento con el Perú, desde ahora y para siempre. Aunque aparente imposible, podría: ser que con ayuda del Perú regresemos al Pacífico. No se olvide que con esta nación hermana se puede hablar de trueques territoriales porque el Perú nada nos debe.

2) El planteamiento a largo plazo debe ser el que propuse en mi primera conferencia sobre el Mar, hace 30 años en la Universidad Mayor de San Andrés: Bolivia debe crecer por dentro, hacerse grande, fuerte, orgánica. Desarrollar sus potenciales demográfico, económico y militar. Sólo entonces, cuando sea un Estado homogéneo, bien integrado, en constante dinámica de ascenso, podrá hablar de igual a igual con el invasor y exigir la devolución del Litoral usurpado.

Hoy, ciertamente, no estamos en condiciones de suscitar un conflicto bélico. Pero en 20, 30 o 50 años las cosas habrán cambiado. Y ésta es, como pedía el glorioso General Campero la herencia que debemos legar a nuestros hijos, a nuestros nietos o a una cuarta generación: recuperar el Litoral que tarde o temprano debe reincorporarse a la gran heredad andina.

3) El objetivo inmediato o a corto plazo debe girar en torno a la solución transitoria: un puerto libre y soberano sobre el Pacífico, con la suficiente amplitud para cubrir las necesidades del comercio y del desarrollo de nuestro país en los próximos cincuenta años.

Nada de limosnas ni de regateos. Menos de condicionamientos oprobiosos. Ni compensaciones de ninguna laya. Chile tiene que restituir lo robado, siquiera sea en parte. Y éste debe ser nuestro objetivo inmediato.

IV

Si nada se obtiene de parte de Chile ni de parte del Perú, si se demostrara que ninguna de ambas naciones desea vernos concurrir como Estado Soberano al Pacífico, entonces nos quedará el gran recurso que el destino reserva a los países acosados por el infortunio: la imaginación, la voluntad.

Ninguna hipótesis es absurda si la respaldan la fe nacional, la decisión colectiva.

Podemos pensar en la creación de una gran infraestructura aérea que gradualmente vaya sustituyendo las comunicaciones marítimas y terrestres.

Podemos pensar en la creación de un gran puerto artificial aguas adentro como ya se ha hecho en el Japón en menor escala:

Podemos pensar en ligar la zona franca que los argentinos nos han cedido en Rosario, mediante un aeropuerto boliviano en esa misma zona. Por esa doble combinación aérea y marítima podríamos desviar buena parte de las carga nacional hacia el Atlántico.

Podemos pensar en arrendar una isla a Venezuela. Así. No nos dan acceso marino en el Pacífico, podríamos tenerlo en el Caribe.

Podemos pensar en nuevas y modernas formas de vinculación con Ecuador o con Colombia, para poder llegar por sus puertos y vías comunicatorias al océano.

Podemos pensar en dragar y unir nuestros sistemas fluviales del noroeste con la cuenca amazónica. Tampoco será imposible lograr un enclave soberano al norte del Brasil.

Podemos pensar en conceder la bandera y soberanía de Bolivia a una grande flota de navíos de pasajeros y de carga, que surquen todos los mares con nuestro pabellón.

Podemos instaurar una nueva modalidad de política continental con Argentina. Brasil. Venezuela. Colombia. Perú y Panamá que son los que mayormente apoyan nuestra causa, para que no sólo el tráfico comercial de y a Bolivia goce de franquicias especiales, sino que nuestros propios ciudadanos disfruten de una suerte de extraterritorialidad en esas naciones.

Podemos pensar en otras fórmulas más. Unas parecerán utópicas, otras menos difíciles. Al final brotará una que satisfaga siquiera en parte y momentáneamente nuestra necesidad biológica de contacto directo con las grandes rutas marítimas.

V

Imaginar no es difícil; mucho más complicado es ejercer la voluntad.

Los bolivianos tenemos, todos, el deseo de llegar al Mar. Pero no todos tienen la voluntad para lograr el grande objetivo.

Voluntad, en el problema marítimo, no consiste únicamente en proclamar la decisión de vencer. Voluntad en los grandes contrastes y dificultades de los pueblos significa esfuerzo, paciencia, constancia, solidaridad, coraje, sacrificio. Significa renunciamiento a lo placentero y lo superfluo para concentrarse en lo esencial. Significa unidad interna, entrega voluntaria a un ideal superior de justicia. Significa también escuela severa de orden, disciplina y estabilidad social.

O sea que el Mar sólo volverá a nosotros si somos dignos de luchar y esforzamos por su rescate. Si a la previsión unimos el valor, a la vigilancia el estoicismo, a la perseverancia la dinámica de acción.

La primera batalla que los bolivianos tienen que ganar para volver al Pacífico es la batalla interior. Tenemos que reconocemos y entendemos entre bolivianos antes de comprendernos con los demás.

Y éste combate de la Voluntad se ha de ganar creando una nueva conciencia nacional de unidad y sacrificio. Volviéndonos más sensatos, más tolerantes, más comprensivos y solidarios entre bolivianos. Menos díscolos y criticones. Menos revoltosos.

La batalla de la voluntad no puede ganarse con Bolivia dividida en dos mitades. Por eso yo propuse que Gobierno y Oposición deberían llegar a un acuerdo de conjunto para repartir, aunque fuese, en proporciones desiguales las situaciones, cargas y responsabilidades del poder, acercando principios y aproximando puntos de programas.

Sólo ese gran Entendimiento Interno que debería regir por largo plazo, hará factible el Estado Nacional grande, fuerte y homogéneo que todos soñamos.

VI

En esto de forjar el carácter de los individuos y la fisonomía nacional, hay algo que nos toca muy de cerca.

Nadie discute que el latrocinio del Pacífico tiene la culpa mayor —y muy mayor— Chile. Pero también a los bolivianos nos toca nuestra cuota de responsabilidad.

Santa Cruz tardó dos meses en viajar de Sucre a Cobija porque no habían caminos. Al estallar la guerra no teníamos ni 2.500 hombres en armas y en toda ella nos faltaron armamento y municiones. Cuando Chile ocupó los puertos bolivianos estos estaban desguarnecidos y para colmo de 6.000 pobladores que entonces tenía Antofagasta 4.800 eran chilenos. Hay más: en pleno conflicto, la Nación estuvo dividida. Hubo motines, alzamientos y actitudes discordantes. Sólo en 1880 la desgracia devolvió la sensatez y la unión a los bolivianos.

Otro caso. En 1961, cuando Bolivia sufría la agresión geográfica de Chile en el Lauca, el cable anunciaba que los 19 partidos políticos de ese país visitaron al Presidente Alessandri para ofrecerle su respaldo incluyendo el partido comunista. Eso es civismo. En nuestra Patria, lamentablemente, siempre anduvimos divididos y enconados: en la Guerra del Pacífico, en la Guerra del Chaco, en las diversas negociaciones para volver al Pacífico, en el conflicto del Lauca y ahora mismo en que gastamos nuestras mejores energías con inculpaciones fratricidas que debilitan el frente interno.

Es que entre nosotros escasean los austeros patriotas y abundan los politiqueros, los sabios y los detentadores de fórmulas mágicas y exclusivas para recuperar el litoral.

Esa dispersión de criterios, ese encono entre grupos y ciudadanos deben desaparecer. Tenemos la responsabilidad de legar una Patria fuerte y unida a nuestros hijos.

VII

Tocante al desahucio del Tratado de 1904. No podemos hacerlo porque además del peligro bélico eso significaría descomponer y paralizar todo nuestro tráfico comercial por Arica y Antofagasta.

Pero lo que sí podemos hacer es gestionar ante organismos internacionales como OEA y NN.UU., la revisión del Tratado de 1904 por lesivo, injusto y atentatorio de la ley internacional.

Aquello de la intangibilidad de los Tratados es cosa muerta. Lo acaba de demostrar la pequeña Panamá obteniendo de los poderosos EE.UU. la revisión del Tratado del Canal de principios de siglo, por un nuevo pacto más humano y equitativo que restituye al débil la soberanía que le usurpaba un convenio pactado por el abuso de la fuerza.

Análogo es nuestro caso. El pacto Inicuo fué suscrito al amparo de la amenaza de invasión militar, por el dogal aduanero y contra la voluntad del pueblo boliviano.

No hagamos recriminaciones inútiles. Recuérdese que en ese tiempo corrían aires y palabras de corte prusiano en la América del Sur. Del prepotente König al geopolítico Pinochet no han cambiado mucho las cosas. En el Pacífico o en la zona austral Chile sigue su política imperialista de expansión succionamiento de territorios ajenos. Parece que ni la débil Bolivia ni la poderosa: Argentina, pueden, todavía, hacer nada contra las uñas largas del depredador araucano.

En este punto nuestra posición es clara y contará con el respaldo mundial: un Tratado es nulo de derecho, inadmisibles de hecho, cuando fué impuesto por los cañones, cuando vulnera el patrimonio y la dignidad de uno de los pactantes, cuando está asfixiando la vida y el desarrollo del Estado-víctima en favor del Estado-victimario.

Debemos emprender sin dilación la campaña por la Revisión del ominoso Tratado de 1904.

VIII

A veces los pequeños dan lecciones de grandeza a los mayores.

El pequeño y valeroso Panamá rebelándose contra la división de su país en la zona norteamericana y la zona panameña, impuso esta fórmula magistral:

"UN SOLO PAÍS, UNA SOLA BANDERA"

Esta debiera ser, también, la consigna boliviana:

"¡UN SOLO ANHELO, UNA SOLA VOLUNTAD: LLEGAR AL MAR"

¿Pero cómo llegar a conciliar criterios, a encontrar la fórmula benéfica que nos ponga de acuerdo en el nuevo planteamiento y en la nueva estrategia de recuperación marítima?

Dada la abundancia de opinantes en la materia, y para evitar que prosiga la discusión babélica de lo que conviene y lo que no conviene, acaso lo más prudente sería que cada departamento reuniendo sus fuerzas vivas y sus mejores hombres, sin distinción de clases sociales ni de partidos de gobierno o de oposición, eleve su parecer. Estos nueve criterios serían evaluados por el próximo Congreso, el que aprobaría luego la Tesis Nacional y la nueva estrategia para retornar al Pacífico.

IX

Es natural que durante la Semana del Mar se hayan difundido injurias y expresando protestas vehementes contra el usurpador.

Ahora debemos proceder con serenidad, con la cultura que distingue a nuestro pueblo. Debemos proscribir los insultos y las actitudes violentas. No es con explosiones pasionales ni verbales como se ganan las grandes batallas de la Justicia.

Como lo ha dicho el Presidente Banzer, los chilenos son también seres humanos. Los que residen en Bolivia merecen consideración, máxime los que fundaron hogar y habitan muchos años en este país. Aparte de este aspecto que atañe a nuestro decoro de país civilizado, piénsese que hay millares de compatriotas que residen en Chile. El respeto que pedimos para ellos, debemos otorgarlo también a los chilenos que habitan en Bolivia.

Otra cosa es que, por su dignidad y conveniencia, los hijos de Arauco que vinieron a Bolivia después del encuentro de Charaña, debieran buscar el retorno a su patria.

X

Otro asunto muy grave en nuestra pedagogía marítima —¿el Mar no es el motor primero, de nuestra didascalía civil?— es el que se refiere al vocablo "frustración."

Palabra que debemos suprimir del léxico nacional.

No hay frustraciones, sólo etapas adversas pero pasajeras del acontecer colectivo. Cuando Tamayo, Zambrana y Canelas fueron a Ginebra no fuimos escuchados. Cuando el gobierno de Saavedra por nota del Canciller Diez de Medina planteó a Chile la revisión del Tratado de 1904 no se accedió a nuestro pedido. Las notas de 1950 y 1961 que prometían solución a nuestro enclaustramiento no fueron cumplidas por el usurpador. El encuentro de Charaña ha terminado en nuevo desengaño y la mala fe chilena quedó al descubierto.

Pero estos hechos y muchos otros de las relaciones boliviano-chilenas en casi un siglo no desembocan en frustración. Porque frustración significa fracasar. Y los bolivianos no hemos fracasado, no hemos perdido la fe ni la esperanza, no hemos abdicado de la sagrada voluntad de recuperar nuestro Litoral.

Háblese de decepción, de desengaño, no de frustración.

La lucha por el Mar que los bolivianos creemos, todavía, que se puede ganar pacíficamente, por la diplomacia y la negociación, por la presión mundial y el respaldo continental, por el predominio del derecho y la justicia sobre los excesos del más fuerte, dura ya un siglo. Ignoramos cuanto más se prolongara.

¡Ay de los pusilámines que se acobardan y flaquean al peso de los contrastes! Honor a los valerosos que se crecen con los infortunios y vuelven a levantarse para desafiar al Destino!

XI

El divisionismo y las luchas fratricidas fueron la ruina de Bolivia en el pasado. Que no lo sigan siendo en el presente.

La causa marítima debe unimos, no separarnos.

Pertenezco a la tercera generación de Diez de Medina que envejecieron defendiendo los derechos de la Patria. Por esa larga tradición de civismo y con la experiencia que me otorgan 50 años de servicio como escritor y periodista vinculado al país y sus problemas, me atrevo a consignar estas frases que condensan mi inquietud y mi angustia, pero también mi fé y mi esperanza por llamarme boliviano:

—Esta Patria está llamada a grandes destinos. El Mar tiene que venir y vendrá. Pero el esfuerzo mayor tenemos que realizarlo los propios bolivianos. Hay que vencer el regionalismo, la discordia civil, enconos y ambiciones. Crear una conciencia nacional por encima de las consignas de partido. Una conducta comunitaria que nos fortifique y enaltezca.

—Sobrevendrán tiempos difíciles, años duros, pesados contrastes. Este joven país esta todavía en formación y los fuertes Estados no se constituyen sin dolor, sin desgarramientos. Pero el Espíritu vence, siempre, de la Espada y de la Adversidad. Toda fuerza creativa es emanación interior: somos los bolivianos los arquitectos de nuestro destino futuro. Ningún poder podrá desviarnos de la Marcha hacia el Mar. Fuerza alguna impedirá que el grandioso Kollasuyo renazca en la nueva Bolivia que se dibuja ya bajo el arco del segundo milenio.

Y la única recompensa que el soñador pide a los Dioses, aunque para entonces ya dormirá el último sueño bajo la tierra sacrosanta del terruño, es que pueda sobrevivir en las células del nieto o del biznieto que integrando las legiones militares de la Patria entre a Santiago bayoneta calada, al grito memorable de:

"¡Agarrarse rotos, que aquí entran los Colorados de Bolivia!"

ARTÍCULOS DE PRENSA

1961 — 1978

NUESTRA SALIDA AL MAR

PRECEPTO CONSTITUCIONAL (*)

En el debate sobre reformas constitucionales, iniciado en el Parlamento, se ha olvidado un asunto esencial: la reintegración marítima de Bolivia.

Si la Constitución es la ley fundamental que organiza un Estado, el derecho que emana del pueblo para darse el sistema de gobierno y las formas jurídicas que normen la vida civil, lo primero que se ha de preguntar al legislador que revisa la Carta es: qué piensa, que busca, qué quiere la colectividad que le confió su representación.

Desde 1880 el pueblo boliviano piensa, busca, quiere su reintegración marítima. Es el supremo ideal de la Nación enclaustrada. La fuerza invisible que nos mueve hacia el progreso. El motor primero, "anima animans" de la gente andina.

En el conjunto de leyes que determina la estructura del Estado y garantiza los derechos de los ciudadanos, sea en su parte dogmática o en su aspecto orgánico, parece difícil acomodar un artículo que establezca la salida al mar como principio de acción, como norte dinámico de la Nación Boliviana, porque la Carta Magna no es un programa de gobierno. Pero sí será lícito el enunciado y cabe consignarlo como expresión indeclinable de la voluntad popular. Debe darse consistencia jurídica a ese alto ideal nacional —suprema lex— que señala a las generaciones el camino de la verdad, de la reparación que la República se debe a sí misma.

Y no se hable de romanticismo y tradición, porque éste sería, políticamente hablando, un acto revolucionario acorde con el tiempo: los pueblos tienen el deber de proclamar sus derechos y de afirmar sus necesidades vitales, partiendo del cimiento legal que legitima su existencia.

¿Qué piensa, qué busca, qué anhela Bolivia?

¡Su salida al Mar!

Este deseo impostergable de romper la servidumbre económica y el aislamiento geográfico, esta necesidad biológica de libre acceso al océano, deben consignarse en la Carta Magna. Que la ley consagre lo que manda la voluntad colectiva.

La nueva Constitución debe expresar claramente, serenamente, el buen derecho boliviano para volver al Pacífico.

Porque el legislador no ha de mirar tan solo a la necesidad presente, a las ideas y costumbres cambiantes del contorno, sino al crisol interior de la conciencia cívica que es como el estatuto moral de las naciones.

¿Patria mutilada? No es patria verdadera. Ni entera. Como mística portuaria debe encender las voluntades y conmover los corazones. Hay un mar que nos espera...

Si el Parlamento tiene el oído fino, si se siente intérprete de los anhelos populares, transforme el ideal perentorio de reintegración marítima en precepto constitucional.

Los partidos políticos, cualquiera que sea su ideología, deben incorporar a sus programas este principio básico, elemental, vital y substancial: la salida oceánica.

(*) A partir del presente artículo, los que siguen, fueron publicados en la prensa nacional entre los años 1961 y 1978.

Muchos de nuestros males arrancan de la insularidad. Si legislar es prevenir ¿qué ventana mejor y qué puerta más ancha para rescatarnos del presente incierto, que aquellas que nos devuelvan acceso y soberanía al extenso Litoral que tuvimos sobre el Pacífico?

No habrá mudanza jurídica ni revolución social perdurables, donde no se consulte y se sirva el sentimiento profundo, la voluntad irrenunciable del pueblo boliviano.

¡Volver al Mar! Esta es nuestra consigna permanente de Nación.

HABLAR CLARO CON CHILE

1

Hay un drama, en América, que va para el siglo. Lo protagonizan Bolivia y Chile. Siempre una víctima, siempre un agresor. Tiene, por ahora, cuatro actos: el despojo en 1879; la farsa jurídica que impusieron los cañones en 1904; las salitreras del Toco en 1912; el río Lauca en 1961. Acto suprimido: el río Mauri en 1921 porque el atropello se evitó.

Pero el Mundo Libre proclama el principio de igualdad entre los Estados, la norma jurídica para regular la convivencia internacional. Se basa en la libertad y actúa en la justicia. No deben subsistir víctimas ni agresores. Y si vamos a salvar la civilización cristiana de la horda comunista, debemos comenzar por imponer el Derecho y la Moral entre naciones.

Hablemos claro con Chile. Así nos entenderemos mejor. Porque se ha de defender un derecho actual y definir una política futura. Queremos amistad limpia, no enmascarada. Y marcharemos juntos o desunidos en el porvenir, pero desde hoy en plano de igualdad.

2

Resumiendo las opiniones vertidas en la prensa nacional, el caso del Lauca se presenta así:

Establece la doctrina internacional en materia de ríos sucesorios —o sea aquellos que atraviesan dos o más territorios— que el propietario del curso superior de un río internacional no puede desviar ni utilizar porcentaje alguno de su caudal. Sin previo asentimiento del propietario del curso inferior de dicho río.

Este principio jurídico fue ratificado en el Tratado de Montevideo de 1933 firmado por Bolivia y por Chile.

En 1939, Chile manifestó su deseo de desviar las aguas del río Lauca —que nace en su territorio y desemboca en nuestro Lago Coipasa— para irrigar el valle del Azapa. Bolivia se opuso con extenso y fundado alegato a tal medida.

Existían negociaciones en curso para buscar solución amigable al problema.

Habiendo sido reservada la información de nuestro Canciller a la Cámara Baja, ignoramos qué hizo Bolivia durante los 22 años transcurridos para defender su derecho sobre el Lauca y la geografía económica de la extensa región que aquel baña en el altiplano andino. Pero si se sabe que Chile ha construido una usina hidroeléctrica en Chaquipiña que será movida con las aguas del Lauca, las que luego serán desviadas para irrigar el valle desértico de Azapa en flagrante violación de las normas internacionales.

Es pues legítima la indignación de los bolivianos.

Y la H. Cámara ha definido certeramente el atropello: "...la desviación de las aguas del río Lauca por Chile, es una violación de las normas y principios internacionales, y un acto de agresión geográfica y de usurpación territorial..."

3

Se ha demostrado ya, con abundancia de argumentos, que Chile en forma arbitraria y unilateral, ha desviado las aguas del Lauca para su propio provecho y con grave daño para Bolivia. Este río pertenece a la cuenca hidrográfica del altiplano boliviano, y su desvío artificial hacia el Pacífico entraña una doble violación: del derecho boliviano a participar en su uso, aprovechamiento y modificación del curso de sus aguas; y del compromiso chileno que consagra la Declaración de Montevideo en esta materia.

¿Vamos a resignarnos al hecho consumado, admitiendo la lesión geográfica y la agresión económica?

Por su sola voluntad Chile, desde afuera, alterará todo el "habitat" ribereño del Lauca en el altiplano boliviano, nos privará de un afluente del Lago Coipasa, provocará sequías, bruscos cambios climáticos, éxodos campesinos, trastornos a la agricultura y a la ganadería: de esa vasta región.

¡Famoso precedente, ludibrio para América! Se suspende el Derecho Internacional a voluntad del más fuerte y en perjuicio del más débil.

4

Alta política internacional, mezquina conjura fronteriza.

Once años atrás, oponiéndose a la oferta chilena de un corredor marítimo a cambio del aprovechamiento de las aguas del Lago Titicaca para irrigar el desierto de Tarapacá, dijo Tamayo estas frases memorables:

"Si el cielo se apiada de Bolivia y la propuesta chilena es rechazada, prevengo a los bolivianos: una serie de hostilidades caerá sobre Bolivia. Es inútil que el continente esté prevenido".

Y más allá, profético y angustiado añadía: "La sola salvación de Chile es el zarpazo al corazón de Bolivia".

El puñal del Lauca en nuestra espalda es el primer aviso.

¿Existen, todavía, bolivianos que creen en la amistad chilena?

Pobres incautos. Esa política de almíbares con el usurpado del 79 será funesta. Ni debió construirse el oleoducto Sica-sica Arica. Cada concesión que hacemos a Chile en materia económica, es un paso que damos hacia el abismo.

Hablar claro con Chile y obrar con previsión y dignidad. No hay otro camino.

¿Hay ultraje y lesión en el caso del Lauca que mañana pueden multiplicarse por una artera jurisprudencia de facto?

Respondamos desviando todo nuestro comercio de exportación e importación a los puertos peruanos de Moliendo y Matarani. Que Arica perezca privada de la savia boliviana.

Y no queremos libros, revistas, ni mercaderías del Mapocho.

¡Si Chile persiste en el agravio, dar la espalda a Chile!

Una pregunta dolorosa que la angustia patriótica pone en todo labio:

¿Existe la diplomacia boliviana y de qué se ocupa?

7

Es necesario despertar a la trágica realidad circundante. Vivimos acosados. Brasil aceptó a regañadientes los acuerdos del Roboré. ¿Los cumplirá? Hay una frontera por delimitar. La explotación petrolífera y la penetración económica al oriente y al noroeste de Bolivia justifican la "marcha al oeste" de los estrategas de Itamarty. Brasil es un imperialismo en nacimiento y Bolivia el punto más débil de la cadena que lo resiste. El Perú pretende imitar a Chile, disponiendo por sí solo de las aguas del Lago Titicaca. ¿Nos darán cuenta de lo obrado como en el caso del Lauca? Paraguay no ha cesado de codiciar nuestro petróleo. ¿Será el Chovoreca, instrumento de futuras discordias? Chile puede repetir en otros ríos lo que ha hecho en el Lauca. No es un secreto que codicia nuestros Lípez. Por el momento el único vecino en cuya amistad podemos confiar sería la Argentina. ¿Resistirá esa amistad una situación de hecho, la presión de los otros circunvecinos mejor desarrollados que nosotros?

La historia internacional de Bolivia puede resumirse en esta frase: buscamos amigos y encontramos tiburones. Fuimos despedazados por los cuatro costados.

Frente a la realidad histórica, al cinturón de economías agresivas que nos acosa ¿cuál es nuestra política exterior?

Teóricamente Bolivia quiere ser una fuerza reguladora del equilibrio continental. En el hecho estamos prácticamente aislados; somos la presa inerte para el acoso convergente de los vecinos.

8

En la fricción interna hemos descuidado el horizonte.

El drama boliviano es uno, de incuria y espejismo. Sería ingenuo sostener que estamos dentro de la dinámica moderna. Nuestra voz se apaga en las Cancillerías y no se escucha ya en las asambleas internacionales.

Estos factores negativos pueden y deben superarse.

La primera línea de defensa de un país es su política internacional y la diplomacia que la sirve. Dinamicemos la nuestra, que sea una fuerza activa, vigilante y operante, defensora eficaz de los derechos bolivianos, servidora eficiente de sus intereses.

9

La batalla por el Lauca no está perdida. Si no se llega al acuerdo directo entre partes, Bolivia debe acudir a los organismos internacionales. Hay que sacudir la conciencia del continente.

La nueva agresión de Chile es más peligrosa por sus consecuencias futuras que por el daño presente.

Condenados a la mediterraneidad por la voracidad del araucano, no aceptaremos este nuevo tipo de prusianismo industrial que quiere poblar matando.

La desviación de las aguas del río Lauca constituye un punto canceroso en el sistema americano.

Se lo extirpa a tiempo o el futuro devolverá las naciones del continente a la caverna y al garrote.

10

Todos los bolivianos estamos con el Gobierno en el duro trance provocado por Chile. ¿Pero recoge el Gobierno el sentimiento de todos los bolivianos?

La consigna de partido debe ceder al interés nacional.

Terminen la censura de prensa, las revoluciones verdaderas y fraguadas, el exilio permanente, los divisionismos estériles, las huelgas inmotivadas, los rencores entre bolivianos.

No es admisible que sólo el peligro externo nos devuelva a la conciencia de nación.

Pacificar, atraer, unir: he aquí el deber de los que mandan.

Chile buscó acuerdo con el Perú cuando lo vió fuerte y compacto. Chile nos agradece —y no será la última vez— porque conoce nuestra debilidad y nuestro desorden.

Si queremos afirmar la estabilidad interna y la respetabilidad exterior, asegurar la armonía entre bolivianos.

No existe fuerza mayor.

11

Lucharemos sin descanso hasta que se repare la injusticia del Lauca. Que sea el último descalabro en nuestra azarosa vida internacional. Porque todos somos responsables en las desventuras de la Patria.

12

Tocante a Chile reflexionemos con altiva lucidez: ni mar ni bien alguno vendrán para nosotros del Mapocho.

Debemos hacernos fuertes, crecer, afirmamos como nación orgánica, sin olvidar jamás el ideal diamantino de los bisabuelos:

La reintegración marítima de Bolivia como suprema meta e engrandecimiento nacional.

Bolivia no agoniza. Padece una crisis de confianza, un desorden económico, un dolor de crecimiento que serán superados vencidos.

La puñalada traperera del Lauca es un aviso y una lección. ¡Sabremos responderlos!

RESTITUCIÓN DEL LITORAL USURPADO

El 22 se cumple el centenario de la fundación de Antofagasta. Diez años más y llegaremos a la centuria del despojo inicuo. Estos dos hechos significativos en nuestra problemática portuaria, me inducen a entregar estas ideas a la meditación de los bolivianos. Ellas no comprometen el criterio del Gobierno, al margen del cual emito estos conceptos como escritor y ciudadano,

empeñado por tradición familiar y convicción patriótica en el gran debate de la reintegración marítima.

No existe, infortunadamente, una posición nacional definida, neta, unificante en torno al retorno al Pacífico con puerto o puertos propios, libres, soberanos.

Deberíamos plantear: Bolivia afirma su anhelo irrenunciable, su legítimo derecho a reivindicar su Departamento del Litoral en su integridad territorial y marítima.

Desgraciadamente no todos comparten este punto de vista. A lo largo de 90 años se han expuesto las tesis más dispares, desde la reintegración total de lo perdido hasta el simple corredor que iría a desembocar a una caleta menguada. Arica, Antofagasta, Mejillones, puertos por nacer, enclaves, zonas internacionalizadas sobre la base de complejos industriales fascinan a los teóricos que analizan el magno problema. Lo evidente es que ningún gobierno logró, todavía, compactar a Nación y Pueblo en los puntos básicos de partida, en la estrategia marítima, en la solución final que nos devuelva el patrimonio arrebatado y nos restituya libre acceso al mar.

Este debate esclarecedor debe abrirse impostergablemente. ¿Qué somos, qué buscamos, y cuáles las metas y los métodos para unificar a los bolivianos en una sola conciencia marítima que nos permita gravitar nuevamente sobre el Pacífico?

Este es el punto de arranque del cual Bolivia debe partir. Y es lo que esperan Chile, Perú, la América toda, sordos a nuestra demanda acaso porque no supimos plantearla con decisión, constancia y en ejemplar afirmación de unidad nacional.

El señor Presidente de la República, con lúcida apreciación de la circunstancia interna y de la mediterraneidad circundante, ha definido dos tomas de posición realmente constructivas:

Una, planteando la consigna del desarrollo económico y de la promoción social para integrar y fortalecer la Nación desde adentro, antes de proyectarla a la gran empresa de la recuperación marítima.

Dos, estableciendo con firmeza irreductible que la reanudación de relaciones con Chile y la real integración del continente, exigen como condición previa: o simultánea la salida al océano Pacífico de Bolivia por puerto propio y soberano.

El general Barrientos Ortuño conduce con habilidad y sentido realista nuestra política internacional. Prepara el país y guía al pueblo para enfrentar mayores obstáculos en la política portuaria.

La salida al mar, mediante puerto propio, soberano, es la solución a corto plazo. Quiero apartarme del tiempo inmediato, de la inminente realidad, para pensar en términos de futuro y lejanía.

La vida de las naciones no se cuenta por años ni decenios sino por la voluntad de ser, de persistir, de engrandecimiento que anima a los pueblos que las constituyen. No hay fatalismo histórico, absurdo geográfico ni conflicto humano que no puedan ser superados. El destino es la voluntad del hombre y la Nación la hazaña de las generaciones. Bolivia, hija de la adversidad y la desdicha, está doblemente obligada a mirar lejos y pensar en largos plazos.

Cierto día un Presidente del Perú me dijo estas palabras proféticas:

—Tardaremos veinte años, cincuenta años, cien años; pero el pueblo y el ejército peruanos recuperarán Tarapacá.

Verdad que nosotros no tenemos el potencial demográfico, económico ni militar del Perú. Hoy sería suicida reflexionar en términos análogos. ¿Más, qué son veinte, cincuenta o cien años en la vida de un pueblo? ¿Por qué no alzar vida, consigna, visión y esfuerzo creador al lejano horizonte de los tiempos?

Está bien claro ya: ni Chile, ni el Perú ni las Américas nos darán salida libre y soberana al Pacífico.

Nosotros sostenemos: guerristas no revanchistas no. Pero amos de lo nuestro sí.

El nuevo planteamiento debe ser éste: Bolivia afirma su anhelo irrenunciable, su legítimo derecho a reivindicar la totalidad del Litoral con sus 66.000 Kms.2 de Superficie y sus 400 kilómetros lineales de costa comprendiendo los cuatro puertos principales: Cobija, Tocopilla, Mejillones, Antofagasta.

Se dirá que esto es, hoy, utópico, ilusorio, irrealizable. Aparentemente sí. ¿Más, qué son imposibles y obstáculos para una voluntad nacional? Simples tramos de un camino que tiempo e historia no pueden detener.

Si Bolivia prepara sus generaciones y las eslabona en un proceso sostenido de regreso al mar, afirmando una conciencia interna de integración y desarrollo; desarrollando los polos económicos que la lleven a gravitar simultáneamente al Pacífico, al Amazonas y al Plata; desarrollando una hábil estrategia comercial y diplomática; dinamizando su política internacional para crear corrientes de influencia inmediata en el acontecer continental; adecuándose rápidamente a los cambios tecnológicos y a las 'necesidades crecientes de la nueva sociedad mundial, podrá, nuevamente, ser dueña de lo suyo.

El tiempo y la justicia trabajan para ella.

Exigimos la restitución del Litoral usurpado. Esta debe ser "ab initio" la posición boliviana.

Es la hora de devolver a Chile el gratuito agravio de la "polonización" inventado por alguno de sus publicistas.

¡Estupenda insensatez! Pretender desconocer la realidad histórica, geográfica, económica y social del Estado Nacional más entrañablemente representativo de la América del Sur. Bolivia, corazón del continente por la naturaleza, por designio geográfico, por razón histórica, centro convergente e irradiador a la vez de las economías y los pueblos, existirá mientras subsista la América del Sur.

No seremos los más grandes ni los más fuertes, pero poseemos el mayor acervo cultural en la tradición americana. Una voluntad de ser indeclinable. La mejor carga de energía espiritual que tocó a país alguno. Y si fuésemos a pensar con esa lógica del absurdo que utilizan algunos publicistas del Mapocho podríamos preguntar: ¿y qué razón tiene de existir Chile, la nación austral, edificada en buena parte sobre territorios ajenos? Esa "loca geografía", apretada en una estrecha faja que delira entre la costa y la cordillera, produjo lo mejor de su industria y de su expansión económica sobre riquezas peruanas y bolivianas. Es fruto de la agresión y del despojo.

¿Qué futuro aguarda a los prusianos del sur?

Si Chile no se incorpora lealmente a la política de integraciones regionales, abandonando sus consignas de avasallamiento, si no soluciona el problema de nuestra mediterraneidad para liberarse de esa "conciencia de culpa" que lo desmedra ante el mundo, no podrá formar parte de la nueva América que se quiere levantar sobre el Derecho, la Justicia y la verdadera solidaridad de nuestras jóvenes repúblicas.

La fuerza no puede prevalecer sobre el derecho. Tarapacá es del Perú como, el Litoral es de Bolivia. Verdades inconcusas que tratados efímeros y pactos impuestos no pueden ahuyentar.

No seamos ingenuos: ni el Grupo Andino, ni ALALC, ni la Cuenca del Plata, ni el Sistema Amazónico nos engrandecerán. Estos mecanismos de integración regional nos mantendrán siempre tributarios y atrasados, mientras no alcancemos a regular por nosotros mismos el transporte, el tráfico, las tarifas, las aduanas, el movimiento portuario y todo eso que, en conjunto, constituye el acceso directo, libre y soberano a las vías marítimas.

Que no nos adormezcan los señuelos del camino a Iquique, las mejoras técnicas y facilidades en Arica, la irrigación del desierto chileno con las aguas del Titikaka. Son trampas para mantener nuestra dependencia que arma el usurpador.

De hoy, en adelante, no realizar nada que potencie el norte chileno. Este sería el primer paso, el imperativo de nuestra defensa nacional. Por la grandeza de su causa, por la santidad de su derecho, Bolivia debe adoptar la tesis nacional de la Restitución del Litoral Usurpado.

La solución militar puede no ser la más práctica ni la más próxima, pero tampoco debe ser descartada. Todo es posible si la Nación resuelve conducir su destino.

Esta es, apenas, la introducción al tema. Posteriormente fundamentaré la idea y extenderé sus proyecciones.

Ha terminado la etapa del gimoteo y de los estériles reclamos. La voz de Bolivia debe resonar como trueno amenazante en los oídos araucanos. Por encima de la diplomacia gaseosa e hipócrita, de la fementida amistad, la Nación Enclaustrada debe hablar un nuevo lenguaje de verdad y de firmeza en el ámbito continental:

—Pido lo que es mío, apelo al Derecho sobre la fuerza, exijo justicia en la convivencia internacional.

Bolivia encerrada y mutilada en el corazón del hemisferio, es una llaga abierta que ofende y desmedra a la gran patria sudamericana.

Seamos dignos de un futuro mejor creando esa conciencia restitutoria que unifique, galvanice, y proyecte las energías bolivianas hacia un solo, supremo y grandioso objetivo nacional: romper el cautiverio, volver al Litoral!

DE UNA SOLA VEZ Y PARA SIEMPRE

Las negociaciones con Chile para romper nuestro enclaustramiento, entran a su cauce álgido: estudiar y ajustar las condiciones para el acuerdo final. Bolivia volvería al Pacífico, en plenitud de soberanía. Chile habría reparado el despojo de 1879, aunque sea en parte mínima. Y si llega la aquiescencia peruana —como se espera— los tres ex-beligerantes podrían avanzar a una era de entendimiento político, de desarrollo compartido, de alejamiento definitivo del espectro bélico.

En la etapa inicial, lo avanzado hasta hoy entraña una victoria boliviana con peligros. En seguida explicaré en qué radical esa victoria y cómo se yerguen los peligros. Pero antes será justo reconocer el patriotismo, la firmeza, la zagacidad y por qué no decirlo el coraje (se requiere coraje para negociar con Chile, tantas veces burlador de sus promesas) con que actuaron los negociadores bolivianos; concretamente el Presidente Banzer, nuestra Cancillería y el embajador Gutiérrez Veá-Murguía.

Estos hombres merecen la gratitud nacional, cualquiera que sea el desenlace final. Buscaron honestamente y esforzadamente dar solución al magno problema. Y siguen en ello.

La victoria boliviana consiste en que por primera vez en 95 años, al reconocer nuestro derecho, Chile ofrece un acceso libre y soberano al mar a Bolivia. Esto significa romper nuestro enclaustramiento. Reparar el despojo injusto. Acceso directo a las grandes vías marítimas. Participación en las riquezas del Mar. Y lo mayor: que volveríamos a gravitar en el Pacífico sur como nación. Soberana, liberada del vasallaje a puertos y aduanas de los vecinos.

Esa victoria ética y diplomática viene circundada de peligros. Los señalaremos después.

Conviene, antes, dibujar el marco realista dentro del cual debería situarse el planteamiento nacional.

Necesitamos volver al Mar:

- a) Por la fuerza espiritual de nuestro derecho de antiguos poseedores.
- b) Porque los antecedentes históricos, geográficos y jurídicos nos respaldan.
- c) Por razón biológica de subsistencia.
- d) Por imperativo del buen desarrollo económico.
- e) Porque el honor y el sentimiento patrio también cuentan en la vida de los pueblos.

Y debemos hacerlo:

- f) En forma justa y decorosa.
- g) Con amplitud geográfica.
- h) En plenitud de soberanía.
- i) Con proyección a las riquezas marinas.
- j) Dando lo menos para recibir lo más. O en el peor caso equilibrando recíprocos intereses.

Que debemos pagar un precio para volver con acceso propio y soberano al Mar, es indudable. Pero ese precio no debe ser ni demasiado alto para que se hipoteque o comprometa el desarrollo de Bolivia, ni excesivamente duro para que melle la dignidad nacional.

Y estos dos extremos, infelizmente, se insinúan en la contra propuesta chilena.

Un hecho negativo que debe señalarse: Chile debió hacer la consulta al Perú apenas recibida la propuesta de Bolivia en agosto. Era un problema que sólo atañía a los dos pactantes del Tratado de 1929, resolver si se puede o no negociar territorios al norte de Arica. Al guardar cinco meses de silencio y hacer la consulta recién ahora. Chile nos endosa el problema.

Pero vamos a la enunciación de los peligros:

Chile pide mucho y da muy poco.

Rechazando el segundo aspecto de la propuesta boliviana —un enclave al sur conectado con una carretera de curso internacional— Chile ofrece solamente un estrecho corredor de 5 kilómetros de ancho por la línea de la Cordillera, que desembocaría en una franja marítima algo mayor. Menguada oferta.

Pide, en cambio, a estar a la información de su prensa:

1) Trueque territorial equivalente: si se ceden tres mil kilómetros, se recibirían tres mil kilómetros. Primer riesgo. Cambiar tierras desérticas por tierras más valiosas. Y esto sin contar el sentimiento nacional que repugna ceder más territorio a Chile.

2) Total aprovechamiento de las aguas del Lauca, cosa inadmisibles, porque es Bolivia la que requiere una reparación jurídica y una compensación económica por la agresión geográfica de 1961.

3) La desmilitarización de la franja terrestre (no aceptamos lo del "corredor", invención chilena humillante) que se nos conceda. Esto importa restricción de soberana y es un peligro real que nos mantendría inermes entre dos colindantes fuertemente armados. Bolivia requiere plenitud de actos y movimientos en la zona que le sea adjudicada. Con mayor razón, plenitud de soberanía.

4) El cuarto peligro lo representa la exigua dimensión de la franja territorial y del litoral marítimo a entregarnos. ¿Podremos respirar libremente y con amplitud en esa estrecha garganta de cinco kilómetros de ancho? —¿No, estaríamos, a la vista de Perú y de Chile, como embotellados dentro de dos fronteras laterales demasiado próximas? ¿Y esos cinco o diez kilómetros de mar, bastarán para compensar los cuatrocientos kilómetros lineales de nuestro perdido Litoral?

5) Nada se dice del acceso a las riquezas marinas, punto muy esencial para nuestro país. Otro riesgo evidente si no se puntualiza debidamente ese acceso y un dominio mayor, suficientemente ensanchado sobre la costa que obtengamos, para evitar fricciones con los dos Estados marinos colindantes.

6) Se habla de una cifra astronómica para pagar el F.C. de Arica-La Paz; de que tendríamos que construir un gasoducto en beneficio del norte de Chile; e indemnizar al vecino por el aeródromo de Chacalluta, tres exigencias peligrosas que si no son bien estudiadas y ajustadas, podrían significar un triple riesgo financiero para Bolivia.

7) La cláusula de que pidamos a la OEA garantías de inviolabilidad del área que nos sea asignada, es indecorosa para el país. Si Chile, Bolivia y el Perú obran de buena fe —como se piensa— basta la decisión conjunta de las tres naciones garantizar dicha inviolabilidad.

Análisis Final

Lo positivo: que Chile ha hecho una oferta formal —por reducida que ésta sea— para que volvamos al Pacífico.

Lo peligroso y en ciertos casos negativo: que ella viene condicionada a exigencias y ventajas sólo favorables a Chile y en desmedro de Bolivia.

Cabe preguntar: si Chile vela tan celosamente por sus intereses —¿por qué Bolivia no alega que en el plano material ella tiene derecho a esgrimir el argumento de las compensaciones por el vasto Litoral de 158.000 kilómetros cuadrados que le fué arrebatado y por la explotación durante 95 años de las riquezas contenidas en dicho territorio?

Se va a ingresar a la segunda etapa de las negociaciones: estudio, evaluación, discusión a niveles técnicos y económicos, de los planteamientos de ambas naciones. Finalmente, la tercera etapa final definirá las bases de un acuerdo justo, razonable, equilibrado que favorezca a Bolivia y a Chile sin desmedro moral ni material para ninguno de los dos países.

El Presidente Banzer ha expresado que no hay misterio ni secreto en las negociaciones marítimas. Que su Gobierno consultará y quiere conocer lo que piensa la opinión pública. Esto le honra y concede responsabilidad histórica a la forma cómo conduce nuestra política internacional. Concorde con ese sano y noble criterio —franqueza y libre exposición de ideas— es premioso conocer los textos fidedignos de la propuesta boliviana y de la contrapropuesta chilena, para que los ciudadanos puedan tener cabal concepto de la materia en discusión.

Si en lo particular todas las opiniones son respetables y las críticas, a veces, constructivas, en lo general debemos unificarnos en torno al Gobierno. Bolivia es una sola en su anhelo de reintegración marítima. Debe compactarse para librar esta segunda etapa —acaso la más difícil— de la que puede salir la solución honorable y justa del viejo litigio marítimo.

Ni excesivo optimismo ni desalientos prematuros. Una serena conciencia de la grave responsabilidad que deben asumir los bolivianos: volver al Mar, pero no a cualquier precio ni en cualquiera forma, sino salida verdaderamente soberana, digna y holgada.

Deseo al Presidente Banzer y a los negociadores que lo colaboran, que alcancen pleno éxito en las arduas gestiones que aún deben afrontar.

La Historia y el Futuro nos miran con ojo ineluctable. No tenemos el derecho de equivocarnos.

Y aquí estampo una verdad que dice para siempre: ¡cualquiera que sea el resultado, la imagen sangrante del Litoral cautivo seguirá rasgando el corazón de Bolivia!

POR LA UNIDAD A LA VICTORIA

- 1.- Palabras Proféticas
- 2.- La Coyuntura Histórica
- 3.- Idealismo individual y necesidad colectiva
- 4.- Unificar el criterio nacional
- 5.- Confianza en la conducción
- 6.- Compás de espera
- 7.- ¡Si nos entendemos, venceremos!

1

Cuando Willy Gutiérrez, patriota y abnegado, volvía de Santiago después de un año de difíciles y laboriosas gestiones, dijo estas palabras proféticas:

—"Con humildad les digo que los bolivianos ya tienen su Mar.

Palabras que fueron mal interpretadas, pues, muchos las atribuían a vanagloria personal. La intención era otra. Lo que Guillermo Gutiérrez Vea-Murguía difundió con ellas fué un acto de fe, un anhelo anticipatorio, un planteamiento ético y simbólico para despertar a los bolivianos a la conciencia de su inmediato deber:

¡Tengamos fe y confianza. Creer es ya crear. Aventemos el pesimismo y el desaliento. Todos los obstáculos pueden y deben ser vencidos, si la voluntad nacional se une y fortifica para convertir el ideal en realidad. Bolivia está ya con un pie en el Mar. El que le siga nos costará mucho y largo pero también llegará!

Ese es el sentido de las palabras proféticas de Willy Gutiérrez, a quien la Nación un día deberá reconocer el sacrificio que hizo de su persona en servicio de la Patria.

2

Es innecesario puntualizar razones y argumentos sobre la excepcional coyuntura histórica dentro de la cual se encuadra nuestro retorno al Pacífico. No volverá a presentarse en cincuenta años.

Siempre desconfiados de la sinceridad de Chile. Parece, sin embargo, que debido a su actual crisis interna y a su previsión de un futuro integrado del cono sur. Chile está dispuesto a facilitar nuestro retorno al Pacífico. Del Perú no desconfiamos: sus necesidades de transformación y la sensatez para ahuyentar el espectro bélico, lo inducirán a buscar la solución tripartita que incluya nuestra salida libre y soberana al Mar.

Pertenezco al linaje de los idealistas. Creo que Bolivia será una gran nación futura: crecerá en el Mar, en la Montaña y en los Llanos. Pero eso no me impide ver con ojos realistas los peligros que nos acechan. Hoy avanzamos en ritmo de prosperidad y orden, bien conducidos. ¿Cuánto durará? Somos nación políticamente inestable, emocionalmente dispersa. ¿Se mantendrá esa línea de continuidad para el crecimiento organizado, o recaeremos en los clásicos retrocesos de nuestra historia?

Todo aconseja no confiar demasiado en el oscuro futuro y aprovechar las condiciones presentes que nunca fueron mejores por el desarrollo interno y por el apoyo exterior.

Previsión, lógica, sentido de oportunidad mandan claramente: no desdeñar la apertura a un destino mejor. Las coyunturas históricas no se repiten, se dilatan en el tiempo. Tenemos que coger de las astas al toro de las disensiones y hacerle tocar el suelo con la testuz maligna.

¡Volver al Pacífico, ahora! O seguir amurallados ¿cuánto más?

Todas las opiniones son respetables aun aquellas que no compartimos. Mas, todos debemos admitir que el idealismo individual tiene que ceder paso a la necesidad colectiva. Nadie es más que la sociedad que lo contiene. Y el más alto siempre menor que su pueblo. ¿Pero qué es lo que sucede entre bolivianos?

Contaré tres penosas experiencias:

Durante un año, en las sesiones de la Comisión Marítima que sentó las bases de estudio para resolver el problema portuario, discutimos larga y a veces encarnizadamente las tesis y posiciones probables que se había de recomendar al Supremo Gobierno, ¡Y éramos sólo diez personas! Al fin, varios tuvimos que renunciar a nuestros puntos de vista personales, en aras de soluciones armónicas. Tan complejo es el asunto y tan individualistas somos los bolivianos.

Un año más, en el seno del Consejo Consultivo de RR.EE., analizamos a fondo el curso de nuestra estrategia para volver al Mar. Las disidencias fueron más agudas, culminando, en ciertas ocasiones, en amenazas de renuncia. Después de largas y ardorosas discusiones primó el patriotismo de sus miembros y en la misma forma, sacrificando lo personal a lo nacional, pudimos orientar con decisiones unánimes la acción del Ejecutivo. ¡Pero cuántos esfuerzos y horas amargas detrás!

Finalmente hace poco, en una reunión cívica con hombres representativos —aproximadamente veinte— hubo tal variedad de opiniones y discrepancias, que reconociendo la complejidad de la materia y la ausencia de información cabal, se tuvo que optar por no hacer declaraciones antes de conocer a fondo el problema y de unificar criterios.

La experiencia demuestra que cada vez que la Nación se fió en guerra internacional o en coyuntura de afrontar una solución para volver al Pacífico, estuvo siempre dividida. Cada persona, cada grupo, cada partido, cada sector social cree tener la clave de lo que se debe hacer. Somos los maestros del descontento y de la discrepancia.

Se diría que aún no distinguimos bien entre tolderío y sociedad primitiva, entre país incipiente, subdesarrollado y Estado Nacional orgánico y homogéneo. Seguimos en la disputa de los localismos y las egolatrías fulanistas, olvidando que la Patria está por encima de sabidurías y ambiciones.

La consigna debe ser: primero la Nación, después sus individuos.

4

Supongamos —lo que es probable aunque no seguro— que Perú y Chile lleguen a un acuerdo para permitirnos salir al Mar por el norte de Arica. Llegado ese caso ¿vamos a seguir ofreciendo el lamentable espectáculo de nuestra división y disidencias?

A dieciocho meses del Encuentro de Charaña, la opinión pública sigue desorientada. El gobierno no, puede revelar las incidencias de las negociaciones ni menos, aun, los estudios técnicos que realiza "CONAMAR" porque la reserva se impone. Pero hay algo que debemos reconocer: el Gobierno Nacionalista conduce con mano firme y cauta el magno asunto. Primero la Reunión Histórica de Cochabamba. Luego la creación de la Comisión Marítima. Después la Misión Gutiérrez Vea-Murguía en Santiago. Finalmente la constitución de "CONAMAR" donde ciudadanos de excepcional preparación —estadistas, políticos, economistas, expertos y científicos, internacionalistas, civiles y militares— analizan a fondo las variantes, ventajas, desventajas y posibilidades de un arreglo final para regresar al Pacífico.

Esta estrategia gradual, demuestra que se va procediendo con inteligencia, con prudencia. Se trata de estudiar a fondo la materia, y una vez conocidas las conclusiones a que arribe "CONAMAR", se las divulgará a la opinión pública para que ésta forme concepto y defina su parecer. Sólo de estas etapas previas, el Gobierno fijará su posición y adoptará la nueva estrategia para culminar en la solución final.

¿Hay algo más patriótico, más democrático, más sensato?

El Gobierno busca unificar el criterio nacional sobre el problema marítimo. Este hecho merece aplauso, porque es el pivote sobre el cual gira toda la eficacia de la acción boliviana.

5

Es hora ya de preguntarnos: ¿estamos o no estamos bien conducidos en 1976. Huelgan las simpatías o antipatías personales y las posiciones políticas. Los hechos hablan mejor: después de cinco años de Gobierno Nacionalista, el país ha dado pasos gigantescos, positivos para su desarrollo. Existe una nueva imagen de Bolivia en el exterior. Acuden capitales y técnicos de fuera La reinversión interna se incentiva constantemente. Salimos del desorden y del politiquerismo disolvente para ingresar a una etapa de trabajo y avances organizados. Un Plan Quinquenal de Promoción Social y Desarrollo Económico abre el horizonte nacional.

No faltarán ni pueden faltar los descontentos, pero lo cierto es que la mayoría nacional comprende y respalda los esfuerzos creadores del Gobierno de las FF.AA. de su Líder el Presidente Banzer que con dinamismo, y sagacidad conduce al país dignamente, y eficazmente.

Un mandatario bien dotado, que sabe lo que quiere y donde va: un Líder Nacional. Luego un equipo de gobierno formado por militares y civiles que ha dado pruebas de su capacidad. La Institución Armada y el pueblo respaldando la acción gubernativa. ¿Y por qué desconfiar de "CONAMAR" donde se conjuncionan la experiencia y la juventud, valores profesionales, técnicos e intelectuales bien seleccionados?

No es lisonja sostener que la Nación Boliviana está, hoy, bien conducida y que los equipos políticos, económicos y administrativos que dirigen la acción gubernativa, poseen la idoneidad y la capacidad para regir los destinos del país.

Los aciertos son muchos, los errores pocos. Contamos con una conducción nacional atinada y responsable. Entonces: ¿se justifica la desconfianza? No se justifica.

El presidente Banzer ha pedido a la ciudadanía un compás de espera: no precipitar la avalancha de criterios aislados, muchas veces encontrados que solo introducirán la confusión.

Es el camino sensato: estudiar y coordinar sobre bases sólidas la estrategia de recuperación marítima. "CONAMAR" está para eso, analizar exhaustivamente la materia en discusión, esclarecer las posibles vías de solución, señalar los peligros, y sobre todo orientar al pueblo para que se llegue a un criterio nacional unificado en torno a la manera de resolver el magno problema.

Aquí cabe un desmentido enérgico al diario "EL MERCURIO" de Santiago, vocero de la plutocracia chilena y viejo enemiga de Bolivia: nosotros no jugamos con la reintegración marítima. El hecho de que haya ciudadanos que discrepan en cuanto a la forma de tratar el problema, no significa que sean —supuestamente— opositores enconados o elementos deseosos de torpedear una solución feliz. Esos criterios disidentes son respetables y demuestran que en Bolivia se puede decir lo que se piensa, cosa que no ocurre en Chile.

El compás de espera que se pide, responde a la magnitud del asunto. Nos falta un camino largo y duro por recorrer. No se agiten las aguas antes de tiempo.

La verdad sea dicha: sin consentimiento y entendimiento interno jamás llegaremos al Mar.

Lo que no se logró en un siglo debemos conseguirlo en los próximos cuatro años. Bolivia debe erguirse, como un solo hombre —y aquí la manida frase cobra valor de símbolo y consigna— para afrontar el desenlace marítimo.

Resulta absurdo que cada ciudadano o cada grupo se conceptúen dueños exclusivos de la fórmula mágica para volver al Pacífico. Parece más sensato confiar en los estadistas que nos gobiernan y en los expertos de "CONAMAR", esperar lo que ellos planteen, antes de anticipar opiniones aisladas que por honestas y respetables que sean carecen de la información suficiente sobre el curso real de las negociaciones.

Unificar el criterio nacional antes de ingresar a la etapa decisiva. Esto es lo fundamental.

Todos los bolivianos anhelan el retorno al Mar con dignidad, amplitud y en modo soberano. Lo que nos falta es elegir la instrumentación más adecuada para convertir ese ideal en realidad. Nuestra madurez cívica está a prueba: la conciencia marítima tiene que fundir criterios en una sola posición de justicia y conveniencia. Necesitamos, muy de mucha urgencia, salir al Pacífico en plenitud de autonomía. Todo sacrificio será pequeño para la alcanzar ese objetivo supremo que conjunciona lo espiritual con lo pragmático, lo histórico y lo jurídico con lo positivo y lo económico.

El grandioso mensaje de la Novena Sinfonía toca a nuestros corazones: por el dolor a la Alegría. Después de ciento cincuenta años de pesadumbre y desventuras, los bolivianos tenemos que responder: ¡por la Unidad a la Victoria!

Aceptemos el reto del Destino y la responsabilidad histórica que debemos asumir. La desunión política y la dispersión ideológica deben terminar. Sólo si nos entendemos, venceremos.

Y sea repetida, engrandecida por las generaciones, la consigna suprema de bolivianidad: ¡por la Unidad a la Victoria!

EL POLVORÍN DEL PACIFICO SUR SIGUE LATENTE

Sin ánimo de ofensa, menos, aún, de acrecentar los motivos de disentimiento entre los tres ex-beligerantes del Pacífico Sur, conviene señalar ciertos hechos: Bolivia sigue enclaustrada. Problema continental. Y después de tres años de penosas negociaciones, Chile y el Perú se aferran a sus respectivas formulas, mezquinas y rígidas, desoyendo el llamado a la sensatez del Presidente Banzer.

El nuevo Embajador de Chile afirma que su país mantiene su planteamiento formulado en 1975, que contempla el canje territorial. Más valdría decir: "no queremos darles salida al Mar", porque Bolivia jamás aceptará canje de territorios con Chile, ¿De qué "compensaciones" se puede hablar, si además de arrebatarlos 400 kilómetros de costa, Chile ha levantado su grandeza económica usufructuando indebidamente durante casi un siglo las riquezas bolivianas de nuestro extenso departamento del Litoral?

Chile no debe hablar de compensaciones, de ningún género. Es Bolivia la que puede alegar: "después de un siglo de amurallamiento y de explotación de lo mío, soy yo la que tengo derecho a pedir grandes compensaciones por la mutilación territorial y la explotación ilícita de mis riquezas". En el derecho antiguo se llama "lesión enorme" —extensible a lesión enormísima— cuando en una transacción de compra y venta uno de los pactantes engaña al otro obteniendo a precio injusto lo que vale mucho más. Eso, cuando hay acuerdo entre las partes, ¿Pero cómo calificar al hecho monstruoso del despojo que se prevale de la fuerza para tratar de asfixiar al vecino?

Lo que Chile nos impuso desde 1879 se puede calificar de "lesión fratricida y agobiante". Si fuéramos a reclamar todo lo que nos pertenece en derecho y lo que dejamos de percibir por el despojo y aprovechamiento de nuestras riquezas, no bastaría el producto bruto de diez años de la economía chilena para compensar los daños inferidos.

Tocante al Perú. Verdad que nada nos debe porque nada nos arrebató. Mas al introducir la cláusula de la soberanía compartida sobre la costa y territorio que se nos adjudicaría, el Perú ha demostrado que, en el fondo, tampoco él quiere que salgamos al Pacífico.

Porque es hora, ya, de plantear las cosas en el terreno de la verdad. Sobre los eufemismos diplomáticos y las declaraciones retóricas —abundantes en el propósito, mezquinas y evasivas cuando se trata de cristalizarse en hechos— lo cierto es que en estricta realidad ni Chile ni el Perú quieren que Bolivia salga al Mar.

Conocemos suficientemente el sentimiento revanchista del Perú —amortiguado apenas y transitoriamente por su crisis actual— y la geopolítica expansionista de Chile que sigue apuntando a nuestros Lípez. No nos engañemos: de boca para afuera Perú y Chile desean —o desearían— que volvamos a la heredad marítima. De corazón para adentro nos prefieren enclaustrados y sometidos al vasallaje de sus aduanas y sus puertos.

Esta ceguera inconcebible nos induce a preguntar: ¿hay estadistas en Chile y en el Perú?

Porque político y hombre de Estado son categorías distintas. El político mira sólo el presente. Vela praxis internacional, el desarrollo económico, la promoción social sólo en términos de realidad cercana: Vive al día, no le preocupa el futuro. Se alimenta de la maniobra cotidiana, de ventajas inmediatas. Se reduce al dominio del espacio que ocupa y de la problemática circundante. El estadista en cambio, es de más largo mirar. Defiende el presente pero se proyecta sin descanso al porvenir. En política externa o en los avances internos, busca siempre resultados perdurables y no soluciones transitorias. Se previene contra los peligros latentes y trabaja para ahuyentar los que

vendrán. Se afirma en el espacio y trabaja para el tiempo. Por encima de las pequeñas ventajas inmediatas, persigue las grandes consecuencias futuras.

Por la manera cómo Chile y el Perú se conducen respecto a nuestra reintegración marítima, podemos pensar que en ambos vecinos no existe verdaderos hombres de Estado.

Sólo así se explican los oídos sordos de Chile y del Perú frente al llamado generoso de Bolivia para alcanzar una fórmula de paz en la zona, de desarrollo compartido, y que incluya la salida digna y soberana de Bolivia al Mar.

Ni Chile ni el Perú han contestado el noble pedido del Presidente Banzer al uno que renuncie al canje de territorios, al otro que descarte la soberanía compartida. El aferramiento de Chile a su fórmula de 1975 y el silencio del Perú significan, en buen castellano, "no queremos alejar el espectro bélico del Pacífico Sur, no queremos que Bolivia salga al Pacífico".

Esto es lo lamentable. Que no se comprenda que la interposición de Bolivia entre las fronteras de Chile y del Perú, en la costa y en tierra adentro, es la única solución sensata, geográficamente racional, para terminar con el pleito del Pacífico.

Pero hay más. Si hubiera estadistas en Chile, los hombres del Mapocho no plantearían fórmulas mezquinas y exigencias compensatorias inadmisibles. Buscarían de buena fe la reparación que nos deben, nos darían salida amplia y digna al Mar, y tendrían en nuestro país al aliado natural, que vale más que el aliado artificial de los Tratados.

De igual modo, si hubiera estadistas en el Perú, vendrían a buscarnos, facilitarían nuestro retorno al Mar en un acuerdo de soberanías que para ganar el desarrollo futuro integran sus actuales energías. Y seríamos aliados naturales y leales del Perú.

A Chile y al Perú les sobran sus costas: miles de kilómetros marítimos ¿Por qué retacean y detienen la participación directa de Bolivia sobre el Pacífico?

Porque ven sólo su orgullo nacional, el inmediato interés económico, la cuenta no saldada de 1879 que cada cual pretende resolver a su manera. Y ninguna de ambas naciones piensa que Bolivia es la fuerza conciliadora y anudante que el destino y la geografía les brinda para lograr la paz definitiva y el desarrollo compartido.

Hoy el Perú y Chile pueden vernos un tanto desde arriba: crecieron más que nosotros. ¿Y mañana? estadistas y economistas ¿meditan sobre las energías potenciales de nuestro país? ¿Han pensado lo que Bolivia será en treinta, cuarenta o cincuenta años?

Si estudiaran y meditaran a fondo el problema, ciertamente; hace rato que Chile y el Perú debieron buscar a Bolivia, llave y centro nuclear para evitar los peligros del polvorín del Pacífico Sur, siempre latentes.

Basta de aferrarse a fórmulas rígidas y estrechas. Si persisten retaceos, exigencias, evasivas y dilaciones. Si no se nos concede salir al Pacífico en forma amplia, digna y soberana, preferimos seguir orgullosamente enclaustrados hasta que por la natural expansión de nuestra vitalidad demográfica, por el avance económico gradual y persistente, por la fuerza irresistible del espíritu nacional que jamás renunciará a lo que fue suyo, un día Bolivia señoree también las aguas y los aires del Pacífico.

Es la hora de la verdad. Y la verdad es que estamos cansados de las posturas declamatorias y las promesas fingidas.

El problema del Pacífico es el problema continental. Si en las actuales generaciones de Chile y del Perú faltan los estadistas de largo mirar, capaces de avizorar el peligro presente y la

proyección concertada de nuestros pueblos hacia el futuro, esperemos que en las generaciones por venir surgirán hombres de Estado de mayor voluntad realizadora, aptos para dar término al pleito centenario que constituye una bomba de tiempo a corto o largo plazo.

PAZ Y DESARROLLO COMPARTIDO EN EL PACIFICO SUR

Reflexiones para chilenos y peruanos.

Ceguera e hipocresía tienden su manto de engaños cuando se enfoca la crisis del Pacífico Sur. Porque la verdad es que Bolivia, Chile y Perú viven en crisis permanente, atemorizados ante un futuro incierto, y que ella afecta a la paz y el equilibrio del hemisferio.

Se teme decir las cosas por su nombre. Se subestima los peligros. Se mienten realidades y se esconden, intenciones. Unos minimizan, otros abultan el problema. Distorsión de la realidad, errores de perspectiva, cuando no ambiciones insensatas o el nacionalismo excesivo impiden ver claro en un problema que como todos los sucesos humanos tienen solución.

Sólo por dos vertientes se puede arribar a un desenlace positivo y perdurable para las tres naciones: sinceridad de propósitos y voluntad de entendimiento. A esta altura de los acontecimientos cabe inquirir: ¿Hay sinceridad de intenciones y voluntad de acuerdo en Chile y en el Perú, o sólo se trata, como en 1929, de encontrar otra fórmula frágil que garantice efímeras fronteras sin tocar la esencia del asunto?

Esto es lo que se debe analizar frente a la vieja diplomacia y cálculos aviesos. La astuta cazadora de sorpresas y ventajas momentáneas que soslaya el fondo del problema porque más le interesa su imagen interna que su natural contribución a la paz y seguridad del continente.

Situemos el caso en su veraz encuadratura. Superemos 95 años de posiciones intransigentes y argumentaciones ficticias. Atrevámonos a plantear lo que la mentira internacional y el eufemismo diplomático pretenden ignorar. Simplemente: la verdad.

El Problema Continental.

Y la verdad es que el hemisferio sur crece en evidente desequilibrio: potente y amenazador hacia el Atlántico, débil y disperso hacia el Pacífico.

Existe un imperialismo del Brasil no por disimulado menos evidente. Y una hegemonía de la Argentina apenas perturbada por su actual crisis interna. A veces rivales, con celos explicables, ambos sistemas hegemónicos gravitan pesadamente en la política, en la economía y en la cultura sudamericanas. Son dos polos de poder y de influencia hasta hoy incontrastables. El tercero despunta en Venezuela, pero Venezuela estará muy atareada en el norte y en la zona del Caribe.

Queda el área del Pacífico Sur que podría constituir otro sistema de gravitación hemisférica. Actualmente sólo se trata de tres naciones dispersas y debilitadas por mutuos recelos e intereses encontrados.

¿Por qué es un problema continental el secular pleito del Pacífico?

Primero porque su solución justa y definitiva interesa a la paz y al equilibrio del hemisferio, hoy acosados por la presión atlántica.

Segundo porque la guerra entre Chile y el Perú —está a las puertas— podría convertirse en hecatombe para todo el hemisferio meridional.

Tercero porque Bolivia enclaustrada, además de irritante injusticia, constituye un peligro latente para la seguridad sudamericana.

Cuarto porque un sistema regional integrado de entendimiento político y desarrollo compartido entre Bolivia, Chile y el Perú sobre la costa oeste del hemisferio, sería el cuarto polo de poder para restablecer un crecimiento armónico en los flancos oceánicos.

Así parecen haberlo entendido las naciones de América en Tlatelolco, en Atlanta, en la Declaración de Ayacucho. Pero descontando esos enunciados generosos ¿qué se hace, en un terreno práctico, para terminar con el pleito secular y devolver soberanía marina a Bolivia?

El foco de discordia se acrecienta, el peligro aumenta, no por el legítimo anhelo de Bolivia de volver al Pacífico que es moderado y conciliador, sino por el exacerbado orgullo nacional del Perú y de Chile —revanchista el uno, expansionista el otro— que no pueden frenar los ardores belicistas de sus respectivos pueblos.

La cuestión del Pacífico es, pues, cuestión continental. Y si no aúnan esfuerzos las naciones de América para lograr que se entiendan estos tres que no saben o no pueden entenderse, en plazo no lejano veremos las llamaradas de la hoguera.

Fragilidad de los acuerdos logrados por la Fuerza o por la Astucia

En el siglo XVI la escuela holandesa sostenía: "La nación que viola el Derecho Internacional destruye a un mismo tiempo, a cambio de una ventaja transitoria, la unidad internacional y la garantía de su propia seguridad".

Esto es lo que ha hecho Chile con Bolivia en 1879 y en 1904, y con el Perú en 1883 y en 1929. Bolivia impaciente, descontenta y Perú revanchista son consecuencia natural de la política de fuerza y de astucia empleadas por Chile pretendiendo afirmar su hegemonía en el sur del Pacífico, a costa del derecho y del patrimonio de sus vecinos. Las heridas de Tarapacá y del Litoral no están cerradas. Ya lo dijo Grocio, el holandés eminente: "Una de las fuentes del Derecho Natural consiste en la abstención de los bienes ajenos y la restitución de los indebidamente apropiados".

Ahora estamos viendo, que la victoria no da derechos, sino que engendra rencores y legítimas sentimientos de desquite.

Es probable que hoy no puedan, Bolivia y el Perú juntos, enfrentar militarmente a Chile. ¿Pero se ha evaluado los parámetros de crecimiento demográfico y expansión económica de las tres naciones andinas, así como sus reservas naturales y sus posibilidades de potenciamiento material? Es probable que en veinte o treinta años más los índices de crecimiento se inclinen resueltamente a favor de los perdedores del 79.

Frágiles son los acuerdos arrancados al amparo de la fuerza o de la astucia. Y efímeros, nunca permanentes. La política miope de los estadistas chilenos del siglo XIX, proseguida por sus sucedáneos en el siglo XX, determinaron la irritación boliviana y el revanchismo peruano.

La grave sombra de destrucción que se cierne sobre las tres naciones —una guerra entre Chile y el Perú arrastrará inevitablemente a Bolivia— sólo puede alejarse si con la experiencia de los pactos aviesos se inician negociaciones libres y sinceras para arribar a soluciones decorosas y equitativas para los tres exbeligerantes del Campo de la Alianza.

¿Qué provocó la Segunda Guerra Mundial sino los excesos del Tratado de Versalles en 1919?

Toda ganancia ilícita, todo tratado injusto, a costa de la ley natural y del derecho ajeno, son pactos frágiles, efímeros. Los pueblos afectados buscan siempre la válvula de escape necesaria para restituirse de su derecho y recuperarse del despojo. El despojado de ayer, el descontento de hoy, pueden convertirse en el peligro de mañana.

Sólo acuerdos libremente pactados, en equidad y con decoro para las partes, garantizan paz y amistad entre naciones.

Ahuyentar el Peligro Bélico.

Dejémonos de eufemismos: éste es el mundo del problema. Menos interesa complacer a Bolivia que impedir la agresión bélica entre el Perú y Chile.

¿Para qué engañarse? Chile es expansionista, se ahoga en su garganta territorial, codicia las riquezas de Bolivia y del Perú. Este, a su vez, no puede renunciar al revanchismo: anhela recuperar Arica y Tarapacá.

Se conocen los planes geopolíticos del militarismo chileno y los estudios expansionistas de sus técnicos y economistas, que van más allá de sus actuales fronteras, como también la prédica bélica en las escuelas peruanas y el creciente sentimiento de desquite que domina a su pueblo. Sólo ciegos y sordos negarían ambos hechos.

En los últimos años Perú y Chile se han armado peligrosamente. La frontera entre ambos países está poderosamente fortificada y artillada. Su aviación, su marina, sus fuerzas terrestres poseen armas sofisticadas de gran poder destructivo. Los entendidos estiman que en quince días, de estallar el conflicto, se destruirían, recíprocamente, los principales puertos de Chile y del Perú, sus capitales sufrirían terribles destrozos y ambos países retrocederían cincuenta años. Parece improbable la victoria de uno de los presuntos beligerantes, si Estados Unidos y Rusia se reparten el respaldo a cada uno de ellos.

Y algo más grave: que la chispa de una guerra chileno-peruana, podría provocar el incendio bélico, en el hemisferio sur y aun proyectarse a la tercera guerra mundial.

Hipótesis, sí, pero hipótesis con fundamento.

Hemos llegado a la esencia del pleito del Pacífico: la lucha sorda entre Chile y el Perú por imponer supremacía en la región, y la amenaza subsiguiente de guerra.

De ahí la oferta mezquina de Pinochet que no busca la solución justa y duradera ni la amistad de Bolivia, y la actitud calculada y dilatoria del Perú, al cual tampoco interesa, en el fondo, nuestro retorno en plenitud soberana al Pacífico.

Acaso ambas naciones sólo nos miran como el colchón protector para garantizar sus fronteras.

Bolivia, garantía de Paz Permanente

"Existen algunos bienes como el mar, los ríos y los puertos que son comunes a todos los pueblos por derecho natural" —enunciaba el tratadista Vives. Lo que coincide con el axioma actual de que el Mar es patrimonio de la humanidad.

Lo anterior en cuanto al principio jurídico: ¿Pero quién se esfuerza por transformar el derecho de Bolivia en atributo real?

Parecería que chilenos y peruanos no han comprendido, todavía, que la solución inteligente para dirimir sus diferencias consiste en alejar sus fronteras, colocando, entre ambas, un

tercer Estado. Y ese tercer Estado sólo puede ser Bolivia por razón histórica, por imperativo geográfico, por concurrencia económica.

¿Y qué necesita Bolivia? Sólo algunos kilómetros al norte de Arica, sólo algunos kilómetros al sur de Tacna para conformar una costa marítima que conectada con una franja territorial —ambas soberanas— a territorio boliviano, le permita libre acceso a las grandes corrientes marítimas y a las riquezas del mar. Bien poca cosa para dos naciones que cuentan con sendas costas extensísimas sobre el Pacífico.

Conocemos suficientemente el sentimiento revanchista del Perú —amortiguado apenas y transitoriamente por su crisis actual— y la geopolítica expansionista de Chile que sigue apuntando a nuestros Lípez. No nos engañemos: de boca para afuera Perú y Chile desean —o desearían— que volvamos a la heredad marítima. De corazón para adentro nos prefieren enclaustrados y sometidos al vasallaje de sus aduanas y sus puertos.

No por una generosidad gratuita, —que no existe entre personas ni entre Estados— sino por una generosidad necesaria que atiende a su propia seguridad, a la paz externa y la eliminación definitiva de la amenaza bélica, Chile y el Perú deben distanciar sus fronteras lo que sólo se puede obtener con la presencia física de Bolivia entre Tacna y Arica.

He aquí cómo el menor de los exbeligerantes del 79, podría resultar el garante mayor de la paz en el oeste oceánico.

Solución política más que juego de compensaciones

Verdad que sabiduría política es una cosa y realidad económica otra. Hay que conciliarlas, porque ambas se complementan. Aunque los expertos estudien y orienten los acuerdos sobre lo posible y lo desechable en la zona en litigio, son los estadistas y diplomáticos quienes darán el toque final.

Los acuerdos comerciales, siempre fluctuantes, no bastan. El juego de las compensaciones deviene menguado si se lo mide con la vara, de la complementación geográfica, del desarrollo industrial concertado y compartido.

Las tensiones de fuerza deben dar paso a las tensiones de equilibrio; ¿y qué planteamiento más sensato, más equilibrado que propugnar la paz definitiva, el acercamiento político duradero, la integración geográfica y la complementación económica, mediante la creación de un gran polo industrial de desarrollo entre los tres países que impulsaría poderosamente el progreso de Bolivia, pero también el vasto desarrollo del norte de Chile y del sur del Perú?

No se busque satisfacer imágenes o anhelos de opinión, casi siempre desorbitados, sino encontrar soluciones de conjunto, sólidas y permanentes, que superen el tira y afloja de las ventajas transitorias.

El acuerdo tripartito deberá ser amplio: político, visionario, realista y equitativo, sobre la base de concesiones recíprocas antes que por ventajas unilaterales que vulnerarían la eficacia de un acuerdo sincero y estable.

Las compensaciones del comerciante deben ceder el paso a las razones superiores del hombre de Estado.

No se olvide que el Tratado de 1929 tuvo doble fin errado: a) para protegerse los firmantes (o creer que se protegían) de una posible agresión futura; y b) para impedir, egoístamente, el acceso de Bolivia al Pacífico. Chile y Perú están pagando, con su armamentismo excesivo y su agitación prebelicista, ese doble error. Sus actuales fronteras son frágiles y la mutua animadversión no ha desaparecido, malgrado las almibaradas declaraciones oficiales.

Seamos claros: sólo una solución política de gran estilo, justa y leal podrá evitar la tormenta.

La fuerza naciente del Pacífico Sur

Aplicando la norma platónica referente a la ciudad, podemos afirmar: "lo justo es lo que conviene al ámbito regional o a la comunidad internacional".

¿Y qué es lo que conviene al área geográfica que debiera limitar y conjuncionar a las tres naciones? Naturalmente: el acuerdo previsor, constructivo que fecunde el espacio ariqueño seco y subdesarrollado, la zona de influencia tacneña semiabandonada y con escasas posibilidades futuras, y que permite, a la vez, la salida digna y holgada de Bolivia: a la costa del Pacífico, como el eje impulsor del triple renacimiento de una realidad geográfica hasta hoy semidesértica.

Ni Chile ni el Perú avizoran las inmensas posibilidades de esa región que, por su esfuerzo conjunto y con más el concurso boliviano podría surgir como un polo gravitante en la política y en la economía del hemisferio sur.

El Pacto Andino anda en crisis a las urgencias mercantiles. Lo que conviene al ámbito en disputa es transformar el área de peligro bélico en instrumento de leal amistad, acercamiento político y desarrollo compartido. Si Bolivia, Chile y el Perú lo resuelven, el Pacífico Sur, puede surgir como un astro de primera magnitud en el futuro continental.

Mas nada se obtiene sin esfuerzo, sin sacrificio. Habrá que sanear los frentes internos del nacionalismo exacerbado, reducir las ambiciones hegemónicas, ceder, conceder en los puntos de fricción, afirmarse sólo en aquello que entrañe necesidad biológica de subsistencia, razón de justicia imperativo de equidad.

¿Sabemos siquiera si en un siglo o dos, tal vez antes, subsistirán nuestras pequeñas repúblicas o se integrarán todas en la gran Confederación Sudamericana? ¿Y vamos a seguir peleando por antiguos agravios y estrechas lonjas territoriales que nada o muy poco significan para nuestros patrimonios geográficos?

El problema del Pacífico Sur, si es bien manejado y se orienta con sensatez, puede significar la salvación y el engrandecimiento de Bolivia, de Chile y del Perú, así como un centro de energías creadoras saludable para el equilibrio continental.

Pero esto importa renunciar a los mundos ficticios de soberbia y de aislamiento en que, no obstante las palabras, habitan chilenos y peruanos.

Bolivia, la víctima mayor en la Guerra de 1879, es la que menos pide, la que con más sinceridad y vehemencia contribuiría a la creación de esa fuerza naciente en el sur del Pacífico.

El futuro se construye en el Presente

La ética de poder tiene que abdicar ante la ética de entendimiento y equidad que anuncia el siglo XXI. Debemos pensar en categorías hemisféricas y obrar con una nueva voluntad de participación entre naciones.

"La comunidad se funda en un sentido consciente" —afirma Jaspers—. Asimismo la comunidad internacional debe subsistir sobre principios de justicia y de responsabilidad; ¿y qué mayor conciencia responsable que aquella que busca eliminar conflictos para edificar entendimientos perdurables?

El futuro se construye en el presente. Nada hay que objetar a las negociaciones bilaterales, pero a esta altura de las circunstancias, cuando se ha descorrido el velo y el Perú aparece como tercer protagonista en escena, parece más prudente, más provechoso, entrar a un proceso tripartito donde cada uno de los países concurrentes, pueda exponer y defender abiertamente sus puntos de vista en la compleja maraña de intereses del problema del Pacífico.

Será difícil, será largo y laborioso. No es sencillo poner de acuerdo a tres que en un siglo sólo alcanzaron convenios efímeros, artificiales, sin tocar el fondo de la discordia que los separa.

¿Qué exige el mundo de hoy, en pleno proceso de transformación dinámica? Soluciones de conjunto responsabilidades compartidas. Un equilibrio entre el poder de los fuertes y la necesidad de los débiles. Un nuevo estilo internacional de verdad y de equidad.

La coyuntura histórica es excepcional. Jamás Bolivia. Chile y el Perú estuvieron más cerca de una solución justa y perdurable. Para que ella sea digna en lo político, positiva en lo geográfico, equitativa en lo económico y acertada en sus previsiones, sólo es dable pedir que la inteligencia esclarecedora venza de los orgullos nacionales y el espíritu de justicia de las ambiciones desapoderadas.

No nos engañemos: la guerra está a las puertas pero la paz también. Chilenos y peruanos, tienen que escoger. Bolivia será el fiel de la balanza para dirimir la vieja rivalidad y convertirla en instrumento de paz y de concordia.

Jugar grande y jugar limpio. Sólo así se construye y se defiende el futuro en el presente.

Que el Señor ilumine a los protagonistas del gran drama.

BOLIVIA EN ENCRUCIJADA MARÍTIMA

- 1.- Dos cegatones que no quieren ver.
- 2.- La fórmula chilena es mala y la peruana evasiva.
- 3.- Chile debe restituir, el Perú no ser cicatero.
- 4.- Eliminar el trueque territorial.
- 5.- Insistir en el enclave al sur.
- 6.- Avanzar a las negociaciones tripartitas.
- 7.- Preferible seguir enclaustrados a un mal arreglo.

I

El planteamiento peruano es evasivo, dilatorio y hasta lesivo para Bolivia. Ya veremos por qué.

De primera impresión, si la propuesta chilena es mala, porque pide mucho y ofrece muy poco, la fórmula peruana nos defrauda porque complica y embrolla las negociaciones.

Se trata de dos cegatones que no quieren ver. Chile, de un plumazo, mutila la propuesta boliviana a la mitad rechazando el enclave al sur, proponiendo un inaceptable trueque territorial, y sugiere otras ventajas para sí, tratando de reducirnos a la miseranda franja costera de ocho kilómetros. ¿Estamos en 1976 o en 1904?

El Perú, a su vez, propone un puerto para Bolivia en forma de enclave, dentro de un territorio de soberanía compartida, dos limitaciones de soberanía. ¿Cómo comunicaría el puerto boliviano con la franja terrestre boliviana? Esa ruptura de la continuidad territorial convertiría el encierro actual en una dependencia política, aduanera y económica de la puerta de acceso boliviana a sus dos vecinos flanqueantes. ¿Eso es lo que se busca, acortar el tapón geográfico pero mantenerlo en su cabo final?

La idea del polo industrial de desarrollo compartido, surgió hace dos años de la Comisión Marítima de Bolivia. Es excelente, siempre que se complemente con el puerto propio y soberano para nuestro país conectado con una franja territorial igualmente soberana que llegue desde la frontera con Chile hasta la costa sin interrupción.

La solución final tiene que ser amplia, digna y justa. Esto es lo que no parecen ver los cegatones de Lima y de Santiago, prefiriendo una transacción endeble, peligrosa, que mantendrá latente nuestra reivindicación marítima mientras no llegue en forma adecuada y decorosa.

En términos vulgares: es como si los dos hermanos mayores —Chile y Perú— dijeran al menor —Bolivia—: tendrás tu pan y las migas del banquete, pero las viandas y los postres sólo para nosotros.

No hay sentido de realidad, visión de futuro, ni menos vocación de confraternidad sincera ni en Chile ni en el Perú. Sus planteamientos son mezquinos.

II

La contrapropuesta chilena es mala porque elimina el enclave al sur, indispensable para Bolivia en lo geográfico y en lo económico; porque exige el canje de territorios que rechaza la conciencia nacional, porque plantea otras condiciones ya inaceptadas por nuestro Gobierno; porque pretende asfixiamos en una estrecha garganta marítima. Una vez más se ha cumplido lo que he denominado la mala fe chilena: pedir mucho ofrecer muy poco, y seguir la línea tortuosa de dilatar y enredar las discusiones, mientras en segundo plano y por detrás saca todas las ventajas para sí: la invasión de chilenos en forma pacífica que quitan trabajo a los bolivianos, la inundación de sus productos en nuestro mercado, y lo que no tiene precio: la generosa tendida de mano de Charaña cuando Chile sufría el repudio internacional.

El planteamiento peruano embrolla las cosas lejos de facilitarlas. Parte de la base de la ininterrumpida relación socio-económica entre Tacna y Arica, para exigir derechos y servidumbres que nadie le niega. Habla de una "eventual" (debía decir definitiva) cesión soberana de Chile a Bolivia de un corredor al norte de Arica. Exige un área territorial de soberanía compartida de los tres Estados... suprimiendo la comunicación de la proyectada franja territorial boliviana con el puerto soberano que se le adjudicaría en forma de enclave. ¿Por qué ese dar sin dar, esa aceptación aparente que en el fondo es negativa? ¿Es lícito que el ex-aliado del 79 sea menos amplio que el usurpador? Porque Chile propone que Bolivia llegue al Mar, sin interrupción geográfica, y el Perú nos quiere ver manumitidos a la soberanía compartida. La administración portuaria trinacional en el puerto de Arica entraña muchos bemoles, largos y difíciles de resolver. El punto 9° exige la plena ejecución de cláusulas pendientes de cumplimiento del Tratado de Lima de 1929. ¿Por qué no reclamó el Perú en casi 50 años ese cumplimiento y lo hace sólo ahora cuando Bolivia trata de volver al Pacífico? Todo ello, en conjunto, supone dilación y aunque no sea deliberada la morosa prolongación de nuevas y más complicadas negociaciones.

Lo esencial radica en que el espíritu de la Declaración de Ayacucho, sano y noble, ha sido desbordado por los casuismos dilatorios de los jurisperitos del Rimac. Y lo peor: por el propósito, no diré que avieso, pero sí restrictivo para nuestra salida directa e ininterrumpida hasta el Pacífico.

III

Las posiciones son distintas:

Chile tiene que restituir, aunque sea en parte menor, lo que usurpó. No se trata de un simple operativo comercial como pretenden plantear el problema los sofistas del Mapocho, sino de una restitución histórica, jurídica, política y geográfica que puede tomar, posteriormente, la forma de acuerdos económicos. Esto es básico para la conciencia boliviana que rechaza el peligroso

trueque territorial propuesto por Chile, que invalida nuestro derecho y sepulta nuestro retorno con soberanía y dignidad al Mar.

El Perú nada nos arrebató. Pero podemos pedirle que no sea cicatero en su apoyo. O se zanja definitivamente el pleito del Pacífico, ahuyentando el espectro bélico, creando el Polo de Desarrollo Compartido Tripartito, y permitiendo nuestro acceso libre, independiente, ininterrumpido y soberano al Pacífico, o se mantendrán latentes los recelos, discrepancias y peligros de los tres ex- beligerantes separados en posiciones antagónicas que no pueden conciliarse.

IV

Será inútil discutir sobre el tema. Hay que eliminar el canje territorial que ha sido rechazado ya por la conciencia pública. Ningún departamento de Bolivia aceptaría una mutilación aunque se revista de la forma de costa compensatoria. El riesgo de permitir avances estratégicos de Chile, ya previstos por sus geopolíticos, sobre nuestro altiplano, es más grave que el mismo enclaustramiento. ¡Ni una pulgada de suelo boliviano a Chile! En ninguna forma.

De un hipotético canje de territorios sólo podría tratarse con el Perú, en el supuesto de que éste nos cediera tierras al Sur de Tacna.

Canje de territorios —lo más sagrado de una nación, el espacio geográfico— sólo es admisible entre iguales, nunca entre el despojador y el despojado, y menos cuando aquel prevalido de su mayor potencia material tratará de sacar las mejores ventajas en el hipotético trueque.

Esto es definitivo porque así lo ha proclamado el pueblo boliviano: permuta de suelos con Chile, no.

V

La proposición boliviana —no la encuentro ideal pero al menos era lógico— constituye un todo conjunto, indivisible: enclave al sur y franja marítima con costa soberana al norte de Arica.

Chile, de un tajo, ha seccionado nuestra propuesta reduciéndola a la mitad y a la mitad menos importante. El puerto soberano, aunque fuese en forma de enclave, suponía la restitución señalada, por ejemplo en Mejillones, antes de nuestro patrimonio. Y no significaba únicamente la reparación jurídica y geográfica que anhelamos, sino la vinculación del sur de Bolivia y el libre movimiento de sus flujos económicos hacia el Pacífico.

No es, pues, por designios caprichosos, sino por urgencias vitales que nuestro país debe insistir con firmeza en dicho enclave al sur, sin el cual la fórmula boliviana cojea y se deteriora visiblemente.

Hay que replantear el puerto —enclave para Bolivia sobre cualquiera porción de costa y suelo que fueron bolivianos. Esto es también básico de nuestro derecho y de nuestras legítimas aspiraciones para volver en forma justa y digna al Mar.

VI

Dado el actual estado de las negociaciones y conocidas las posiciones de los tres países, solo cabe, en buena lógica y si existe un sincero propósito de avenimiento— punto que se dibuja dudoso— avanzar a las conversaciones tripartitas para discutir las tres fórmulas nacionales y buscar la manera de conciliarlas en un acuerdo final que armonice los recíprocos intereses de Bolivia, Chile y el Perú.

Tiene razón el internacionalista Mario Ojara al afirmar que la propuesta peruana "es un veto disfrazado de retórica integracionista". En cierto modo, es así. Y peor todavía, el desplante del Canciller peruano al sostener que si no se acepta la fórmula peruana, volveríamos a cero. ¡Vaya

arrogancia! Nada importa lo que pide Bolivia. Nada lo que ofrece Chile. Lo único valedero —a su juicio— sería lo que manda el Perú. ¿Es que se creen los peruanos amos del Pacífico Sur?

Si se avanza a las negociaciones tripartitas tiene que ser con otro espíritu, de auténtico americanismo, de verdadera solidaridad. Perú y Chile deben comprender que una Bolivia semi-asfixiada en una garganta estrechísima y limitada en su soberanía, a la que se pretende agobiar todavía con cargas suplementarias, no puede ser factor permanente de paz ni de integración.

O se realiza juego grande y juego limpio ampliando el ángulo de visión internacional y tratando de concertar acuerdos equitativos, dignos y permanentes, o cada nación seguirá aislada en su posición particular y el Pacífico Sur pesará cada día menos en la política continental.

VII

Un sentimiento que predomina en los bolivianos es éste: más vale seguir enclaustrados que un mal arreglo. No estamos pidiendo limosna, reclamamos por el derecho que nos asiste para volver al Mar con amplitud y con decoro. El tiempo y la naturaleza juegan a nuestro lado. Contra lo que piensan pragmáticos y partidarios del realismo político, Bolivia se acrecentará con los años y llegará el día que exija mucho más de lo que hoy demanda.

No somos pesimistas. Al contrario: pensamos que es tierno, aún, para que Chile y Perú flexibilicen sus posiciones. Bolivia ha ganado el apoyo de la conciencia mundial en su justísimo anhelo para regresar en forma soberana al Pacífico. Ha ganado, además en lo jurídico y en lo diplomático, una etapa decisiva al obtener el reconocimiento y el consentimiento de Chile y del Perú para convertir ese ideal en realidad.

Se puede y se debe llegar al convenio final: puerto propio y soberano para Bolivia con una franja territorial ininterumpida que lo conecte con suelo boliviano; sin trueques de territorio; y la creación de un gran Polo Industrial de soberanía compartida. Así desaparecerá el viejo pleito del Pacífico y las tres naciones podrán avanzar a una nueva era de paz, desarrollo y convivencia simbiótica.

Pero entiéndase bien: nada: de trato de hermanos mayores al hermano menor. Sólo en pie de igualdad, de fraternidad consciente, de concesiones recíprocas, de acuerdos justos se puede ganar la paz permanente y el crecimiento acelerado del Pacífico Sur.

Larga meditación para Chile y para el Perú. Bolivia espera que vuelvan la sensatez y la previsión a sus dos vecinos.

CONCIENCIA INDIVIDUAL Y VOLUNTAD COLECTIVA

Todos lo reconocen: si hay algo que une a los bolivianos es la decisión de volver al Mar.

Pero esa decisión, infortunadamente, no se concreta en una fórmula que unifique criterios y presente un sólido frente común ante las pretensiones chilenas.

Con loable intención, el Gobierno ha dado la más amplia libertad de expresión —que ya existía— para que cada ciudadano o grupo social emita su opinión. Esas opiniones se vienen produciendo, desde hace varios meses, por la prensa y por las radios de su evaluación podrá extraerse un criterio definido sobre qué i piensa el pueblo.

Esa evaluación no es fácil, por una simple razón. No hay uno, dos ni tres modos de apreciar el problema de nuestro retorno al Pacífico. Hemos conocido muchas opiniones, una de personajes prestigiosos y experimentados, otras de instituciones, algunas de simples ciudadanos, incluso de damas, estudiantes, obreros, campesinos. En suma: se puede afirmar que de todos los

distritos y de todas las clases sociales, se han levantado voces, unas de apoyo, otras de críticas a las actuales negociaciones con Chile, discrepando notoriamente unas de otras, al punto que un ex Canciller del Perú se ha atrevido a sostener que "al parecer el pueblo boliviano no está de acuerdo con la forma para volver al Mar". Entendámonos. El anhelo de volver al Pacífico, con puerto propio y soberano, es unánime: nadie discrepa en este enunciado. La divergencia de apreciación se produce cuando cada cual emite su opinión. O sea que, la conciencia individual reclama sus derechos —y con razón— para expresarse libremente sobre el centenario problema.

Esto es perfectamente lícito y explicable: cada ciudadano y mayormente los más calificados, sienten el deber de emitir criterio y de aconsejar planteamientos que, a su juicio, constituirían la mejor estrategia para arribar a una solución justa y perdurable.

Ello es, repetimos, intachable. Pero cuando esas opiniones, respetables y autorizadas, se dividen y ramifican en cien canales distintos, se corre el riesgo de debilitar la posición fundamental del país. Porque es lógico que la conciencia individual —o las conciencias unipersonales— cuando se trata de interés nacional, tienen que ceder paso a la voluntad colectiva.

¿Cómo apreciar esa voluntad colectiva, en la diversidad de criterios individuales? Este es el problema.

Se nos ha censurado, siempre, que Bolivia no tiene compactada una fórmula "única" para romper su enclaustramiento. Se han dado y se siguen dando muchas y variadas formas de solución. Muchas divergen, pocas coinciden.

Resumamos las más importantes:

- a) Salida por una franja territorial al norte de Arica, con trueque territorial.
- b) Salida al norte de Arica sin trueque territorial.
- c) Salida por territorio que fue boliviano, sea por Tocopilla, Mejillones o Antofagasta.

d) Recuperación del Litoral Boliviano cuando la Nación se haya potenciado demográfica, económica y militarmente. Habría una quinta posición: si no se obtiene un retorno al Pacífico en forma digna, amplia y equitativa, sería preferible soportar unos años más el enclaustramiento, hasta que, por gravitación de nuestro desarrollo, podamos negociar en mejores condiciones la recuperación marítima.

Es sobre estos puntos principales —o algún otro que olvidamos enunciar— que debe formarse el criterio nacional.

Queremos, ansiosamente, volver al Mar. Lo que falta es fijar el gran objeto final y la estrategia para alcanzarlo.

Las opiniones concienenciales de las personas son muy importantes y respetables, pero ellas deben cribarse primero y luego someterse a la voluntad nacional. ¿Cuál es el camino a elegir?

Hay, todavía, quienes piensan que sería posible buscar el acuerdo con el Perú, rechazando las taimadas ofertas chilenas. ¿Sería ello realizable?

Un año después de iniciadas las negociaciones con Chile que —repito lo enunciado en varios artículos de prensa— ofrecen poco a Bolivia y exigen mucho para Chile, es hora ya de unificar la voluntad colectiva de los bolivianos por encima de las discrepancias técnicas o estratégicas expuestas por ciudadanos de todas las clases sociales.

Sería inadmisibles que, frente al Magno Problema, los bolivianos sigamos empeñados en disputas bizantinas. Necesitamos consolidar un frente de pensamiento, un sistema de acción, un solo grande objetivo y una estrategia definida para volver al pacífico.

Esto sólo será posible si logramos que las conciencias individuales converjan para crear una sola y potente voluntad colectiva de recuperación marítima.

EL CINISMO DE CHILE NO TIENE LIMITES

- 1.- Existen cuestiones pendientes entre Bolivia y Chile. Un caso de "lesión mayor" en la convivencia continental.
- 2.- Cuál será el planteamiento inicial de Bolivia para volver al Pacífico?
- 3.- Dar espaldas a Chile si persiste en su actitud negativa y hostil.

Nada puede asombrarnos viniendo de la Cancillería del Mapocho, que sólo busca mantener el enclaustramiento e impedir el rápido desarrollo de Bolivia. Víctima ya casi centenaria del Mal vecino, nuestra patria debe desenmascarar la política evasiva de Chile en nuestro problema portuario, y plantear resueltamente la posición nacional.

1

Se manifiesta, en Santiago, que "no existen cuestiones pendientes entre Chile y Bolivia".

El cinismo chileno no tiene límites. ¡Estupenda mentira!

Existen muchas y graves cuestiones entre ambos países, que es preciso puntualizar:

—El despojo de nuestro extenso y rico Litoral Marítimo en 1879;

—El atropello jurídico impuesto por los cañones y el dogal aduanero en el Tratado de 1904;

—El nuevo despojo de las salitreras del Toco en 1912;

—La desviación del río Lauca en 1961.

—Las frecuentes violaciones del Tratado de 1904 tocante al derecho de libre tránsito y las trabas y recargos aduaneros impuestos por Chile a la carga boliviana.

—La riqueza defraudada por Chile que con el cobre, el salitre y otras riquezas naturales del Litoral Boliviano y la provincia boliviana de Atacama, percibió ingentes ganancias, durante un siglo, a expensas del país andino. Piénsese que sólo en 1961, Chile produjo en minería U\$ 285.000.000 fruto, casi todo, de la riqueza robada a Bolivia.

—Los robos constantes, el mal trato y la política de abusos a la carga boliviana en tránsito por puertos chilenos.

Chile es responsable de nuestra mediterraneidad, causa fundamental para el atraso material y el penoso y lento desarrollo económico-social de nuestro país.

Todo esto —y mucho más— constituye un caso único en la historia sudamericana. La nación araucana ha ejercido con Bolivia un proceso de lesión enorme o lesión mayor, mantenido sistemáticamente: procurar aplastar al vecino, despojándolo de lo suyo primero y debilitándolo después para encontrarlo inerme en el intento final de absorción.

El Tratado de 1904 que tapon a Bolivia no lo admiten Dios, el Derecho ni la Conciencia Americana.

Y la falsía diplomática del Mapocho que nos viene entreteniendo con su doble juego de promesas vagas y de realidades hostiles, ha llegado a un límite que debemos rebasar.

La paciencia boliviana terminó. ¡Juguemos limpio, señores chilenos!

Existen muchas graves cuestiones pendientes entre Bolivia y Chile.

2

Se repite con insistencia que no se unificó el criterio nacional respecto a la estrategia y fórmula para volver al Mar.

Es evidente. Aquí la desventaja de nuestra posición es visible: en tanto Chile, unánime insiste: no revisión del Tratado de 1904, para mantenernos encerrados. Los bolivianos no podemos ponernos de acuerdo sobre qué vamos a pedir ni cómo debemos hacerlo.

El planteamiento inicial, para empezar a discutir con Chile, debe ser éste: Bolivia plantea su derecho a la integridad del Litoral Marítimo y de la Provincia de Atacama de los que fué despojado y una compensación económica por las ingentes riquezas minerales que Chile usufructuó durante casi un siglo extrayéndolas de territorio boliviano.

Eso, para empezar a discutir. Tocante a la estrategia portuaria, habría que desarrollar una diplomacia ágil y flexible en las negociaciones, llevando no una fórmula rígida cerrada de solución, sino diversos planteamientos. ¿Cuál de nuestros antiguos puertos: Tocopilla, Cobija, Antofagasta, Mejillones? Hay quienes piensan que se podría persuadir al Perú y a Chile para que nos cedan Arica. Otros estiman que se podría conceder puerto propio a nuestro país en zona limítrofe actual entre ambas naciones. Se hablo del enclave industrial, solución peligrosa y efímera. En suma: hay muchas y variadas fórmulas de acuerdo para romper el injusto enclaustramiento de Bolivia, hoy que la política de integración subregional, los avances tecnológicos y la interacción económica definen nuevos rumbos de aproximación geográfica y de entendimiento político en la simbiosis del desarrollo.

Claro está que establecer y llevar adelante nuestra estrategia portuaria, eligiendo las fórmulas finales materia de discusión, es obra del Gobierno y de la Cancillería, correspondiendo a los ciudadanos simplemente opinar sobre el problema.

Pero siquiera en el planteamiento fundamental estemos todos de acuerdo, aunque aparezca irreal: proclamar nuestro derecho a la integridad del Litoral usurpado y pedir compensación por las riquezas ilegítimamente aprovechadas.

3

Bolivia fué siempre partidaria del Derecho y de los acuerdos pacíficos. Chile de la fuerza y del engaño sistemáticos.

¿Hasta cuándo?

Las actuales negociaciones entre las Comisiones Portuarias de ambos países, demuestran elocuentemente lo antedicho.

Si los hombres del Mapocho persisten en su posición negativa y hostil, negándose a reconocer el derecho boliviano para volver al Pacífico, y obstaculizando porfiadamente el libre

tránsito que le otorga el Tratado de 1904, entonces sólo cabe lo que ya propiciamos hace varios años:

Dar espaldas a Chile, definitivamente.

Desviar todo nuestro comercio de exportación y de importación hacia puertos peruanos, aunque esto suponga encarecimiento inicial de los costos de transporte. Cortar los vínculos comerciales y económicos con la nación sureña. Ver con ojos realistas lo que hasta hoy nos ocultó la artera diplomacia mapochina:

Chile es el eterno agresor de Bolivia. El enemigo. O el mal hermano si se quiere hablar con eufemismos.

Un día nos tiende la mano y al otro estira el pie.

Proclama en asambleas internacionales que desea entenderse con Bolivia... pero a ésta le dice: nada hay pendiente entre nosotros, a no ser el Tratado que te mantiene mutilada y enclaustrada.

¿Vamos a llegar al centenario del despojo inicuo envueltos en el velo del engaño y las evasiones permanente?

El cinismo de Chile no tiene límites.

El derecho, la dignidad y la paciencia de Bolivia no pueden seguir siendo materia de burla.

Si los chilenos no quieren avenirse a una solución de justicia y de cordura, reconociendo y preparando los males que nos causaron, expulsemos del corazón boliviano a los chilenos.

Y busquemos la salida al Mar por otros caminos.

TENTATIVA DE SOLUCIÓN VIABLE, JUSTA Y PERMANENTE(*)

La nueva estrategia diplomática de nuestro Gobierno, ha reactivado notoriamente el curso de las negociaciones para volver al Pacífico. Las declaraciones de las cancillerías de Lima y de Santiago y lo planteado en la Conferencia de la OEA en Grenada, son bastante promisorias.

De otro modo los altos jefes de las FF.AA. de Bolivia, Chile y Perú, próximos a reunirse, por tercera vez, para afianzar la paz hemisférica y particularmente en el cono sur, han anticipado su firme voluntad de estudiar y hallar fórmulas de avenimiento que alejen definitivamente el espectro bélico, resuelvan la salida propia y soberana de Bolivia al mar, y promuevan el desarrollo homogéneo y compartido de la zona.

Todo eso está muy bien. En el papel. Lo que falta es convertir las intenciones en firme realidad.

Después de tres años de largas y penosas negociaciones, es hora ya de quitarse la venda de los ojos y mirar con clara objetividad el problema: no habrá solución inteligente ni justa, si no se transforman las palabras y las buenas intenciones en sana voluntad que, inexorablemente, debe cimentarse sobre el conocimiento cabal y la evaluación equilibrada de las características geográficas de la región, de sus antecedentes históricos, jurídicos y políticos, y de las coordenadas de su futuro desarrollo económico e industrial.

(*) El llamado "corredor" sería insuficiente. Bolivia necesita una franja territorial y una costa de por lo menos cincuenta kilómetros de ancho.

Sólo una visión de conjunto y en detalle, un planteamiento, integral del asunto, que contemple los intereses de las tres naciones, su seguridad presente y futura, el crecimiento armonioso de los tres ex-beligerantes, podría garantizar la paz y el porvenir de Bolivia, Chile y el Perú. En vez de tres naciones dispersas y encontradas, en subdesarrollo, podría surgir una fuerza regional de gravitación decisoria en los destinos del continente sur.

Ese ideal sólo se transformará en realidad si se procede, por las tres partes interesadas, con ánimo generoso, con espíritu de justicia, pero también con sentido práctico, con clara conciencia de las ventajas de llegar a un acuerdo final permanente y de las desventajas y peligros de mantener el actual "status" de aspiraciones divergentes.

Interpretando el sentir nacional, el Presidente Banzer, ha pedido a Chile que elimine la cláusula del trueque territorial; y al Perú que retire aquello de la soberanía compartida. Paso acertado.

Ahora cabe analizar lo del llamado "corredor" para nuestro país. Según lo publicado, dicho corredor terrestre tendría de 6 a 8 kilómetros de ancho, y se abriría algo más sobre la costa. Esto es lo que, fundamentalmente, deben modificar las negociaciones.

Para Bolivia esa garganta geográfica estrechísima aliviaría en poco la asfixia comunicatoria que padece. Ni callejón apretado ni costa miseranda solucionarían su problema: seguiríamos siempre requeridos de mayor expansión sobre la zona y siempre descontentos.

Para Chile y el Perú, esa estrecha vereda por encima de la cual seguirían viéndose con ojos cercanos y recelosos, tampoco sería una garantía cierta de paz. Un simple prismático bastaría para aproximar peligrosamente codicias y temores.

La paz continental y la extirpación definitiva de la amenaza bélica en el Pacífico Sur, sólo se garantizan con la interposición amplia de Bolivia entre las dos fronteras peruana y chilena. Esto es lo que conviene a los dos países: convertir a la hermana enclaustrada en franca participante de soberanía terrestre y náutica sobre la zona.

Para la triple conveniencia de los tres estados, se requiere que Bolivia tenga acceso al Pacífico, con puerto propio y soberano, contando con una franja territorial de, por lo menos, cincuenta kilómetros de ancho, que la conecte directamente con una costa también de por lo menos cincuenta kilómetros de ancho.

Esta sería la solución digna, justa, previsor y permanente.

Podría considerarse parte del territorio al sur de Tacna y parte del territorio de la provincia de Arica.

Con el Perú podemos negociar canje de territorios porque el Perú nada nos quitó ni nada nos debe.

Con Chile el asunto es diferente; no sólo somos víctimas de la clausura casi centenaria que tanto daño nos ha causado, sino que Chile se ha engrandecido usufructuando las ingentes riquezas del Litoral que nos usurpó. ¿No se está presionando, hoy, a Israel para que devuelva territorios conquistados por la fuerza de las armas? Con Chile no se trata de una operación comercial, sino de una restitución real.

¡Impudicia, de su parte, pedir compensaciones cuando en Bolivia sangra todavía la mutilación de 1879!

Chile es deudor de Bolivia en mucho y en grande. Con el nada de trueques de tierras ni de compensaciones onerosas. Que devuelva siquiera algo de lo que usurpó, que nos compense más bien, él de lo cuantioso disfrutado a costa de nuestra heredad arrebatada.

El Perú postrado, por una temible crisis social y económica, debe renunciar definitivamente a sus afanes revanchistas. Chile, a su vez, debe desistir de los planes expansionistas sobre el altiplano boliviano aconsejados por sus teóricos geopolíticos, asegurándose, al mismo tiempo, de que no habrá una agresión peruana que bien podría ser secundada por una Bolivia más fuerte y en mayor desarrollo. Piensen los estadistas del Mapocho que 1979 no será 1879. No en vano pasan cien años y los despojados de ayer podrían ser los vencedores de mañana.

Sitúense las cosas en un plano de realidad, de previsión, de acuerdos justos y equilibrados que aseguren la paz presente y el futuro desarrollo concertado de las tres naciones.

La limosna del "corredor" no es solución. La salida al Mar para Bolivia, amplia y digna, sin estrechez geográfica ni limitaciones circunvecinas, será el único desenlace viable, justo y permanente para acabar con el Problema del Pacífico.

Que lo mediten los jefes militares y los estadistas de las tres naciones.

FRENAR LAS VINCULACIONES CON CHILE

Se anuncia que el Instituto de Investigaciones Tecnológicas de Chile, asesorará en nuestro Plan de Desarrollo Tecnológico. ¿Es esto posible: el ratón entregándose al gato?

Debería ser un axioma para los bolivianos que en tanto no se nos restituya la salida libre y soberana al Pacífico, Chile no es un país amigo. Tal como andan las cosas —nosotros enclaustrados, ellos penetrándonos pacíficamente— esa amistad es ficticia, toda vinculación peligrosa.

¿Es que se ignoran las metas geopolíticas de la expansión araucana, o no se ha leído el libro de Pinochet orientado contra Bolivia?

Hemos hablado de la tercera invasión chilena y esto es evidente. Al amparo de una pretensa cordialidad y de las vinculaciones comerciales, hoy nos encontramos con chilenos hasta en la sopa como vulgarmente se dice, gentes hábiles, entradoras, capaces sin duda, que van tomando posiciones estratégicas en todas las ramas de la actividad nacional.

Los aviones del LAN son una ofensa y un peligro para la seguridad patria. ¡Ahora resulta que el Plan Nacional de Desarrollo Tecnológico será elaborado con asesoramiento de técnicos chilenos! Estupenda cosa: vamos a entregar el planeamiento de nuestro futuro a políticos, estrategas y economistas del Mapocho, que bien se sabe que la tecnología involucra, hábilmente embozadas, la política, la economía y la estrategia de expansión comercial.

Argentina, Brasil, Venezuela y Colombia realizaron progresos tecnológicos tan avanzados como los de Chile. ¿Por qué no se busca el asesoramiento de esas naciones, verdaderamente amigas, en vez de aceptar la artera cooperación santiaguina?

La próxima semana llegarán los técnicos chilenos. Por un elemental sentido del decoro patrio y de la defensa nacional, se les debe devolver a su país. No necesitamos la colaboración chilena en cuestiones tan delicadas como el desarrollo y la planificación. Algo más: ni la necesitamos ni la podemos aceptar sin comprometer los vitales intereses de la Nación Boliviana.

¿Es que se ha perdido la noción del decoro? ¿Es que ni la elemental prudencia ni la indispensable previsión enseñan nada? El despojo por las armas del 79 ¿no es una enseñanza

dolorosa? La penetración minera chilena rota en 1922 ¿nada revela? La tecnología chilena, más avanzada que la nuestra ha de asesorarnos en la planificación desarrollista, o sea que, prácticamente, a de ser aconsejada y sutilmente regulada conforme a las conveniencias del usurpador. ¿Es concebible?

El candor tiene un límite. La imprevisión también.

Hay que frenar las vinculaciones con Chile en todo orden de cosas. Y buscar la cooperación tecnológica de Europa, de los Estados Unidos, de naciones sudamericanas verdaderamente amias.

Mientras no llegue el puerto, basta de vinculaciones y técnicas de penetración. El éxodo mapochino es, para nosotros, bolivianos, desdorado y peligroso.

Un Documento Histórico Fundamental:

PULVERIZADA LA TESIS CHILENA DE QUE BOLIVIA NO TUVO MAR

"JEOGRAFIA NAÚTICA DE BOLIVIA", segunda edición publicada por orden del Ministro de Marina de Chile.— Autor: Capitán de Fragata Ramón Vidal Gormaz. En Santiago de Chile, el 20 de Febrero de 1879.

Un documento histórico que prueba de manera irrefutable la soberanía de Bolivia sobre el extenso Litoral que se nos arrebató en 1879. Los geopolíticos chilenos —Pinochet a la cabeza— desmentidos por un chileno.

Debo a la gentileza de un noble amigo, poseer la copia fotostática de una publicación singularísima, que sólo consta de 35 páginas, pero que para Bolivia tiene el peso y la fuerza de un testimonio áureo porque proviene de pluma y de origen oficial chilenos.

Creen algunos cándidos —entre ellos el actual Presidente del país vecino, general Pinochet— que con esgrimir algunos argumentos geográficos y geopolíticos más errados y mendaces que verídicos, podrían destruir lo que la naturaleza, la historia, la geografía, el derecho y la verdad —sobre todo la verdad— exigieron sobre las extensas costas del Pacífico Sur.

Así nació la absurda y risible tesis mapochina de que Bolivia nunca tuvo acceso al océano, ni Litoral propio, ni puertos soberanos. Hecho, claro está, desmentido por cien sino mil testimonios auténticos de solvencia continental y mundial. Pero la alevosa afirmación sigue circulando aunque con escasa acogida. Y es hora ya de echarla por tierra y sepultarla. Para siempre.

Esta vez no será necesario recurrir a la probidad y la sapiencia de nuestros historiadores, internacionalistas ni cartógrafos. Menos buscar la sabiduría geográfica de figuras de los países circunvecinos. Esta vez nos valdremos de la pluma de un chileno —marino por añadidura, y en función oficial— quien en 1879 (la primera edición debe ser de uno o dos años antes) o sea antes de que se consolide el despojo inaudito, reconoce que Bolivia es dueña y soberana del extenso Litoral al que él mismo asigna 160 millas, o sea una extensión cercana a los 400 Kms. lineales que estudiosos e investigadores adjudicaron siempre al Litoral boliviano.

La portada del sensacional folleto reza así:

"JEOGRAFIA NAÚTICA DE BOLIVIA por Ramón Vidal Gormaz, capitán graduado de fragata.— Anotada y con una carta.— Santiago.— Imprenta Nacional, Bandera Num. 79.— 1879".

Podría sospecharse que este señor es un marino de buena fe que se largó por su cuenta a recorrer y estudiar las costas de Bolivia. No es así. Se trata de un marino chileno, en servicio, que cumple órdenes de la Oficina Hidrográfica y del Ministerio de Marina de su patria. El documento, pues, tiene doble origen y doble valor: proviene de un chileno que obedece instrucciones de autoridades chilenas.

Resulta, en consecuencia, que es el propio agresor de 1879, el que atestigua, reconoce y convalida nuestra soberanía sobre la provincia de Atacama o Litoral y su extenso litoral marítimo. Veamos cómo.

La segunda portada de la publicación mencionada dice textualmente:

"Oficina Hidrográfica de Chile.— Damos a luz esta segunda edición de la "Jeografía: Náutica de Bolivia", de orden del señor Ministro de Marina, sin introducir en ella modificación sustancial, por no haberse hecho observación de ninguna especie a este trabajo, desde que se publicó por primera vez en el Tomo II del Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile.

Sería de desear que los señores jefes oficiales de la Armada, se sirvieran remitir a la Oficina Hidrográfica todas las observaciones que creyesen encaminadas a mejorar este estudio i a ensanchar los conocimientos del litoral con relación a las comarcas del interior.— Santiago de Chile, febrero 20 de 1879.- Francisco Vidal Gormaz".

Más claro, agua. Examinemos, ahora cómo Chile por boca y pluma de chilenos, admite que tuvimos un rico y extenso Litoral.

En la página 9, Noticias Generales, tratando de los límites de Bolivia, dice el folleto:

"En cuanto a los límites del litoral (se refiere a la República Boliviana) éste se extiende entre el paralelo de 24° S, que es la frontera chilena, i el 21° 28' que es el abra por la cual corre el río Loa, frontera del Perú".

Pleno reconocimiento que tuvimos un vasto Litoral.

En la página 10, agrega:

"La costa boliviana, tomada en línea recta, sólo se extiende a 160 millas, pero mide 202 siguiendo su bojeo".

Se admite, aproximadamente, 400 kilómetros lineales de costa boliviana en el Pacífico que geógrafos, historiadores e internacionalistas nos asignan antes del despojo.

Más allá, en la misma página, añade:

"El litoral de la república boliviana corre por término medio de N 3° 3' a S 3° 0'., sin tomar en cuenta la irregularidad que introduce la península de Mejillones".

Por la página 11, anota, "... para Mejillones de Bolivia..."

Tocante al límite, en ese entonces, entre Bolivia y Chile, el marino y geógrafo chileno estampa en el capítulo Jeografía Náutica, página 16 estas irrefutables palabras:

"Límite litoral chileno-boliviano.— Este límite es el paralelo de 24° S corriendo desde el mar hasta la parte más culminante de los Andes".

No es sólo, opinión personal. Es además, el criterio oficial de la Oficina Hidrográfica de Chile. ¿Conocía estos datos el geopolítico Pinochet?

En la página 17, en una extensa descripción dedicada a Antofagasta, se manifiesta:

"Puerto y ciudad de Antofagasta.— Este puerto es el más austral del litoral de Bolivia. (En nota 1 agrega: véase el plano del almirantazgo inglés nú. 1277, edición de 1873).

O sea que no sólo las autoridades chilenas, sino el Almirantazgo inglés ya reconocían, seis años antes de la usurpación chilena, la importancia del puerto boliviano de Antofagasta.

Prosigue el narrador y esto es fundamental para entender la táctica geopolítica primero de penetración pacífica, luego de consolidación agresiva de Chile:

"La población de Antofagasta es de seis mil almas, prevaleciendo el elemento chileno, pues de esta suma, 4.800 son chilenos, 450 bolivianos; el resto pertenece a distintas nacionalidades de Europa i América".

Esta sería, pues, la raíz del desastre en el Pacífico: haber permitido, por descuido imperdonable, que Chile hubiese estado ocupando prácticamente Antofagasta por la presión demográfica, la que previsiblemente debió contener una mayoría boliviana. Por eso insistimos, casi cien años después, que el éxodo chileno de los últimos años constituye un peligro evidente para Bolivia.

El folleto concede importancia comercial y estrategia a la ciudad de Antofagasta y consigna:

"El Salar del Carmen está unido con Antofagasta por medio de una línea férrea, vía angosta, que tiene 24 millas de longitud. Este es el primer ferrocarril construido en la república de Bolivia i ha sido destinado únicamente a la explotación de las abundantes salitreras del Salar".

¡Vaya si eran abundantes, como que Chile las explotó casi un siglo!

Por la página 24, se sostiene;

"Punta Angamos.— Esta punta llamada Leading Bluff en la carta del almirantazgo inglés, es un verdadero morro que se eleva a 350 metros y constituye una marca utilísima para reconocer la bahía de Mejillones de Bolivia.

En las páginas 26 y 27 hay una detallada descripción de la "Bahía de Mejillones de Bolivia".

Por la página 24 se consigna:

"Rada de Cobija o puerto Lamar.— "Cuando el barco se acerca a la bahía de Cobija, se nota sobre el extremo de la punta de este nombre una roca blanca bien característica. Esta peña hace conocer a punta Cobija i de igual manera el pabellón Boliviano que se hiza en un pequeño fuerte situado en el centro de la península, cada vez que se avista un buque o vapor".

¡Lástima, geopolíticos chilenos, que no se viva más de 100 años: habríais visto el glorioso pabellón boliviano ondeando victorioso en la rada y el peñón usurpados de Cobija!

Por la página 29, el relator continúa:

"El puerto de Cobija, como el principal del litoral boliviano, hace grandes progresos tanto en el desarrollo de su comercio como en construcciones, lo que sea más concurrido de buques. Su población pasa de dos mil almas".

Tácito reconocimiento de que teníamos extenso Litoral y, entre otros, un puerto como el de Cobija que progresaba incesantemente.

Más allá y prosiguiendo en la página 30 añade:

"Las ciudades de Potosí, Chuquisaca, Tupiza y otras del S. de Bolivia introducen por Cobija las mercaderías extranjeras de que han menester, i como es el principal de entrada de la República, los buques que quieran cargar al N. de él tienen que arribar primero a su rada para obtener la licencia de la aduana".

La página 31 contiene un curiosísimo argumento por el cual, ateniéndose a la distribución geográfica natural, a los móviles geopolíticos (otra palabra también desconocida en ese tiempo) el geógrafo y marino chileno resulta defensor de una mayor costa marítima para nuestro país, pues sostiene lo que sigue:

"Bajo el punto de vista jeográfico, los dos puertos de Iquique y de Arica deberían pertenecer de derecho a Bolivia, pues la línea de demarcación que atraviesa el lago de Titicaca casi de E. a O., si hubiese continuado en la misma dirección, habría comprendido el valle i la ciudad de Tacna, con Arica, puerto contiguo".

Que tomen nota los doctores en límites y los internacionalistas de Chile y del Perú.

Por la página 33, se estampa:

"Tocopilla es el centro industrial más importante de la costa boliviana; posee cuatro fundiciones de cobre en actividad con tres hornos de reverbero cada una".

Tocopilla viene de "Tuku-Pilla", palabra aimara, que demuestra que los ando-bolivianos señoreaban el que fue nuestro Litoral desde tiempos muy anteriores a la conquista española.

Tan completo es el estudio político-hidrográfico del capitán Vidal Gormaz que enumera los siguientes puertos, caletas, bahías y puntos geográficos de referencia salientes del litoral boliviano: "Calama, Morro Jara, El Coloso, Roca Negra, Playa Brava, Antofagasta, Salar del Carmen, Bahía Moreno, Caleta Chimba, Lobería i Portada, Bahía Jorje, Monte Moreno, Caleta Errázuriz, Bahía Constitución y Puerto de Mejillones, Banco Lagartos, Punta Jorjino. Caleta de Choros, Punta Angamos, Roca Abtao, Península de Mejillones, Caleta Gualaguala, Punta Tames, Rada de Cobija o Puerto Lamar, Puerto y Ciudad de Cobija, Rada a Gatico, Caleta Guanillo, Puna Blanca, Bahía Algodón, Tocopilla, Duendes, Punta Arena".

Hay que reconocer que el marino chileno, hombre probo, concienzudo y responsable hizo un recorrido y un estudio completo, para esa época. Leer su informe equivale a efectuar una visita al que fue nuestro extenso y magnífico Litoral, hito geográfico por hito geográfico punto costero por punto costero, centro poblado por centro poblado. ¡Lástima que el general Pinochet y los geopolíticos chilenos ignoren la existencia de este inexorable documento que pulveriza las alevosas teorías de que Bolivia nunca tuvo salida al Pacífico!

Se trata, en suma, de un alegato CHILENO, que sostiene y defiende el legítimo derecho boliviano sobre los 400 kilómetros de costa sobre el océano Pacífico que constituían su extenso Litoral.

Un lectura sucinta del folleto citado permite estas rápidas apreciaciones que divulgo, no sin dejar constancia de que "Jeografía Náutica de Bolivia" por Ramón Vidal Gormaz, marino chileno, contiene muchas otras referencias sobre las condiciones políticas, geográficas y económicas de Atacama y de nuestro Litoral.

Nuestro Gobierno debería reimprimir el sensacional documento que es, a mi juicio, el mejor alegato de parte contraria para sustentar la legitimidad de nuestro derecho al Litoral Boliviano y la monstruosidad del despojo del 79.

Excepción hecha de los estudiosos y entendidos en la materia, pocos son los bolivianos que conocen y aquilatan lo que es y lo que fue esa riquísima extensión territorial. Es plausible el notable estudio del Joven Fernando Cajías demostrando que Atacama fue siempre de Bolivia. Lo que falta es divulgar y llevar a la conciencia pública el conocimiento cabal de lo que significa el litoral perdido, su valor náutico y económico, su desarrollo inicial, obra de bolivianos en suelo y costa bolivianos, su tradición histórica, política y limítrofe, su gravitación geográfica. Todo eso que en conjunto y como testimonio de verdad insoslayable y de derecho inalienable, estructura el sagrado derecho de Bolivia para volver al Mar que le perteneció.

Consecuencia irrefutable: el capitán de fragata chileno Ramón Vidal Gormaz, destruye la falaz teoría del general chileno Pinochet que en su texto geopolítico urde la mentira del siglo: que Bolivia nunca tuvo salida al Pacífico.

El sentimiento patrio, los estudios realizados a través de varias décadas, la serena apreciación de nuestra problemática marítima, la meditación prudente sobre la realidad actual y el futuro de Bolivia en el desarrollo continental, me inducen a reafirmar lo ya muchas veces sostenido:

Son loables los esfuerzos que realiza nuestro Gobierno, su tenacidad y persistencia, la estrategia de llevar a la conciencia mundial la legitimidad de nuestro derecho para volver al Pacífico. Pienso, como el Presidente Banzer, que no hay frustración ni se debe perder la fe en la solución final positiva.

Mas, no se olvide que Chile nos arrebató mucho, nos enclaustró un siglo y nos privó de ingentes riquezas, Mutilación territorial y desarrollo lento y penoso en el pasado, los debemos al agresor del 79. Por eso, la Nación exige: retorno al Mar sin canje de territorios, sin corredores asfixiantes. En forma amplia, digna y justa que compense, siquiera en parte, la inmensa heredad perdida y nos permita respirar libremente los aires del Pacífico.

RETROCESO EN LA TERCERA REUNIÓN DE MILITARES

Fui uno de los tres asesores civiles en la Delegación Boliviana que concurrió a la Primera Reunión de Jefes Militares de Bolivia, Chile y Perú, efectuada en octubre de 1975 en Lima.

Conozco los entretelones de estos cónclaves y puedo afirmar que costó ímprobos esfuerzos obtener que, de esa primera reunión, saliera el reconocimiento del derecho y la necesidad que Bolivia tiene para volver al Pacífico.

En la segunda reunión, realizada en 1976 en Santiago, los jefes militares de las tres naciones reafirmaron ese reconocimiento expreso a la urgencia de romper nuestro enclaustramiento.

Era lógico suponer que en la tercera reunión, celebrada en Santa Cruz, por elemental sentido de justicia y por adecuado espíritu de cortesía, los jefes militares declararían, por tercera vez, su criterio unánime para admitir que la salida al Mar de nuestro país, con puerto propio y soberano, constituye el eje realizador para afirmar la paz en el Pacífico Sur.

Esto era lo que todos esperaban.

Es deplorable, que, a pesar de la firmeza y claridad con que primero el Presidente Banzer y luego el Comandante Alterno de nuestras FF.AA., plantearon el problema, es decir, la necesidad

inevitable de ocuparse —no de resolver— del magno asunto, la Conferencia Tripartita de Militares, a juzgar por lo publicado, ha ignorado tales requerimientos.

¿Qué se puede pensar de lo acontecido?

¿Hubo o no hubo un pronunciamiento al respecto, que se mantiene en reserva por acuerdo unánime? ¿Es falta de sinceridad de las Delegaciones Militares, que abundan en frases retóricas, sin atreverse a tocar los puntos nucleares para alejar el espectro bélico del Cono Sur? ¿Chile y Perú sostienen sus posiciones negativas y encontradas que impiden nuestra salida al Mar y les quema los dedos y les cierra la boca el puerto para Bolivia, porque en el fondo no desean que salgamos al Pacífico?

Interrogantes que el tiempo esclarecerá.

Entre tanto, cabe expresar que el lamentable silencio de la Tercera Reunión Tripartita de las FF.AA., de Bolivia, Chile y Perú, efectuada en Santa Cruz, constituye un abierto retroceso en las posiciones que ganamos en Lima y en Santiago.

Habría sido más digno, más previsor y más justo, amenazar con el retiro de la firma de Bolivia a las conclusiones finales —como hicimos en la reunión de Lima— si no se trata, aunque fuese sólo enunciativamente nuestro problema marítimo.

Declaraciones líricas y eufemismos diplomáticos no resuelven los problemas entre naciones. Sobran las palabras, faltan los hechos. Si Chile y el Perú tienen temor a afrontar la grave realidad política y geográfica del encierro boliviano, que constituye el nudo vital para resolver el problema del Pacífico, nada bueno sobrevendrá en los años futuros.

Que Dios guarde a Bolivia, decía Tamayo en trance memorable. Que Dios ilumine a Chile y al Perú arrancando la venda que cubre sus ojos, diremos ahora frente a la amarga omisión de la Tercera Reunión de Militares celebrada en Santa Cruz.

LA LUZ VIENE DE WASHINGTON:

LOS TRATADOS SON REVISABLES.

Es innegable que Bolivia ha ganado una etapa decisiva en su estrategia diplomática para volver al Mar. Después de tres años de difíciles negociaciones, hemos convertido nuestra necesidad nacional en problema del continente, perentoriamente reconocido por el respaldo moral de todas las naciones americanas.

¿Cuál es, para los bolivianos, el saldo positivo del viaje del Presidente Banzer a los Estados Unidos?

Se puede resumir, rápidamente, así:

Primero: la suscripción del nuevo Tratado sobre el Canal de Panamá, que modifica sustancialmente el pacto suscrito entre los Estados Unidos y Panamá al comenzar el siglo, conmueve los cimientos del Derecho Internacional: los tratados no son irrevisables, y deben y pueden ser modificados, a voluntad de las partes ciertamente cuando la justicia internacional, los principios de equidad y de armonía, y la propia necesidad de los pueblos lo exigen.

Esta vez la luz viene de Washington. Este acto inicial de amistad y de cordura, cuando el fuerte se pone al nivel del débil, y renunciando a su inmenso poderío material prefiere acudir al instrumento ético de la paz y el acuerdo mutuo, es una lección de grave tesitura histórica que ha de modificar —y de hecho modifica ya— la naturaleza de los vínculos jurídicos entre los Estados.

Segundo: la circunstancia histórica, política y simbólica en que se reúnen, por primera vez, los Presidentes de Bolivia, Chile y Perú quienes reconocen la urgencia de solucionar nuestra mediterraneidad y deciden acelerarla, constituye una victoria de la diplomacia: nacional.

Es justo recordar que el Presidente Barrientos sentó doctrina, en este punto, en 1967, negándose a concurrir a un cónclave de Mandatarios Americanos en Montevideo porque no se quiso incluir el tema de nuestro enclaustramiento.

Procediendo con la misma entereza y extremando la estrategia de recuperación marítima, hasta las amenazas de no suscribir declaraciones conjuntas de los Mandatarios de América, el Presidente Banzer, con ductilidad y firmeza, pudo vencer la tenaz renuencia del Presidente Pinochet a la reunión tripartita en la cúpula, cuya declaración final reafirma el legítimo derecho de nuestro país para volver al Pacífico.

Tercero: el pronunciamiento expreso del Presidente Carter que reconoce, igualmente, la validez de ese derecho, le da categoría continental y ejerce influencia amistosa y persuasiva para solucionar la cuestión portuaria en favor de nuestro país.

Cuarto: el hecho indiscutible que en los últimos seis años, Bolivia ha movido todos los medios de acción y de publicidad, hasta despertar la conciencia no sólo hemisférica sino mundial. Cada día se acentúa el respaldo del mundo a nuestra demanda marítima. Esta consagración reciente y unánime surgida en la reunión de Washington, equivale al mejor alegato boliviano, porque brota del fraternal sentimiento de paz y de justicia de las naciones americanas, deseosas de liquidar, definitivamente el pleito secular del Pacífico Sur, peligro latente de discordia y aún de conflictos armados.

Ahora que se van a reactivar las negociaciones sobre el magno problema, cabe precisar, rotundamente, que la tesis chilena del mal nombrado "corredor" sobre la base de compensaciones territoriales, es absolutamente inaceptable. La conciencia nacional, pulsada y recogida por el Presidente Banzer, la ha desahuciado.

La tesis boliviana, mínima, debe versar sobre un puerto propio, amplio y soberano, con continuidad territorial no de un mísero corredor que nos siga asfixiando, sino sobre una franja terrestre, también soberana, ancha y suficiente para garantizar un desarrollo político-económico que nos permita alternar dignamente con las dos naciones colindantes. Y con acceso a las riquezas y derechos marinos por supuesto. Y sin compensaciones de ningún género para el usurpador y usufructuador de nuestras riquezas del Litoral durante un siglo.

Parece aproximarse la ocasión de un desenlace histórico. (Yo sigo dudando de la buena fe chilena) No se olvide que hemos ganado dos victorias resonantes: la abolición del principio de que los tratados son irrevisables, y el consenso mundial favorable a nuestra causa.

Bolivia puede pedir, en cualquier momento, la revisión o la caducidad del infame Tratado de 1904. Que no lo olvide Chile. Considero que el Presidente Banzer, estratega y conductor de nuestra campaña de reintegración marítima y Guillermo Gutiérrez Veá-Murguía, el ciudadano que se inmoló, voluntariamente y conscientemente, en la etapa inicial de las negociaciones, merecen bien de la Patria. Porque las ventajas presentes son la consecuencia de los duros y penosos trances después del encuentro de Charaña.

Quiero consignar aquí, un concepto que vengo sosteniendo desde 1950: más vale seguir enclaustrados a un mal arreglo. Bolivia debe crecer por dentro, hacerse fuerte, orgánica y unida. La reconciliación interna es impostergable. A la nueva etapa de negociación, debemos acudir con la seguridad de quien tiene la justicia de su lado. No se trata de una operación comercial, sino de una reparación histórica, jurídica, geográfica, política y económica. Así tienen que entenderlo los estadistas del Mapocho.

El gobierno nacionalista de las FF.AA. tiene plena conciencia de su misión histórica y de su alta responsabilidad. Confiemos que seguirá respondiendo con firmeza a ese altísimo destino: retorno al Mar con amplitud, con dignidad.

La hora de la fuerza y del embrollo ha terminado. Ahora las cartas del triunfo están en manos de Bolivia. Hay que jugarlas con valor y con sagacidad.

ARICA "ES" DEL PERÚ, EL LITORAL "ES" DE BOLIVIA

En extraña coincidencia, "El Mercurio" de Santiago y el Canciller Carvajal han irrumpido a la palestra empleando un lenguaje y actitudes que se pensaba erradicados de la convivencia americana.

No estamos, ciertamente, en 1904, cuando el cinismo de König, el dogal aduanero y los aires prusianos pregoneros de la fuerza bruta, nos impusieron la mutilación marítima.

Asustados por el nuevo Pacto sobre el Canal de Panamá que introduce un cambio radical, una nueva concepción del Derecho Internacional, y por la firmeza de la estrategia boliviana para volver en forma amplia y digna al Pacífico, periódico y Canciller del Mapocho han retrocedido en el tiempo histórico, creyendo que la dureza podrá levantar su postrada diplomacia.

Es hora, ya, de hablar claro con Chile. Pasó el tiempo de las arrogancias estériles y los desplantes impertinentes.

¿Qué es eso, como sostiene "EL MERCURIO" —hoy vocero oficial, ayer caja de resonancia de la plutocracia chilena—, de que "Chile mantiene la jurisdicción de las negociaciones marítimas?" No existe tal jurisdicción. Las negociaciones presentes y futuras lo mismo pueden realizarse en La Paz, que en Lima, en Santiago o en cualquiera capital del mundo. Ni en política, ni en diplomacia, ni en los cónclaves económicos, el vecino del sur puede llevar la batuta. Repudiada su inhumana dictadura por las cuatro quintas partes de la humanidad, Chile ocupa hoy un puesto subalterno en América y en la conciencia mundial.

Respecto a que "los Tratados son irrevisables" y de que "Chile jamás permitirá la revisión del Tratado de 1904", cabe preguntar: ¿en qué mundo viven los redactores de "EL MERCURIO"? Ya no rige la ley del más fuerte ni pueden, las naciones superdesarrolladas, abusar de aquellas de menor desarrollo relativo. Los jeques árabes, el Irán, Arabia Saudita, el Kuwait, han puesto de rodillas al Occidente industrial. Venezuela ha defendido victoriosamente el derecho a imponer precio a sus hidrocarburos, sin temor a represalias de potencias próximas o lejanas. Y la pequeña y valerosa Panamá, después de largos años de negociaciones penosas, en las cuales inicialmente no se quería escuchar su demanda, ha obtenido que se reconozca su legítimo derecho a la plena soberanía del Canal, hasta ayer dominio exclusivo de los Estados Unidos.

El mundo contemporáneo, en perpetua transformación, muda de leyes y de hábitos. Lo que ayer parecía imposible, es hoy flagrante realidad. Los Tratados son revisables. La ley moral predomina sobre la fuerza bélica. Los vínculos entre Estados Unidos se conforman sobre nuevos cimientos de justicia internacional. La conciencia continental pesa más que los nacionalismos excesivos. Y esa defensa de los derechos humanos que el Presidente Carter sostiene con loable celo, reza también para los pueblos: hay que remediar las injusticias, dejar respirar a las Naciones que se asfixian, devolver a cada cual lo suyo, hacer respetar el Derecho sobre la Conquista.

Bolivia tiene legítima facultad para pedir la Revisión del inicuo Tratado de 1904 y aun para impetrar su caducidad. Todo aquello que va contra el orden natural, contra la moral internacional, contra la equilibrada convivencia de los Estados debe ser enmendado.

Chile se azora por ese nuevo espíritu de paz segura, de revisión inflexible, de justicia inexorable, que amenaza sus depredaciones de 1879.

Más insólitas son las declaraciones del Canciller Carvajal.

Afirma el Ministro de Relaciones Exteriores del vecino austral que "Chile no vende ni regala su territorio".

Preguntamos: ¿Que es eso de "su" territorio?

Arica y Tarapacá "son" del Perú, como el extenso Litoral comprendido entre el Loa y el Paposo "es" de Bolivia, aunque transitoriamente esos territorios, usurpados en 1879, se encuentren, por ahora, en poder de Chile. En estricta justicia y en Derecho. Chile sólo puede alegar soberanía legítima sobre el litoral y las tierras al sur del paralelo 25°. ¿A qué viene, entonces, la jactancia de no vender ni regalar tierras que no le pertenecen?

Tanto el Presidente Pinochet como su Canciller Carvajal, atemorizados por la presión mundial para romper nuestra mediterraneidad, se esfuerzan, vanamente, en aferrarse a la absurda tesis del canje territorial que la conciencia boliviana jamás aceptará. Esta es la madre del cordero: se acude a posiciones rígidas y a desplantes inoportunos, porque se ve perdida o al menos amenazada la vieja estrategia araucana de la astucia y el engaño.

Si Chile no regresa a un plano de serena reflexión, si no advierte que sólo un acuerdo racional y ecuánime puede ahuyentar el espectro bélico en el Pacífico Sur, si no repara en forma justa los inmensos daños que nos ha causado desde 1879, usurpando nuestro Litoral, privándonos del acceso al Mar con que nacimos, y explotando durante un siglo las riquezas que nos pertenecían, nada bueno se puede esperar.

No importa: seguiremos enclaustrados. Pero la injusticia no reina para siempre. Los verdugos de hoy pueden ser las víctimas de mañana.

Y basta de altisonancias y actitudes altaneras, Bolivia no admite amenazas veladas ni prepotencias verbales. No estamos en 1879 ni en 1904. Un nuevo orden internacional, una nueva conciencia de justicia conmueve a la humanidad. En ellos se afirma nuestra Patria para reclamar lo que fue suyo.

No se olvide: ¡tarde o temprano, el Mar volverá a la Montaña!

DAR LAS ESPALDAS A CHILE

Es un clamor nacional: denunciar el ominoso, leonino y bárbaro Tratado de 1904, suscrito entre Bolivia y Chile, impuesto por la doble amenaza del dogal aduanero y de la agresión militar, que atenta contra la justicia internacional, contra el principio jurídico de que no se reconoce las adjudicaciones territoriales hechas por la fuerza, y que vulnera el derecho natural de las Naciones para vivir en paz, en libertad y con legítimo acceso soberano al mar y a sus riquezas.

Hay que plantear a Chile y ante la conciencia mundial la caducidad o la revisión del inicuo Tratado de 1904.

Como miembro de la extinguida Comisión Marítima, como integrante del también fenecido Consejo Consultivo de la Cancillería y en numerosos artículos de prensa he sostenido que desconfío y sigo desconfiando de la mala fe chilena. No habrá arreglo posible en negociación bilateral. Los hechos lo demuestran.

Reconozcamos los patrióticos desvelos del Presidente Banzer, los esfuerzos de nuestra Cancillería y de los negociadores bolivianos. Parece que se estrellarán contra la contumacia mapochina. ¿Qué cabe, entonces, si el centenario del despojo toca a nuestras puertas? Cambiar de estrategia, abandonar el entendimiento directo que hasta hoy se redujo a vaguedades y promesas, y emprender un nuevo rumbo capaz de lograr la ansiada solución.

Esa estrategia nueva sólo puede girar sobre el pivote de la revisión o la caducidad del Tratado de 1904. Cosa perfectamente factible. ¿No revisaron Chile y Perú el Pacto de Ancón mediante el Tratado de 1929? ¿No dieron ejemplo los poderosos Estados Unidos de Norteamérica al admitir las modificaciones pedidas por la pequeña Panamá sobre los usos del Canal transoceánico?

El dilema es claro: o simplemente denunciemos la caducidad del convenio de 1904, arrojando los riesgos que ese acto conllevaría; o planteemos más bien su revisión para lograr cláusulas menos duras, y especialmente la salida libre y soberana al Pacífico.

El derecho internacional evoluciona constantemente, conforme a las mutaciones de la convivencia entre naciones, a los cambios de la ciencia y de la tecnología, a los nuevos usos del tráfico y del dominio geográfico. Hasta las leyes de la guerra mudan. Y se acentúa la universal tendencia a imponer una moral y una justicia internacionales sobre los desbordes de los nacionalismos excesivos.

El continente americano y la conciencia mundial, como los propios vecinos colindantes —Chile y el Perú— lo han reconocido: Bolivia tiene derecho para volver al Mar que le perteneció.

Si no se obtuviera nada positivo con esa nueva estrategia de revisión o caducidad del Tratado de 1904 —objetivo realizable si no hubiera buena fe de parte chilena— nos quedaría el recurso final, aquello que planteaba en mi primera conferencia sobre el Mar, en 1950, dictada en el paraninfo universitario de La Paz e incorporada a mi libro de ensayos "Sariri":

"Bolivia debe crecer por dentro, en forma orgánica y constante, hacerse fuerte en el espíritu y fuerte en estructura material. Y un día el puerto vendrá a nosotros por gravitación o nosotros iremos a buscarlo también por gravitación. El puerto no debe venir a los bolivianos por el camino de la imploración y la limosna, sino por el camino del honor y del deber que enardece corazones. Es hora ya de anunciar a los chilenos y a las naciones de América, que la leyenda de la Cenicienta andina terminó. ¡Ya no queremos "compasión si no justicia!"

Pero ese replegarse interno, para cobrar nuevas energías y afirmarse en el futuro, debe correr paralelo con una política exterior enérgica y dinámica cuyos puntos básicos serían éstos;

- 1) Mantener en forma permanente la denuncia del Tratado de 1904, por ominoso, lesivo y Negador de la justicia internacional.
- 2) Romper relaciones diplomáticas y comerciales con Chile.
- 3) Expulsión de todos los ciudadanos chilenos que ingresaron al país después del encuentro de Charaña.
- 4) Disolución de las sociedades mixtas boliviano-chilenas organizadas después de dicha fecha.
- 5) Suspensión de los vuelos del LAN a La paz y del LAB a Santiago.
- 6) Desviar toda la carga de exportación e importación a puertos peruanos y potenciar el transporte pesado aéreo para compensar la no utilización de puertos chilenos.

- 7) Prohibición de exportar productos bolivianos a Chile y de adquirir productos chilenos para BOLIVIA.
- 8) Dar otro nombre a la Escuela "Chile", a la avenida Chile y borrar esta palabra del lenguaje colectivo.

Parecerá exagerado, pero debe ser así. Dar las espaldas a Chile y a todo lo chileno. Esta debe ser la consigna nacional.

Ahora bien. Si nos cerramos, por ahora la mitad de los viaductos y puertos que nos enlazan al Pacífico o al sector chileno ¿cómo abrir nuevas perspectivas de expansión al comercio boliviano?

No es difícil ni irrealizable. Primero, una política de franco acercamiento y entendimiento con el Perú. Buscar y acrecentar las vías de salida por el Atlántico con Argentina. Brasil y Paraguay. Crear el Ministerio del Aire para sustituir por el transporte aéreo lo que se pierda en el Pacífico Sur en materia de transporte terrestre y ferroviario. Negociar con el Perú. Panamá, Venezuela. Colombia o Ecuador, la obtención de una gran zona franca costera que nos permita concentrar y movilizar la carga boliviana y el tráfico de pasajeros y mercaderías, acercándonos al Mar. Buscar en Estados Unidos, en las Naciones Europeas y en los países del Tercer Mundo financiamientos en gran escala para potenciar la Nación Boliviana, en su desarrollo económico social y en la defensa de sus fronteras. Existen muchos otros caminos. Y aquí repito lo ya dicho: "sólo nos falta imaginación y voluntad".

Pasó ya el tiempo de las ilusiones. Ahora debemos ser dignos y realistas. Las heridas de 1879 han vuelto a sangrar. Una nueva estrategia portuaria se hace inevitable.

Las gestiones del Gobierno de las FF.AA., no han sido estériles. Hemos ganado el apoyo de la conciencia mundial y se ha quitado la careta a Chile. Ahora sabemos, ya, que König, Carvajal o Pinochet son una sola y misma cosa: los eternos enemigos de Bolivia.

Como los chilenos se aferran a la ominosa condición del canje territorial y los bolivianos nos aferramos al unánime repudio del trueque de territorios, hay que abandonar ese camino. No existe acuerdo de partes y sin acuerdo de partes no hay solución posible.

Y al "Mercurio" de Santiago, tenaz reducto de los plutócratas de ayer, hoy bastión de los oligarcas castrenses del Mapacho, digámosle de una vez por todas: ni maniobras aviesas, ni intrigas ni amenazas nos amedrentan. Ya no tienen vigencia el engaño ni la prepotencia. En la nueva América de la paz, de la justicia, de los derechos inmanentes de los pueblos, caerán uno por uno los baluartes de la agresión y del despojo.

"Las órdenes de rapiña y de conquista —dice Lucas evangelista— tienen un origen diabólico y no divino".

Esto es lo que deben meditar los usurpadores del 79 que ven alzarse el fantasma de la revisión de los Tratados, como el signo anunciador de la expiación de los errores pasados, y del falso orgullo que les impide comprender la verdad.

Chile, en el plano moral, está solo contra el mundo.

Bolivia, en contraste, se alza cada día más segura de su destino, cada hora más fuerte en su derecho, cada minuto más convencida que el Mar ha de volver a la heredad desgarrada.

La conciencia mundial está con nosotros. Nosotros estamos con el Derecho y la Justicia.

Respuesta al Embajador Pedro Daza:

CEGUERA TOTAL DE CHILE Y SUPUESTA ÓPTICA ERRÓNEA DE BOLIVIA

Sin poder disimular el transfondo arrogante de los tiempos de König, el embajador Pedro Daza ha declarado a la revista "HOY", de su patria, los siguientes conceptos que la conciencia boliviana rechaza de plano.

Sostiene el señor Pedro Daza:

—Que la única solución posible al problema marítimo de Bolivia, consiste en el corredor al norte de Arica con canje territorial.

—Que en nuestro país se ha desencadenado una guerra literaria que toma formas de cruzada marítima.

—Que es absolutamente falso que Chile quiera obtener cuantiosas riquezas de Bolivia, al buscar el arreglo de la cuestión marítima.

—Que Chile no se aprovechó de esta negociación para ganar imagen internacional.

—Que hay que tomar una posición realista que no signifique volver al pasado.

—Que los ataques al canje territorial son el producto de una óptica errónea de parte de los bolivianos.

Como paso a demostrar los seis puntos son perfectamente equivocados y demuestran la ceguera total de Chile para comprender la justicia de nuestra causa.

Al primer punto. Decir que la única solución posible es el corredor al norte con canje territorial, revela mezquindad de intención y prepotencia de hecho. ¿Así que sólo la fórmula que conviene al usurpador, y exclusivamente ella debe regir o sea el corredor miserando y el vergonzoso canje territorial, porque así lo impone Chile? ¡Jamás!

Ni aceptamos la rígida fórmula coactiva del Mapocho ni creemos que ella sea la única solución del conflicto.

Nuestro ex-Embajador en Santiago, Guillermo Gutiérrez Veá-Murguía, presentó la propuesta inicial boliviana: un enclave al sur, en territorio que fue boliviano y una franja (no un simple corredor) al norte de Arica sin trueque de tierras. Chile mutiló de plano esa propuesta, reduciéndola a la mitad al eliminar lo del enclave, y no contento con ello presentó una contrapropuesta que contenía cláusulas humillantes para Bolivia. Gutiérrez Veá-Murguía tuvo que iniciar penosas y difíciles negociaciones para obtener que se supriman algunas de esas cláusulas onerosas para nuestro país. Y en cuanto a la más deprimente, fue el propio Presidente Banzer quien pidió al presidente Pinochet que retirase la condición del canje territorial.

También es útil que Gutiérrez Veá-Murguía denunció la mala fe de la Cancillería chilena.

Hay, pues, no una sino varias formas posibles de solución, siempre que Chile procediese de buena fe y situara el problema en términos de realidad y de equidad, renunciando a su posición de exclusivismo que recuerda las pretensiones hegemónicas del pasado.

Al segundo punto. Lo que sucede en Bolivia, no en una simple "guerra literaria" —frase infeliz y ofensiva para el decoro de los bolivianos— sino la expresión multitudinaria, unánime e irrenunciable de un pueblo que clama por la justicia internacional, por la paz del cono sur, por sus derechos vitales de acceso al Pacífico, de comunicación libre y soberana con las grandes rutas marítimas, de recuperar, siquiera fuese en parte menor, lo que ayer formó su patrimonio histórico, político, geográfico y económico.

No es literatura, señor Embajador, sino realidad biológica incontrastable, razón de vida, alegato jurídico, reivindicación geográfica, necesidad económica, fundamento político y sentido del honor nacional los que inducen al pueblo de Bolivia a exigir su retorno al Mar.

No admitimos la mofa ni el aminoramiento por lo que toca a nuestra reivindicación marítima. Ella es justa, irrenunciable. Brota de la conciencia nacional como una llama de fuego y nunca se extinguirá.

Literatura es lo que hace Chile tratando de reducir al mínimo las consecuencias de la trágica usurpación de 1879.

Al tercer punto. ¿Qué es absolutamente falso que Chile quiera obtener cuantiosas riquezas de Bolivia? Los hechos lo desmienten. El libro del geopolítico Pinochet consigna claramente los aviesos designios de los araucanos: codician no sólo nuestras riquezas minerales de los Lípez, sino también parte de las planicies de Carangas. Seríamos ingenuos si cerramos los ojos a esta peligrosa evidencia.

No sólo existen estudios científicos y planes militares para invadir el sudeste boliviano. Chile se asfixia en su estrecha garganta territorial y su constante armamentismo aunque en apariencia apunta al Perú, en el fondo prepara la nueva agresión contra Bolivia.

Baste recordar lo que pasó en el siglo anterior cuando las reparticiones navales chilenas —y esto se ha probado documentadamente— años antes de la Guerra de 1879, exploraba y levantaba cartas geográficas minuciosas del litoral boliviano y de nuestra provincia de Atacama, estudios que le permitieron, después, consumir metódicamente la conquista del patrimonio geográfico ajeno.

¿Qué significa la cláusula del "canje territorial", sino la punta de lanza que Arauco pretende clavar en la meseta andina, para avanzar después al corazón de Bolivia?

Canje de territorios puede haber entre iguales, iguales en valimiento jurídico, en necesidad geográfica, en conveniencia de intercambio de recíproca equidad política. Nunca entre la víctima y el usurpador, que al despojo de ayer pretende añadir la nueva mutilación y el agravio reiterado de hoy.

Al cuarto punto. Sostener que Chile no se aprovechó de la negociación de Charaña para ganar imagen internacional, es despropósito mayúsculo. Por no decirlo en buen castellano: mentira.

Consta a la conciencia continental que Chile salió beneficiado —y eso fue lo que buscó— de la reanudación de relaciones con Bolivia que le otorgó certificado de buena conducta, cuando el gobierno del Mapocho se hundía agobiado por la crítica y el menosprecio mundiales.

Nuestro error fue no haber exigido, previamente, la reparación que se nos debía, en lo jurídico y en lo económico, por la desviación del río Lauca, calificado por el Congreso Boliviano como un caso típico de agresión geográfica.

Chile se salvó del oprobio al reanudar relaciones con Bolivia. Esta es la estricta verdad.

Al quinto punto. ¿Que hay que tomar una posición realista que no signifique volver al pasado? Ceguera, sordera, torpeza totales.

Bolivia no puede prescindir del pasado porque lo lleva en la sangre de sus vivos y porque debe honrar la sangre de sus muertos caídos en la Campaña del Pacífico, como lo pedía el ilustre General Narciso Campero, el glorioso vencido del Campo de la Alianza.

Los Araucanos no quieren reconocer la iniquidad de la guerra de conquista de 1879. Ni el aprovechamiento sistemático de las riquezas de Atacama durante casi un siglo. Ni los cuantiosos perjuicios que nos han causado al despojarnos de nuestro Litoral. Con aviesa intención pretenden recurrir al astuto argumento del acuerdo realista, de la simple componenda comercial: tanto doy, tanto recibes, como si se tratara de una simple operación comercial.

¡No, señor embajador Daza! Se trata de algo mucho mayor y mucho más grave. Las palabras "canje" o "compensación" están demás. Se trata en verdad de una RESTITUCIÓN, en el sentido profundo del término. Chile tiene larga y cuantiosa deuda que debe pagar a Bolivia. No puede existir arreglo de equidad si previamente no hay reconocimiento del derecho del despojado y del perjudicado por la alevosa agresión que lo mutiló y lo enclaustró.

El pasado sigue latiendo en la conciencia boliviana. Late también en el sentimiento americano. No habrá paz, equilibrio continental, justicia en América del Sur ni convivencia sana y estable entre Bolivia, Chile y el Perú, si no se da solución no solamente mercantil, sino fundamentalmente de derecho, de reintegración histórica, de armonía geográfica y de restitución al legítimo poseedor de un Litoral que tuvo cuatrocientos kilómetros de extensión y de la provincia atacameña que contaba aproximadamente con ciento cincuenta mil kilómetros cuadrados de superficie.

El pasado hierve en la sangre boliviana. Jamás dejaremos de ser patriotas, guardadores del honor y del deber nacionales, para convertirnos — como busca Chile— en nefandos negociantes de transacciones comerciales por lo que se refiere al Mar.

La posición justa y realista de Bolivia es ésta: nada de canjes ni de ofertas mezquinas y humillantes. El único realismo sensato y honorable es la REPARACIÓN que implica nuestra salida autónoma al Pacífico sin compensaciones. ¿Qué mayor compensación que haber explotado durante cien años impunemente las riquezas de Atacama?

Colóquese el debate en su punto justo: Chile es el deudor mayor de Bolivia. Está en falta ante la conciencia de América. El corolario lógico es que debe RESTITUIR, en vez de alegar presuntos realismos de estrategia comercial.

El pasado gravita en el presente de los pueblos, como el presente se proyecta al porvenir. Es ley histórica. Ninguna maniobra chilena podrá apartarnos de la consigna reparatoria que nos manda: negociar con previsión y pactar con dignidad.

Al sexto punto. Que los ataques al canje territorial son —a juicio del embajador Daza— inspirados en algunos sectores determinados de la opinión pública de Bolivia, es un concepto que demuestra la miopía visual del embajador chileno. No sólo "algunos sectores", la ciudadanía entera se ha levantado contra el canje territorial. Esto debe transmitir el diplomático a su Gobierno a fuerza de veracidad. Y no se deben a una "óptica errónea" de parte de los bolivianos esas críticas —como pretende hacer consentir en frase compasiva si no mordaz— sino a la convicción profunda de nuestro pueblo que ve justamente y claramente, con visión despejada y de largo alcance, las posibles derivaciones del problema marítimo.

Lo que el embajador Daza debería comunicar a su Gobierno es que en Bolivia la conciencia de recuperación marítima está perfectamente unificada:

Queremos la paz continental, el desarrollo armónico y recíprocamente concertado de Bolivia, Perú y Chile para lo cual hay que buscar el acuerdo definitivo en la región que termine con los peligros y los resentimientos aún prevaletientes.

Esa solución será posible si se nos devuelve la salida al Pacífico en forma amplia, libre, soberana y honorable. Sin compensaciones de ningún género.

Insistir en el famoso trueque territorial, es ofender el patriotismo y el sentido de justicia de los bolivianos. Preferimos seguir enclaustrados a un mal arreglo que vulnere la justicia de nuestra causa, menoscabe la dignidad nacional, y nos coloque, nuevamente, como víctimas de la codicia y la astucia voraz del usurpador.

¿Qué están estancadas las negociaciones? Efectivamente. Lo están. Porque Chile, desde Charaña, procedió de mala fe. Siguió practicando su tradicional política de pedir mucho y ofrecer poco; su táctica de procurar enfrentarnos al Perú; su técnica silenciosa e indisimulable de penetrar a nuestros altiplanos —hoy pacíficamente, mañana sería al modo bélico—; la presión económica y humana que ya soportamos en la tercera invasión araucana a partir de 1975.

El juicio de una supuesta "óptica errónea" de los bolivianos no dice verdad. Nosotros vemos lúcidamente lo que sucede y por ello nos negamos a ser, nuevamente, víctimas de la codicia chilena.

La ceguera real, total, es de Chile, señor embajador, que no ve ni comprende con lentes de realidad ni la reintegración marítima de Bolivia ni el conjunto del problema del Pacífico, que podría hacer explosión en un futuro largo o corto.

Es mucho desparpajo querer hacernos tragar la oblea del corredorcillo y el trueque territorial humillantes, cuando la conciencia boliviana no busca mendrugos sino la solución amplia, justa, digna y definitiva cuya demora oscurece —aunque no se lo reconozca—la conciencia chilena.

Si se busca la unidad de una América asentada en la paz, y fundada en la justicia. Si se quiere evitar que mañana se produzca la Segunda Guerra del Pacífico. Si se trata de concertar la convivencia equilibrada y armoniosa de Bolivia, de Chile y del Perú, ahuyentando para siempre los espectros del rencor y la revancha, hay que dar solución total y rápida a todos los problemas que surgen del Pacífico Sur y particularmente al de nuestra salida al Mar, núcleo volcánico en el sistema andino.

Insisto en un concepto anterior: deberíamos dar las espaldas a Chile, en tanto no se modifique su política siempre aviesa, astuta, voraz, que hasta hoy se caracteriza por la insinceridad y el deliberado propósito de imponer fórmulas rígidas y lesivas para el derecho boliviano.

Sacarse las gafas negras, señor Embajador, y mirar con lentes claros a Bolivia. Es un consejo sincero.

El Litoral Boliviano y el Conflicto del Beagle

LAS DOS CARAS DE LA POLÍTICA CHILENA

Mediante la agencia IPS, el cable registra declaraciones del almirante Patricio Carvajal acerca de la tensión creada entre Argentina y Chile sobre el problema del Canal del Beagle.

Ha dicho textualmente el Canciller chileno:

"Chile se ajusta al derecho internacional". Un párrafo más abajo: "Nosotros estamos por soluciones jurídicas."

Y finalmente, en forma rotunda, expresó:

"Pero nosotros decimos con orgullo que nos aferramos a lo jurídico porque creemos que para la vida de las naciones civilizadas, el derecho internacional es lo que diferencia la convivencia de la ley de la selva".

Notables declaraciones que evidencian la existencia de dos políticas internacionales de Chile. Cuando se trata de Bolivia —la nación más débil— se aplica la ley de la selva; cuando se trata de la nación más fuerte —Argentina— se apela al derecho internacional.

¿Y por qué sostenemos que se aparta de lo jurídico para esgrimir sólo el arma de la fuerza en el caso de nuestra reintegración marítima?

Muy sencillo, porque los hechos lo demuestran.

Toda vez que Bolivia apeló a los antecedentes históricos, políticos, geográficos, como base de sustentación de su derecho a volver al Pacífico, los hombres del Mapocho se negaron a escuchar siquiera la vigencia de esos derechos. Lejos de ello, en las recientes negociaciones después de Charaña, se empeñaron en "olvidar el pasado", negándose a considerar todo lo sucedido en casi un siglo de inicua explotación de las riquezas de Bolivia en su Litoral y en Atacama, para ofrecer sólo un trato comercial del problema: tanto doy, tanto recibo. O sea la ley del más fuerte que ejerce la prepotencia del toma y daca sobre todo argumento de legitimidad y justa convivencia.

La doble política del Mapocho salta a la vista: con Argentina todo es acuerdo de derecho, discusión jurídica, convivencia civilizada. Con Bolivia todo se reduce a imponer la ley de la selva: primero te despojo de lo que necesito, te exploto inmisericordemente, luego te impongo los canjes y condiciones opresivas que me convienen. Con Argentina hay leyes y normas de derecho, con Bolivia sólo el capricho del más fuerte.

Curiosa antinomia: los araucanos, según se trate del Litoral Boliviano o del Beagle, se transforman por parte de magia, de cavernícolas en defensores de la civilización.

¿Qué respeto puede merecer esa Nación que se aprovecha del más débil para agacharse ante el más fuerte?

Si el derecho internacional manda que las naciones convivan dentro de normas civilizadas —como afirma el Canciller Carvajal— y si, como él dice, Chile respeta y se guía por prácticas jurídicas hay que recordarle:

Que Bolivia fue dueña legítima e indiscutible de toda la provincia de Atacama y de 400 kilómetros de costa, desde que nació hasta el infausto despojo de 1879. Basta echar una mirada al histórico mapa que en 1859 —veinte años antes de la Guerra del Pacífico mandó editar en Estados Unidos el presidente Linares— o examinar el estudio "Geografía Náutica de Bolivia" por el capitán de Fragata Ramón Vidal Gormaz, chileno, escrito antes de la toma de Antofagasta en el cual se reconoce que el Litoral Boliviano corre desde el Loa hasta el Paposo.

Que la victoria no da derechos.

Que Bolivia exige una RESTITUCIÓN de lo que fue suyo y no un simple acuerdo de intercambio comercial.

Que lo jurídico es admitir los derechos ajenos, imponer soluciones de equidad en vez de acuerdos nacidos de la fuerza, y convivir civilizadamente en la negociación y en los pactos finales que den término a las reclamaciones territoriales.

Que el Litoral Boliviano y Arica y Tarapacá peruanos demandan una solución conjunta de derecho, de equilibrio geográfico y de entendimiento político que acabe con el polvorín del Pacífico Sur siempre presto a explotar.

Que si Chile "se aferra orgullosamente a lo jurídico" lo mismo en la zona del Beagle que en los territorios que fueron y son del Perú y de Bolivia, debe ejercer una sola política de respeto al derecho internacional y a la norma de equidad en la convivencia de los Estados.

Esto es: que lo mismo al norte que en el extremo austral su diplomacia y su política externa deben ajustarse a una sola estrategia: de verdad, de justicia, de razón.

Política y diplomacia de dos caras nunca dieron buenos resultados. La historia lo confirma.

No son ya los tiempos de Bismarck, cuando las soluciones entre Estados se imponían brutalmente. Nación alguna —menos Bolivia— admite aquello de la imposición violenta: o esta fórmula o nada. La civilización y el derecho internacional —hoy invocados por las gentes del Mapocho— imponen nuevas reglas de convivencia que nadie puede violar impunemente.

Acudir al recurso jurídico cuando se está en peligro frente al más fuerte, y valerse de la prepotencia selvática para tratar de oprimir al más débil, no es prudente ni es aceptable.

Las dos caras de la diplomacia y de la política chilenas han sido puestas en evidencia por su propio Canciller.

¿Que los estadistas chilenos mantienen la santidad de lo jurídico? Entonces a resolver pacíficamente, razonablemente y sobre todo justicieramente el problema del retorno de Bolivia al Mar. Nada de amenazas, de fórmulas rígidas y exclusivas que recuerdan las violencias de la selva.

Por su propia dignidad, por su supervivencia como nación civilizada, por el equilibrio continental, Chile debe renunciar a esa doble política de abuso con el débil y sumisión al poderoso, para practicar una sola y nueva diplomacia: la de ejercer el culto a las normas jurídicas y del trato equitativo con todos, desechando sus ambiciones expansionistas.

Ojalá lo del Beagle se arregle. Pero si no se compone luego el pleito secular de nuestra salida amplia y soberana al Pacífico, ambos litigios dentro de la estricta juridicidad y del justo entendimiento, la nación austral seguirá viviendo en el peligro y acosada por la conciencia de iniquidad.

La fuerza y la ambición no bastan. Es el sentido de justicia lo que hace falta a Chile.

CHILE ES INDIGNO DE LA AMISTAD DE BOLIVIA

Cuando una causa es justa su vigencia deviene permanente.

No admitamos frustraciones ni desalientos. El pesimismo deletéreo y las críticas mordaces sobran. Lamentos, injurias, bravatas líricas huelgan. No es con explosiones verbales sino con actitudes decididas como los pueblos defienden sus derechos.

Noventa y nueve años después del despojo inicuo, faltando uno para el funesto centenario, y a tres del Encuentro de Charaña, golpea las conciencias bolivianas —una vez más— la mala fe de Chile.

A pesar de la entereza con que el Gobierno de las FF.AA. y el General Banzer condujeron la cruzada marítima, la trampa chilena ha funcionado bien: el estancamiento de las negociaciones fue estratégicamente calculado por los hombres del Mapocho.

Estamos, otra vez, en punto cero.

Sería mezquino desconocer la estrategia desenvuelta por el gobierno de las FF.AA. y personalmente por el Presidente Banzer, reactivando la cruzada nacional pro-Mar. Desde 1971 puede seguirse la secuencia de esos esfuerzos.

- 1) Campaña de difusión mundial de los derechos de Bolivia para volver al Pacífico.
- 2) Los avances positivos ganados en las conferencias internacionales de Tlateloco, Atlanta y Ayacucho en las cuales se reconoció públicamente la legitimidad y necesidad de nuestro país para contar con salida propia y soberana al Mar.
- 3) Declaraciones conjuntas que Bolivia firmó con Argentina, Brasil, Colombia, Ecuador, Panamá, Perú, Paraguay, Uruguay y Venezuela en todas las cuales se admite la justicia de nuestra causa y la necesidad vital de romper nuestro actual enclaustramiento.
- 4) El planteamiento del Presidente Banzer en el seno de las NN.UU. justificando la demanda boliviana.
- 5) El encuentro de Charaña para negociar directamente con Chile nuestra salida al Pacífico que se desenvuelve así: propuesta boliviana, contrapropuesta chilena, negociación posterior boliviano-chilena, posición peruana, propuesta boliviana para que Chile renuncie a su exigencia de canje territorial la cláusula de soberanía compartida.
- 6) Contacto tripartito de los Presidentes de Bolivia, Chile y Perú, en Washington, del que se acordó organizar una Comisión de los tres países, para acelerar la solución del conflicto. Esa comisión, no se ha reunido porque el Perú alegó que primero se pongan de acuerdo Bolivia y Chile.

Es presumible que dentro de la hermenéutica diplomática, aunque todo parece estancado, aún habría que cumplir esa etapa más de negociación bilateral con Chile.

No creemos que de este último empeño salga nada positivo. Mantenemos nuestro pensamiento inicial: no puede haber arreglo positivo con Chile, porque Chile actúa, siempre, de mala fe, porque su intención no es terminar, sino embrollar y dilatarlo todo indefinidamente.

Analícese lo que ocurrió con la propuesta boliviana presentada por el ex-embajador Gutiérrez Veamurguía: no era, ciertamente, ideal para Bolivia, pero tampoco era mala. Caía: dentro de lo posible y razonable: un enclave al sur que pudo ser en Mejillones y una franja territorial al norte de Arica. Claro está que eso debió significar una costa marítima de 50 kilómetros en el enclave y la franja territorial no menor de 25 kilómetros de ancho para unir la salida al norte de Arica con nuestro territorio. En esa propuesta no se hablaba de canje territorial, punto que no admite la conciencia de los bolivianos.

¿Qué hizo Chile? De un solo tajo mutiló la propuesta boliviana rechazando el enclave al sur —lo que ya era agravante—, y en su contrapropuesta planteaba varias exigencias ominosas, agregando la artera trampa del trueque de territorios.

¿Dónde mayor manifestación de prepotencia y de mala fe?

La negociación bilateral con Chile es un capítulo cerrado. Nada bueno, nada viable se puede esperar de los geopolíticos del Mapocho. La realidad cruda y nítida es ésta: Chile es indigno de la amistad boliviana.

Sólo cabe plantear una nueva estrategia para volver al Mar. Seamos realistas, no vivamos de ilusiones. Acuerdo directo y sincero con Chile no es factible. En 1979 no lograremos volver al Pacífico. Ni en 1980. Acaso ni en diez años más. Regresemos a la tesis planteada en 1950 en la Universidad Mayor de San Andrés: "Bolivia tiene que integrarse, crecer desde adentro, hacerse fuerte, convertirse en un Estado homogéneo, orgánico y bien articulado, para poder tratar con gravitación propia y con eficacia el magno problema de su mediterraneidad".

Entretanto, como primera etapa de esa nueva estrategia ¿qué sería lo más aconsejable?

Cambiar radicalmente nuestra política con el insidioso vecino austral.

Lo que el pueblo pide

1) Ruptura de relaciones diplomáticas con Chile, volviendo al "status" anterior al encuentro de Charaña.

2) Unificar el criterio nacional para decidir qué es lo que queremos y cómo lograrlo. Recuperar el Litoral perdido es el gran objetivo nacional a largo plazo, pero hay que definir, también, la meta a corto plazo que puede ser la solución momentánea para salir al Mar con puerto propio y soberano. En este segundo caso las opiniones son tan dispares, que imposibilitan una negociación futura.

3) Exigir a Chile una reparación jurídica, geográfica y económica por su agresión geográfica en el caso del Lauca.

4) Suspender los vuelos del LAN a La Paz y del LAB a Santiago.

5) Frenar o cortar la inmigración chilena a Bolivia y, de ser posible, resolver el retorno a su patria de todos los chilenos que ingresaron al nuestro después de Charaña.

6) Prohibir toda compra de materiales, productos o suministros de origen chileno.

7) Estudiar, planificar y financiar el abandono paulatino de los puertos de Antofagasta y de Arica, habilitando los puertos peruanos de Ilo, Matarani y Mollendo para desviar hacia ellos toda la carga boliviana de exportación e importación.

Acercamiento sólido y estable al Perú, no por tratados ni papeles efímeros, sino por la vinculación real, humana, económica y comercial. Será difícil, será largo, pero no es imposible que con ayuda del Perú podamos volver al Pacífico. No se olvide que el Perú nada nos quitó ni nada nos debe y con el país hermano se puede hablar de canje de territorios.

El Gobierno Nacional debe replantear e insistir en todos los organismos y reuniones internacionales, vigorosamente, sobre el derecho irrenunciable, la necesidad biológica que Bolivia tiene para romper su enclaustramiento.

También hay que pensar, seriamente y prácticamente, en ampliar o crear una nueva estructura aérea, tanto militar como civil, para sustituir la utilización de puertos chilenos.

La nueva "agresión económica" de Chile, elevando en un 60% los fletes del F.C. de Antofagasta, debe ser respondida con hechos.

Hemos llegado a un punto de saturación con el insigne fraude de la amistad chilena. Hay que tomar otra actitud y hablar otro lenguaje con los hombres de la Moneda.

Insistimos en algo ya expresado: dar las espaldas a Chile. Es lo digno, lo inteligente y lo práctico.

Bolivia quiere amigos leales, no vecindades de mala fe.

© Rolando Diez de Medina, 2005.
La Paz—Bolivia

[Inicio](#)